PORTE PAGO



EL OBRERO EBANISTA

Órgano del Sindicato Obreros Ebanistas, Similares y Anexos

ADHERIDO A LA F. O. R. A., F. O. L. DE B. A. y F. DE T. EN M.

REDACCION: BELGRANO 2545 — BUENOS AIRES, JULIO DE 1921 — AÑO XIII — NÚM. 106

PORTE PAGO

CO-MU-NIS-MO

VEBAR

1896 - 26 DE JULIO - 1921

Un cuarto de siglo

El Sindicato de Ebanistas cumple 25 años de existencia. Fuera del punto de vista corporativo, este aniversario no supone ninguna novedad, pues abundan los aniversarios donde la organización obrera es relativamente importante y en la cual no faltan sindicatos que deben su fundación a fechas anteriores a aquella en que se fundó el nuestro.

Lo raro, y lo que particulariza a nuestro Sindicato frente a los demás, es que cada uno de estos aniversarios supone la ininterrumpida labor sindical de doce meses, efectuada día a día, si bien sujeta a los vaivenes de la vida azarosa de los organismos revolucionarios.

Los 25 años de vida que hoy registramos son de plena actividad. En nuestra existencia como corporación sindical, nunca hubo las brusquedades de una acción que se troncha en un hecho para ser reiniciada en otro nuevo hecho. No hubo lagunas en nuestra historia exenta de intervalos. Nuestra vida no fué un tejido de series que se ligan unas a otras para producir la engañosa visión de que se ha vivido de manera continua. Hemos vivido siempre, ora languideciendo, ora con pulsaciones vigorosas, pero siempre de manera que a los 25 años de existencia puede nuestra historia ofrecerse como un solo bloque de hechos íntimamente unidos.

Es ésta una de las particularidades a que debe el Sindicato de Ebanistas buena parte de su actual importancia.

Su crecimiento, su cohesión, su disciplina, su carácter de temible fortaleza levantada a la vera misma de la fosa de la fortaleza enemiga, no son sino los resultados de su existencia bien aprovechada.

Cuando otros se disolvían vencidos por el desgano, el Sindicato de Ebanistas se esforzaba por sobrevivir y acumular experiencias extraídas de situaciones que otros no habían podido explotar por sus actos de abandono.

Luchando contra sus propias debilidades se ha sobrepuesto a las derrotas y así pudo siempre mostrarse vencedor. Y es vencedor, no obstante las derrotas que pueda registrar su historia, todo organismo que del número de batallas empeñadas contra el enemigo, consigue mantener su vida y cicatrizar sus heridas.

A esta categoría de vencedores pertenece el Sindicato de Ebanistas. Nacido para la lucha, en ella tomó parte en los momentos precisos. Si derrotado, en la esperanza de futuras victorias encontró el reconfortante vivificador; si victorioso, fortificó la fe en el triunfo definitio; y así vino cruzando los años uno tras otro hasta lograr ocupar al final de un cuarto de siglo esa posición de vanguardia que de buen grado le reconocen todos los sindicatos hermanos del país.

El progreso de una institución sindical tiene su centro de propulsión en la intensidad de la acción que realiza. No es tanto la edad como el aprovechamiento de la misma lo que hace florecer los organismos del proletariado. Sindicatos viejos los hay en el país y sin embargo se encuentran en la infancia de la fuerza y en el principio de su organización. Es que no han vivido la acción en toda su intensidad porque han creído que su existencia no era más que un mero objeto de disquisiciones, sobre las que pasa el tiempo como sobre una momia: sin dejar huellas.

Tienen de la vejez la pátina, pero carecen de la experiencia que da valimiento a la vejez. Son viejos por la edad, adolescentes por la fuerza y bisoños en materia de experiencia.

Sin embargo, los materiales de que están compuestos son de la misma naturaleza de aquellos que sirvieron para levantar otras organizaciones hasta el pináculo de la admiración general.

La diferencia en los resultados de hechos en un principio iguales, consiste en que mientras el material hombre de unas instituciones fué vigorizado en una acción continua, del otro se hizo abandono, substrayéndolo a la acción que es donde se crea la fuerza y se nutre la inteligencia de esos elementos de enseñanza que tanta utilidad representan.

El poderío del Sindicato de Ebanistas no radica tanto en sus 25 años de existencia, como en el aprovechamiento que de esos años supo hacer. Los ha vivido en una acción cuotidiana, como convencido de que únicamente la acción persistente podrá comunicarle los elementos de que necesitaba para ser fuerte.

Gracias a esa profunda comprensión de su rol pudo llegar en su lucha contra el capitalismo a ocuparle posiciones que para otros sindicatos son todavía una esperanza. Mejoró las condiciones de salarios, hizo reconocer su personería allí donde el patrón era hasta hace pocos años el dueño absoluto, y está en condiciones de asumir la para otros grave responsabilidad de dirigir la industria que le es propia en beneficio de la comunidad de trabajadores libres.

Por todo eso ha creado una personalidad moral que le autoriza a dirigirse a los de su clase para exhortarlos a que le imiten, si en verdad anhelan alcanzar el grado de capacidad indispensable para dar el último golpe de muerte al sistema capitalista.

Civilización y barbarie

El encuentro producido entre esos dos hombres que se disputaban la supremacía de descargar recios golpes de puño, ha originado la protesta de un profesor de historia francés y de una liga norteamericana fundada para un objeto que no recordamos ahora. El profesor y la liga coincidieron en la calificación del hecho. Se trataba de un acto de barbarie, ya que nada podía ser más bárbaro que el hecho de encontrarse dos hombres frente a frente, dispuestos cada cual a inutilizar a su adversario a golpes de puño.

La protesta del profesor fué platónica, y a lo sumo no entraña más que un principio de moral oportunamente comunicado a sus alumnos, entre los cuales vertió ese concepto el profesor. Pero la liga convirtió su postulado en acción, tratando de impedir, mediante el concurso de las autoridades, que el pujilato se efectuase. No logró nada. Las autoridades se asociaron a la “barbarie” y ante noventa mil expectadores los dos pujilistas se dieron de puñetazos.

Profesor y liga, más que severos en sus juicios, han sido injustos. Ni Dempsey ni Carpentier son bárbaros, ni es expresión de barbarie la escena por ellos ejecutada.

Quizá tendrían razón los impugnadores del espectáculo, si el único móvil del mismo fuese la sensación de placer que experimentasen los pugilistas al golpearse. Pero no. Los contendientes no obraron por la sugestión de un placer semejante, ni por la conquista de la efímera gloria que acompaña al vencedor. El secreto de esa acción, la causa íntima que la ha provocado radica en el oro. No mediase ese medio millón de dólares a ganar y los pugilistas no se hubiesen batido.

De persistir en conceptuar bárbaro ese hecho, se corre el riesgo de condenar por bárbara la civilización burguesa, y no creemos que sea un profesor burgués, ni una liga burguesa, los interesados en mantener un concepto que lesiona los intereses de una civilización que ellos alimentan y defienden.

El espectáculo desarrollado en Norteamérica es una exteorización vulgar, un episodio común de la civilización burguesa. Su aspecto, en cierto modo original, no desvirtúa este aserto. Responde al mismo afán de lucro que mueve todas las actividades de la civilización presente, y en tal sentido su naturaleza no difiere de aquella por la cual explota el industrial a sus obreros, trafica el comerciante con las mercaderías y destinan a la industria del placer sus órganos genitales muchas mujeres.

Lo que hay es que cada cual desarrolla los medios a su alcance y cultiva sus particulares aptitudes a fin de que el éxito le acompañe.

Los boxeadores, cultivando la pujanza de sus biceps y la fuerza de sus puños, no persiguen otro fin que el de explotar en beneficio propio excelentes cualidades físicas, que no las dedicarían al boxeo si en él no encontraran una gran remuneración a trueque de un pequeño esfuerzo. Si cargando bolsas de cereales tuviesen que trabajar menos para ganar más que boxeando, a buen seguro que las “manifestaciones de barbarie” se canalizarían por la corriente del trabajo útil.

Los pugilistas no hacen más que seguir el rumbo que a los hombres impone la civilización burguesa. Colocados en el trance de ganarse la vida, apelan a sus condiciones excepcionales de fuerza y ligereza, que son tanto más respetables cuanto más pronto le proporcionan la riqueza.

Explotando un don natural y una particularidad característica, no hacen sino imitar a todo el mundo: al sabio que explota su saber, al negociante que aprovecha sus facultades de hábil mistificador, al político y gobernante que utilizan sus “virtudes” de trampolín .

Entre Dempsey, Carpentier y su empresario no hay ninguna diferencia. El empresario preparando el espectáculo y los pugilistas realizándolo, responden a un mismo deseo: ganar dinero. Y en este sentido los aludidos personajes se confunden con el escandalizado profesor de historia, quien acicateado por el afán de mantener la civilización que le da dinero, no tendrá inconveniente en hablar a sus alumnos de las excelsas virtudes civilizadoras de un Napoleón.

O la civilización burguesa es bárbara—y entonces no es civilización—o el espectáculo de los pugilistas es un hecho normal que no trasunta ningún signo de barbarie. Porque el espectáculo es una consecuencia de esa civilización, la cual sufrirá en su prestigio si se censura una de sus tantas y variadas manifestaciones.

Perfidias de politicastros

El diario “La Vanguardia” está empeñado en demostrar su profunda simpatía por la causa de los trabajadores. Aun cuando éstos —o por lo menos en su casi totalidad—no comulgan con ruedas de molino y frente a las insistentes manifestaciones de “simpatía” del referido diario político se declaran escépticos, indiferentes o incrédulos, aquél, resuelto a convencerlos, no pierde un solo instante de hacer pública revelación de sus verdaderos sentimientos “proletarios”.

¡Es encantadora la actitud empeñosa de “La Vanguardia”! Sus columnas aparecen diariamente engalanadas con largas tiradas de “tiernas” declaraciones que revelan cuan entrañable es el cariño que por los trabajadores profesa el diario del partido socialista.

A estas reiteradas manifestaciones de simpatía los trabajadores contestan con un descreimiento desconcertante. Más aún: esos amores del diario socialista les resultan ilícitos a los trabajadores.

“La Vanguardia” se irrita por ese desprecio y dominada por la fiebre que la aniquila y la hace ir en seco se exalta hasta el paroxismo.

Si los trabajadores son incrédulos—dice para sí “La Vanguardia”—es porque anda de por medio la política “obrerista” del presidente Irigoyen, quien pretende—piensa el diario aludido—obtaculizar la política “proletarista” del doctor Repetto.

“La Vanguardia” compara al movimiento obrero con una de esas vulgares mujerzuelas fáciles que se entregan a cualquier galán.

La política “obrerista” del presidente Irigoyen—pretende el diario del partido socialista—es sostenida por ciertos liders obreros en oposición al “proletarismo” del diputado Repetto. ¡Contra estos líders, entonces, “La Vanguardia” descarga su formidable ira, aun cuando deba vencer—dice— “no pocas resistencias”!

El cuento es bien simple y el razonamiento que esto le sugiere es más simple aún.

¿Quiénes son esos liders obreros que están en el movimiento sindical como agentes de la política presidencial, según el diario socialista? Son todos aquellos obreros que por su conducta honesta, desinteresada, enérgica y sostenida puramente a base de sacrificios personales, han merecido la confianza y el aprecio de sus hermanos de clase para ocupar puestos de responsabilidad y de peligro al frente de la organización sindical; son todos aquellos obreros que en defensa de la unidad de la organización de su clase, y convencidos como están de que ésta no necesita de andadores de ninguna especie, han defendido con todo valor y entusiasmo la independencia del movimiento sindical frente a todos los partidos políticos; son, en fin, esos obreros que no sirven a los propósitos de subordinación política del movimiento sindical que el diario “La Vanguardia” viene persiguiendo con renovado empeño desde que en 1906 el IV Congreso de la Unión General de Trabajadores hizo pasar para siempre a la historia de la supremacía política la desastrosa hegemonía que por espacio de varios años ejerció sobre aquella institución el partido que representa el diario “La Vanguardia”.

Todos los obreros que sostienen este criterio sobre el movimiento sindical—y que se remonta a una época en que “La Vanguardia” no podía ni soñar con el presidencialismo irigoyenesco—son, según este diario, “agentes de la política presidencial”.

Es curiosa esta obstinación de “La Vanguardia” en mistificar los conceptos obreros y enlodar a los militantes del mismo. Todo el mundo sabe que este concepto autonómico del movimiento sindical no es nuevo en el país ni es exclusivo de aquí. La concepción sindicalista comenzó a ser sostenida en el país por lo más selecto de los obreros socialistas que militaban en el movimiento obrero en el año 1904, es decir, doce años antes de que hubiera en el país gobierno radical. El hecho de que estos obreros sostuvieron el criterio de autonomía del movimiento obrero frente a los partidos, fué motivo para que mereciesen los “honores” de ser invitados en 1906 a salir del partido socialista, cosa que aceptaron gustosos, pues así podían entregar por entero sus actividades y entusiasmos al movimiento sindical sin máculas políticas.

Hemos dicho que esa concepción no es exclusiva de aquí. Y, efectivamente, en otros países, con un movimiento obrero más experimentado que el nuestro, y donde no ha llegado todavía—que nosotros sepamos al menos—las influencias del presidente Irigoyen, los trabajadores sostienen igual criterio, en algunas partes triunfalmente y en otras en oposición, ya muy débil, de las influencias “obreristas” de los partidos políticos.

Todas estas cosas las conoce muy bien “La Vanguardia”, pero para realizar mejor su obra de supeditación del movimiento sindical al partido político que ella representa, le conviene ignorarlas.

El plan que viene desenvolviendo para alcanzar este fin es perfectamente claro. Al efecto se vale de los más innobles y pérfidos recursos. ¿Tiene necesidad de desacreditar a los militantes obreros que no pertenecen al partido socialista? Pues no vacila mucho en hacerlo y apelar también a la impostura, la calumnia o cualquier otra arma que toda persona honesta y altiva repudiaría.

Por si pega, un día lanza una calumnia o una insinuación calumniosa contra un militante; otro día la dirige contra otro o contra todo un grupo de trabajadores que, como los sindicalistas, jamás serán perdonados por el “pecado” cometido de trabajar durante diecisiete años, siempre sin desmayo, por la independencia del movimiento sindical y su unidad de clase, contrarrestando así la acción disolvente y sectaria desarrollada por el diario en cuestión desde la infancia del movimiento obrero en el país.

Conforme a ese plan de calumnias, un buen día “La Vanguardia” publica un suelto insidioso, pérfido y canallesco contra el camarada Francisco J. García, secretario de la Federación Obrera Marítima, sobre quien pesa la culpa de haber requerido el concurso profesional de un abogado que no era del partido socialista... En ese suelto “La Vanguardia” se preguntaba por qué el secretario de la poderosa organización de los trabajadores marítimos no había sido apaleado y detenido como lo fué el de los estibadores. La insinuación infame y miserable, perseguía un solo objeto: lanzar la sospecha sobre el valiente y abnegado secretario de los marítimos. No faltaría algún estúpido que la recogiera y ya afirmase que García no había sido apaleado y detenido porque es un agente del gobierno.

Pero, ¿se olvida el director de “La Vanguardia” que el secretario de su partido—no obstante las baladronadas de su diario tampoco fué apaleado y detenido? ¿Cómo explica el doctor Repetto, que tan fácilmente duda de la honradez e integridad de un militante obrero, el caso del secretario de su partido, que no sólo no corrió ninguno de esos riesgos, sino que ante una información de un diario burgués que hacía aparecer a dos diputados de ese partido, complicados no sabemos en qué cosas contra la Liga Patriótica, se apresuró a desmentir y a ofrecer a la Liga Patriótica hasta la casa y archivos del partido para que pudiese comprobar la veracidad de su declaración?

Otro día, “La Vanguardia” lanza sus sospechas venenosas contra el secretario de la F. O. R. A., camarada Pedro C. Alegría, porque éste envía una rectificación—que “La Vanguardia” se negó a publicar—a las calumnias y falsedades publicadas por el mismo diario contra la Federación Obrera Regional Argentina.

El diario del partido socialista—con toda perfidia y malignidad,—dice que el camarada Alegría, en lugar de refutar los embustes del diario socialista, debía explicar dónde estaba la noche del allanamiento del local de la Federación Obrera Regional Argentina. Una coincidencia que no ignoran los que estaban en la F. O. R. A esa noche, impidió que Alegría cayera junto con los demás presos y conquistara los laureles del martirio... No tuvo la “suerte” de ser detenido y ha merecido entonces los primeros “honores” de la insinuación miserablemente pérfida del diario socialista. Alguien pensará que Alegría, de haber acertado esa noche, podría haber alcanzado la corona de laureles de la gloria y no la de espinas. Pero ni con eso hubiera acertado. Hasta para los demás miembros del Consejo Federal que fueron detenidos, “La Vanguardia” vomita su veneno. Si a éstos los detuvieron fué, dice el diario en cuestión, por “torpeza imperdonable”, por “alta traición al proletariado”, y porque habían “comunicado de antemano a la policía el sitio y hora de la reunión”.

La malevolente y perversa intención que encierran estas palabras es evidente.

Una reunión pública a la que debían asistir más de cien personas y anunciada por “La Vanguardia” mismo, durante varios días, debería haber pasado inadvertida para la policía!

Repugna tener que habérselas con tales alimañas.

“La Vanguardia” sabe bien que otras reu-

NUESTRAS CONMEMORACIONES

Por LUIS LOTITO

El proletariado fué la masa nula y anónima, sin pensamiento propio, sin relieves ni realce de su potencia asombrosa de que se opropiaban otros para revestirse de fuerza y horlarse de hermosos atributos.

En la vida económica cargaba con el peso inmenso del trabajo, sacando diariamente de la naturaleza informe los ricos tesoros de la producción industrial, agrícola y minera; en la distribución del bienestar creado debía resignarse con la existencia miserable y antihigiénica del inquilinato y de la mesa mal servida, tendiéndola muchas veces sobre el pavimento de la calle o sobre el suelo fangoso de los campos; y en la historia como en la vida diaria era el olvidado y el paria, que sólo servía para comparsa de las aristocracias palurdas que acababan de levantarse de la nada gracias a sus esfuerzos de coloso.

Y así iba detrás de partidos vencedores o que aspiraban a serlo; corría como niño inocente tras la banda de los desfiles patrios, de las procesiones cómicas o religiosas, en donde se conmemoraban acciones del pasado realizadas con sus energías pero que dieron poder y esplendor a sus amos de hoy derrotando sus señores de ayer.

En esa situación, el proletariado remachaba sus cadenas milenarias con instrumentos más modernos, sin variar su sujeción. Fuerza poderosa pero sumisa y sin comprensión de su porvenir ni del camino más eficaz y certero para alcanzarlo, nada era y nada sería mientras no se trazase con sus propias fuerzas un programa de acción realizado con su lucha diaria, excluyendo sumisiones, protecciones y tutelajes.

Libre y solo, sin ser llevado de la mano por partidos demócratas o liberales, por grupos de filántropos y soñadores, cometiendo errores para corregirlos y aprender el manejo de sus propios intereses y destinos, convirtió su vida en una amplia escuela que abarca todos los límites del mundo.

Así pudo iniciar su propia historia, comenzando a romper las ligaduras y sujeciones, a librarse de los amos internos y externos.

Sus energías puestas en juego fueron dándole la personalidad social de que carecía. Afrontando la lucha de clases y dándole su propia dirección, se hizo el proletariado el jefe de sí mismo. Revuelto en el torbellino de la acción, poniendo en el juego de los acontecimientos sus sacrificios, supo vencer las dificultades y se ejercitó en su propio manejo.

Así se elabora la independencia de una clase o de un pueblo.

El Sindicato de Obreros Ebanistas conmemora hoy el feliz acontecimiento de su constitución, cuyas bases fueron echadas hace veinticinco años.

Esta fundación fué una de las más serias y sólidas, pues en ningún momento desapareció. Opuestamente a lo ocurrido con otros sindicatos que en cada tropiezo se desbandaban para tener que proceder luego a su reorganización, el de Ebanistas continuó firme sin disolverse en ningún momento. Es un cuarto de siglo de lucha continuada, que ha tenido sus crecimientos y decadencias, pero nunca ha cesado esa vida combativa iniciada el día 26 de julio del año 1896.

Obreros aguerridos en las luchas proletarias de Europa, donde arreció la reacción arrojándolos a estas playas, secundados eficazmente por obreros del país, daban nacimiento a un poderoso baluarte de la acción obrera en este país, demostrando que la simiente que quieren sofocar con violentas acometidas va a reproducirse en forma insospechada en lugares lejanos, donde germina mejor en tierra virgen.

La constancia y firmeza de esta organización le ha puesto en condiciones tales, que en todo momento logró conquistar y mantener las mayores ventajas. La jornada de ocho horas, que fué objeto preferente de su acción, ha sido conquistada desde hace quince años, teniendo que librar numerosas luchas para mantenerla y reconquistarla después de cada tentativa de despojo hechas por el capital.

El hecho más saliente que viene a la memoria recordando su pasado, es la acción desplegada durante los estados de sitio que tan copiosamente llovían sobre el movimiento obrero, hasta alcanzar a tres, decretados en el mismo año: 1905.

Eran épocas en que la administración de la mayoría de los sindicatos quedaban abandonadas y cesaba la lucha, por la casi imposibilidad de sostenerla en esas excepcionales circunstancias. El capitalismo se sentía libre de la presión obrera y daba un avance sobre nuestras líneas, despidiendo a los obreros más destacados y retirando las conquistas contenidas en los pliegos de condiciones.

El Sindicato de Ebanistas era uno de los pocos que afrontaba la situación valientemente y entablaba la reclamación correspondiente.

La disciplina sindical no se quebrantaba, las comisiones atendían la administración del Sindicato y vigilaba los talleres, y allí donde el abuso no se remediaba con el reclamo que creían exento de fuerza, se hacía valer con la huelga.

Una de ellas, importante y llena de vicisitudes, fué la de la casa Tarris, sostenida durante seis meses en esas condiciones desventajosas. Los esfuerzos del capitalista fueron desesperados, llegando a mandar traer obreros de Europa, a quienes alojaba y cuidaba. No obstante, la vigilancia de las comisiones del Sindicato era tan tenaz, que se le retiraban los obreros que conseguía, dándole puesto en otros talleres, que dejaban ex profesamente los afiliados para contrarrestar la tenacidad capitalista.

La huelga terminó con la capitulación del burgués, después de sufrir un descalabro económico que le hizo decir a una comisión obrera que no quería tener más ningún conflicto con el Sindicato.

Esa lucha señaló una etapa importante en la vida de la organización de los Ebanistas, pues desde entonces el dominio sindical se manifestó en una nueva forma potencial, desconocida hasta esa fecha. El núcleo sólido organizado que no había pasado de 400, pasó al de 1.200 rápidamente.

Esa lucha da una idea de las energías que había que poner en actividad. Las prisiones y procesos fueron continuos, tocando a un militante del Sindicato de Ebanistas ser el primero a quien se aplicara la ley social, meses después del Centenario.

La historia se hace con acciones y sacrificios. El gremio de Ebanistas escribió una página de las más brillantes del proletariado argentino.

En las luchas del gremio se distinguió por su firmeza y continuidad, dando ejemplos reconfortantes en todo momento; en las huelgas generales a que se vió obligado el proletariado, aportó siempre un tributo importante y compacto, no defraudando nunca las esperanzas en él fundadas; así como en los trabajos ordinarios de organización y ayuda solidaria fué uno de los mayores contribuyentes, habiendo sido también uno de los que menos ha pedido la ayuda de los demás.

La legión de la F. O. R. A. que conmemora su XXV aniversario llega a esa meta como atravesó sus fases anteriores: firme y fuerte, con la ventaja de un avance mayor. El balance de energías es soberbio. Porque esa virtud tienen las acciones humanas: cuanto más se las pone en juego más aumenta. Cuando se cree que se gastan más es cuando más se acumulan.

De esto debieran tomar ejemplo aquellos gremios conducidos con espíritu apocado y timorato que creen que la lucha debilita, hasta el extremo de confundir y hacer una sola cosa de la huelga y el desbande.

Otro gran mérito de los federados de esta rama es que nunca se durmieron sobre los laureles conquistados. Año a año fueron renovándose y se mantuvieron verdes y frescos con el trabajo de cultivo de nuevas acciones.

Acompañamos, pues, en este día de sanas recordaciones a los que se batieron bravamente para mantener bien alta la bandera de reivindicación del trabajo; todos aquellos que sentimos sus mismos anhelos y más profundamente los que hemos seguido paso a paso desde hace veinte años cada acción de esta falange del gran ejército productor.

Un cuarto de siglo de vida sindical forman una página de historia nutrida de acciones.

Así no somos los secundones de siempre, la sombra que da realce al esplendor de otras clases. El trabajo hace su batería propia, grabando en los sucesos del mundo un nuevo rumbo. La masa sin personalidad y sin nombre se destaca con los contornos definidos de una nueva entidad social.

Así se labra la emancipación del trabajo por obra y virtud de los mismos trabajadores.

---

niones que no se anunciaron ni solicitaron permiso sus autores para celebrarlas fueron igualmente copadas por la policía. Sabe, en fin, que es estúpido—en el caso que el Consejo Federal lo hubiese querido hacer reservadamente—suponer posible el mantenimiento del secreto de una reunión tan numerosa. Los secretos de polichinela que "La Vanguardia" maliciosamente propicia no pueden ilusionar a la F. O. R. A.

Por otra parte, "La Vanguardia", que sabe todo eso y que en otras ocasiones ha ridiculizado a los anarquistas porque adoptaron en vano, antes que ella lo aconsejara, procedimientos infantiles para no caer presos, ¿por qué está empeñada en sostener ahora lo contrario hasta llegar al colmo de la ridiculez? ¿Por qué, también, se complicó con el Consejo Federal anunciándole desde sus columnas "de antemano, el sitio y la hora de la reunión"?

"La Vanguardia" apela a todos estos recursos con un solo fin: desacreditar a los militantes obreros que, por su entereza de espíritu e invariable conducta han sabido mantener la separación que frente a los partidos políticos les ha trazado la organización en sus congresos nacionales.

No es otro el objeto. Los trabajadores deben estar alerta. En esta época en que la diatriba, la injuria, la calumnia y la difamación han reemplazado a los argumentos, "La Vanguardia" emplea aquellos con extraordinaria predilección.

D. GALLARDO.

Bartolomé Senra Pacheco

El día 8 del corriente ha fallecido el subsecretario de la F. O. R. A., compañero B. Senra Pacheco. La cruel enfermedad contraída en el Departamento de Policía, a donde fuera conducido en calidad de preso el 28 de mayo, conjuntamente con 180 compañeros, como el detenidos en el local de la F. O. R. A. la noche de su allanamiento por las autoridades, puso fin a la vida de ese compañero que aún estaba en plena juventud.

A pesar del agotamiento físico, impuesto por los deberes de su cargo, y por su mismo carácter de militante inquieto y activo, Pacheco no hubiera muerto a los treinta años, de no mediar esa circunstancia reaccionaria, que al ocasionarle una enfermedad mortal, lo llevó a la tumba.

Su organismo debilitado no pudo soportar los rigores de un invierno crudo en una prisión donde el escaso bienestar de que podían disfrutar los recluídos era debido a la iniciativa y esfuerzo de los camaradas que gozando de libertad se preocupaban de su suerte. Por eso no exageramos al atribuir a la reacción capitalista, al Estado encargado de velar por los intereses de la burguesía, la responsabilidad de la muerte de un compañero que, por esas circunstancias, aparece como víctima de un crimen.

La F. O. R. A. ha perdido un militante valioso. Orador de fibra y periodista de enjundia, eran cualidades que hacían de Pacheco un militante perfecto. Su carácter optimista le permitía sacar partido de esas cualidades y de consiguiente el militante extinto era uno de aquellos hombres que aportaban constantemente el concurso de su voluntad y valía, a todas las situaciones—aun las más adversas—que requieren le presencia de un voluntarioso y abnegado. Unionista fervoroso, hizo de la unidad del proletariado uno de los más acariciados ideales de su vida.

Si se tiene en cuenta que un militante de las condiciones que destacaban a Pacheco no es obra de la improvisación, ni el resultado de cuatro días de lucha, sino la consecuencia de una larga experiencia adquirida en una lucha continua de largos años, fácil le será comprender al proletariado la inmensa pérdida sufrida con la desaparición del amigo que apesadumbrados recordamos constantemente.

Pertenecía a la Federación Gráfica Bonaerense en su carácter de obrero tipógrafo comercialista.

El cadáver de Pacheco fué velado en el local de la F. O. R. A., por el que desfilaron un sinnúmero de trabajadores.

El entierro, efectuado dos días después del fallecimiento, el domingo 10, dió lugar a una sentida exteriorización de duelo El coche fúnebre que conducía los restos del extinto, fué seguido, esa mañana de destemplado invierno, por una nutrida y larga columna de trabajadores que salvó a pie la enorme distancia que separa el local de la F. O. R. A. del Cementerio del Oeste.

En la Chacarita esperaban la llegada del féretro otra buena cantidad de trabajadores que de distintos puntos de la capital se habían dirigido ex profeso a aquel lugar, animados por ese sentimiento que a todos nos congregó en torno del compañero muerto para darle la eterna despedida.

Ante la fosa abierta para recibir el cadáver del compañero ido, pronunció un sentido discurso en nombre de la F. O. R. A. el secretario general de la misma, compañero Pedro C. Alegría. Hablaron a continuación los compañeros Paz, por la Federación Local de Buenos Aires; Francisco J. García, por la Federación Marítima; Juan Greco, por la Federación Gráfica Bonaerense; Vila, por el comité central de los Sindicatos de Tráfico y Talleres; el doctor Alfredo L. Palacios, amigo del extinto, L Lotito en nombre de la Agrupación Sindicalista de la que Pacheco era componente, y M. Olivetta, por la Federación de Obreros Metalúrgicos y un representante de el diario *El Sol*.

El partido socialista y la clase trabajadora

Los políticos socialistas se lamentan de que la clase obrera los combata y no combata al gobierno y a la policía quienes son los que le limitan sus derechos y los reducen a prisión. Son éstos sus verdaderos enemigos de clase.

Esta afirmación de los socialistas de partido carece de fundamento, pues el sindicalismo revolucionario es antipatronal y antiestatal; practica la lucha de clases y la acción directa. Los socialistas de partido no ven la lucha antipatronal ni antiestatal que realizan los sindicatos, la F. O. R. A., la agrupación sindicalista, etc., debido a que ellos detienen su atención más en las personas que en las instituciones, mientras que la verdadera lucha de clase, del punto de vista del materialismo histórico, es una lucha de instituciones, en que las personas desempeñan una importancia secundaria y por eso los sindicalistas revolucionarios combaten la institución patronato, la institución Estado y no la persona del presidente Irigoyen. Las personas no tienen para la lucha de clase importancia histórica alguna.

El partido socialista, que sólo vive en la democracia burguesa y se alimenta de sus necesidades y de sus propósitos, concreta toda su acción en combatir las personas de las distintas ramas del gobierno, desentendiéndose completamente de las instituciones capitalistas. De aquí nace una diferencia fundamental de la concepción del problema social y de la forma más inteligente para solucionarlo.

Léase "La Organización Obrera", las resoluciones de la F. O. R. A., todos los periódicos sindicales, folletos, circulares, etc. y se notará con toda claridad, si se estudian sin prejuicios y sin preconceptos políticos, el carácter antiestatal de todas esas publicaciones; y es esa propaganda objetiva la que va construyendo progresivamente la conciencia revolucionaria a medida que va formándose en la clase proletaria la convicción de que el Estado es una institución de clase que servirá los intereses y aspiraciones capitalistas, siempre que la clase obrera no se presente fuerte y capaz en defensa de sus derechos e intereses.

Los políticos no comprenden el problema social en el mundo del trabajo, que es donde aparecen con tanta nitidez los intereses antitéticos de la clase patronal y la clase obrera que van formando el nuevo derecho del productor libre que persigue la producción sin clases frente al derecho patronal que no sabe producir sino creando las clases con sus conflictos, perturbaciones y males. Los políticos no ven que la solución del problema social está dependiendo de una labor de capacitación de la clase de los productores asalariados y que ella se esta realizando fuera del parlamento y del Estado.

Debido a que los políticos no comprenden el problema social en la forma que lo estudian y buscan de resolverlo los sindicalistas revolucionarios, es que caen en el error al afirmar continuamente dsde las columnas de "La Vanguardia" que los sindicalistas revolucionarios están en "buenas relaciones" con el gobierno porque al practicar la lucha de clases no atacamos las personas que desempeñan esas instituciones. El combatir las personas denunciando sus defectos, sus vicios, sus delitos, no es una acción de clase, ni menos revolucionaria; es una acción demagógica, propia de la democracia burguesa. Pero nos explicamos de que los políticos socialistas no vean ni comprendan la obra histórica que al construir la nueva fuerza social y las nuevas instituciones realiza el sindicalismo revolucionario, pues ellos han reducido toda su misión a una lucha política electoral y de aquí que ellos se vean obligados a asumir actitudes distintas a las que deba asumir la F. O. R. A. y la clase de los trabajadores. Ellos, los políticos, se encuentran delante de este dilema: o concretan su acción a servir y defender la obra revolucionaria de la clase trabajadora organizada, y en ese caso sólo debe combatirse al gobierno cuando éste dificulte o pretenda dificultar el derecho obrero, o los políticos abandonan la solución del problema social, y entonces se concretan a hacer un simple partido político democrático avanzado y progresista, pero en estas condiciones de lucha no puede exigir que la clase trabajadora que practica la lucha de clase, le acompañe continuamente en todos los episodios y circunstancias en que se vaya encontrando en la lucha de partido y no de clase.

Debido a la distinta situación, a la diferencia de método de lucha y a los distintos objetivos que persigue el partido socialista y la clase trabajadora, es por lo que se originan los choques y conflictos que el partido se ve obligado a producir con la F. O. R. A. y la clase trabajadora.

A propósito de la última huelga, el partido tenía interés en la huelga general se realizara en las más vastas proporciones posibles y con las mayores agresividades contra el gobierno, pues así se debilitaba éste y aquél recobraba mayores prestigios y mayor ascendiente sobre las masas populares, mientras que a los trabajadores organizados no les convenía realizar la huelga general sino en el úl-

timo extremo, al agotarse todos los medios pacíficos para obtener el respeto al derecho de reunión y la libertad sindical. Lo mismo acaece cuando una vez fracasada la huelga y los obreros presos tratan de recuperar su libertad iniciando una solución con la autoridad policial.

Los políticos, que estaban en guerra con la autoridad policial, trataron, utilizando a los obreros socialistas del Consejo Federal de la F. O. R. A., de dificultar esa solución, oponiéndose así a los intereses y aspiraciones de los trabajadores.

La élite de la clase obrera ya capacitada para dirigir la fuerza obrera en sus relaciones con el gobierno, o mejor dicho, en las entrevistas que con éste se ve en la necesidad de tener para solucionar los conflictos que se originan durante la lucha, sabe perfectamente lo que debe hacer y cuando arriba a una solución con el gobierno es porque le conviene a sus intereses y propósitos de clase.

Dirán los políticos que el gobierno trata en esas entrevistas de sacar ventajas; está en su interés, pero eso no impide que a su vez los obreros también se defiendan.

Pensamos que durante la lucha de clases la clase obrera si se encuentra mejor organizada y más fuerte que la clase patronal, el gobierno se verá obligado a atenderla en sus justas reclamaciones, pero también nos damos cuenta que cuando la clase patronal se encuentre en condiciones más fuertes que la clase obrera, el gobierno se verá obligado a no atender a la clase obrera y sí a la clase patronal.

Estas actitudes distintas que el gobierno se ve obligado a asumir en el conflicto de las clases, para los políticos son emboscadas, tretas, engaños del gobierno, pero para la clase trabajadora que está alerta y bien orientada ve que el gobierno tiene necesidad de defenderse y de vivir y que para que él reconozca y respete el derecho obrero, la clase trabajadora deberá ser fuerte a tal grado que al gobierno le convenga más, respetar el derecho que desconocerlo.

Los políticos socialistas que no están en los secretos de la lucha, que no conocen íntimamente el proceso para solucionar los conflictos, piensan y lo dicen públicamente cuando la clase trabajadora es más débil que la clase patronal de que el gobierno la engaña, la somete, y la hace servir a sus propósitos políticos.

Lo mismo ha pasado últimamente cuando los obreros en presencia de que los sindicatos volvían al trabajo, ellos, para salvar su prestigio y mantener la organización se apresuraron a proponerle a la autoridad policial que ellos publicarían un manifiesto resolviendo la vuelta al trabajo si la autoridad ponía en libertad los presos y reabría los locales obreros. Esta solución que era conveniente para la clase trabajadora y hábil por la situación de derrota en que ella se encontraba, fué combatida por los políticos, diciendo que la policía estaba interesada en la terminación de la huelga e imponía a la clase trabajadora condiciones deprimentes.

Como los políticos socialistas juzgan los hechos de la lucha de clase de un punto de vista distinto a la clase trabajadora nacerán siempre diferentes criterios y críticas de parte de los políticos al juzgar los actos de la clase trabajadora organizada.

R. P.

Mentiras cansadoras

Es sabido que a raíz del golpe bolsheviki por el cual fué implantada la dictadura proletaria en Rusia, hambre, tifus y sequías confabuláronse a fin de malograr los propósitos de regeneración social para cuya consecución los bolshevikis no han rehuído sacrificios, saliendo, por lo demás, victoriosos de la guerra pérfida y desleal hecha por los Estados capitalistas, entre los que con especial ensañamiento destácase la republicana Francia.

Con el fracaso de Wrangel, es cierto, Francia comprendió la verdad de la afirmación hecha tiempo antes por Lloyd George, de no ser empresa fácil destruir la potencialidad del bolshevikismo, y al mismo tiempo lo inútil y oneroso de seguir hostilizando la dictadura del proletariado con ejércitos mercenarios.

Pero no ha renunciado a los alambrados de púa con que el senil Clemenceau creyó reducir y vencer al bolshevikismo. La resistencia de éste no ha modificado la política de los gobernantes franceses. Política que no modificarán en tanto que los bolshevikis se resistan al reconocimiento de las deudas zaristas.

Los alambrados de la calumnia y de la difamación se han despuntado por el uso y el abuso y lo evidencia el agotamiento de las agencias cablegráficas, que no teniendo nada más que inventar contra los bolshevikis de Rusia, unas han creído salvarse del descrédito total desistiendo de la propaganda antibolsheviki a base de difamaciones gastadas; otras, en cambio, o porque se les paga o por estar, como la Havas, al servicio directo del gobierno francés, siguen impertérritas con lo del hambre, tifus, sequía, a cuya compañía acaba de juntarse el cólera.

Si los obreros fuésemos todavía unos necios credulones... Pero, no: Nadie de nosotros que tenga un átomo de inteligencia cae fácilmente en esa red de vulgarísimas mentiras tejida por los cables contra el bolshevikismo en general y el de Rusia en particular.

Mas, admitámoslo, aunque fuese a título de hipótesis, que hambre, tifus, sequía y cólera realmente asolan a la población rusa sin parar en distinción de bolshevikis o no bolshevikis. ¡Pobre Rusia! Pronto va a ser un inmenso osario donde los chacales van a hacer su agosto.

Y, sin embargo, el mundo burgués que tanto se precia de filantrópico, cristianamente religioso, parece gozar ese raro y único espectáculo de ver desaparecer todo un pueblo víctima del hambre y del cólera.

De las dos, una: o son mentira los sentimientos filantrópico-humanitario-cristianos de la burguesía, o es mentira lo del cólera y el hambre. Nosotros consideramos mentira todo.

Y, para ser más esplícitos, diremos que si flagelo hay en Rusia, no puede ser ni mayor ni menor que el flagelo que en todas partes afecta al mundo obrero, y que es una consecuencia de la guerra criminal desencadenada por las ambiciones capitalistas.

No hay país hoy que pueda juzgarse al abrigo de esas consecuencias.

Quedaría, con todo, a dilucidar el fenómeno curioso y que tiene lugar propio en la Rusia revolucionaria

Según el último censo, levantado por los bolshevikis, la población de Rusia da un total de 130 milones de habitantes, teniendo en cuenta que Estonia, Finlandia, Letonia y Polonia se hallan independizadas, el censo casi acusaría un crecimiento si no olvidamos los dos millones de muertos que cuesta a Rusia la alianza con Francia en los dos primeros años de la guerra.

¿En qué quedamos?

A menos que hambre, tifus, sequías y cólera no se hayan transformado en agentes vitales, no sabemos cómo explicar esa extraña resistencia de nuestros hermanos rusos, mantenidos desde hace cuatro años encerrados entre los alambrados de púa del odio capitalista universal.

¡Oh! no es necesario esperar que alguien nos explique el secreto de la resistencia física y moral del bolshevikismo.

Este, que a puño limpio mantiene a raya a las hienas capitalistas, tiene que superar la crisis interna mucho antes que la de la misma burguesía victoriosa. Lo que permite pronosticar un futuro venturoso para el pueblo que ha tenido la extraordinaria audacia de romper de un manotón y de un solo golpe todas las cadenas del servilismo y de la esclavitud anacrónicas y oprobiosas.

Eso del antagonismo entre los líders bolshevikis es otra patraña explotada por los cables.

Cuatro años de rudo compañerismo entre los mismos que llevaron a cabo la revolución de noviembre de 1917, es algo desconcertante para la burguesía.

En fin, hoy más que nunca creemos en el porvenir de la revolución rusa. Con el advenimiento del trabajo podemos repetir con el Dante:

"Secol si rennova, torna giustizia
E primo tempo amano".

RADEMAL.

Rechazamos el tutelaje de los falsos moralizadores

Bajo el pretexto de «moralizar» el movimiento sindical, considerado vicioso por la actuación que en él desarrollan determinados militantes ajenos a toda preocupación política, el Partido Socialista, valido de su órgano de publicidad *La Vanguardia*, sostiene una campaña de descrédito para la Federación Obrera Regional Argentina y los militantes que en el Congreso de La Plata merecieron por su honestidad la confianza del proletariado federado que los elevó a los cargos representativos que actualmente desempeñan con el beneplácito de todos los trabajadores honestos.

La inconsistencia del pretexto «moralizador» utilizado por un partido político para realizar tan baja campaña contra la organización obrera, queda demostrada por la simple exposición de los documentos que el secretario de la F. O. R. A., compañero Pedro C. Alegría, sometió al estudio y consideración del Consejo Federal.

El carácter de esos documentos no permite falsedad en la interpretación, y ellos dicen que la inmoralidad radica en ese Partido Socialista que se dedica a la compra de militantes obreros para utilizarlos como instrumentos que le rindan la sumisión del proletariado organizado a sus ambiciones políticas.

La inmoralidad resalta, con toda su repugnancia, de las maniobras que realiza ese partido, tanto cuando presiona con el halago a conciencias que no le responden, como cuando recurre a la intriga, a la difamación y la calumnia, en perjuicio de aquellas personas que resistieron tales halagos para ser fieles a su conciencia y leales a la clase trabajadora organizada.

Alegría y todos los militantes calumniados por el interés político del Partido Socialista, están investidos de una moralidad que ya quisieran para sí los jefes y directores de ese partido político que, aparte de otras muchas lacras morales, poseen el defecto de ser políticos de profesión y explotadores de la clase obrera que con tanto desgarbo combaten en la actualidad.

Los políticos están, por su condición de tales, inhabilitados para moralizar a nadie y menos a trabajadores cuya superioridad al respecto consiste en vivir de su salario de productores, y no como vagos a expensas de los que trabajan.

Mas, si algo hubiese que moralizar en los militantes obreros, esa tarea sería de exclusiva incumbencia de los mismos obreros organizados, mediante el uso de sus órganos de clase al efecto creados, pero esa facultad jamás sería concedida a un partido político que nada tiene de común con la clase trabajadora.

Si ese partido se arroga indebidamente tal derecho, nosotros los trabajadores se lo desconocemos. En todas las circunstancias hemos de obrar inspirados en nuestros verdaderos intereses, no cediendo jamás a las sospechosas sugestiones de un partido político.

Nosotros no entendemos moralizar a los muchos truhanes que pululan en el Partido Socialista. No tendríamos derecho a eso ni tampoco lo queremos. Pero así como a nosotros nos es indiferente la conducta de los afiliados a ese partido, exigimos del mismo la más completa indiferencia con respecto a la conducta de los militantes obreros.

Nos bastamos y nos sobramos para moralizar nuestras instituciones y nuestros hombres, y no admitimos en tal sentido ningún tutelaje aunque él esté encarnado en sacerdotes de moral insospechable.

Vicios y virtudes de nuestro Sindicato

La Comisión Administrativa de nuestro Sindicato es algo más que un órgano destinado a encauzar las actividades colectivas por el escabroso sendero de la lucha de clases.

Su extraordinaria capacidad de trabajo da para eso y algo más. No sólo da cumplimiento a sus deberes ordinarios, sino que introduce modalidades en su acción que la hacen asemejar a una dependencia de esas instituciones caritativas fundadas por la burguesía para el socorro de menesterosos. Es órgano de coordinación, de protección y de caridad.

Los trabajadores que ven en el Sindicato una asociación de socorros mutuos, se sienten amparados y garantizados por la acción de la Comisión.

Pero, como ocurre con toda acción caritativa, las que realiza nuestra Comisión no logran reparar la miseria de los agremiados. Estos continúan siendo tan paupérrimos después de que se les hizo objeto de caridad como lo eran antes. Lo único que les queda para sí es la ilusión común a todos los pobres que creen vivir de la limosna porque ésta les permite alimentar los pequeños vicios.

En esta situación se encuentra el beneficiado personal de la casa Sage. La Comisión quiso recompensarlo por una huelga de siete semanas, haciendo un reparto de cinco pesos por barba. Como la donación estaba lejos de cubrir el déficit de más de trescientos pesos que la huelga le había producido a cada uno, pensaron los agraciados que lo mejor era destinar los cinco pesos a la satisfacción de pequeños vicios, ya que ese reducido monto no daba para más. Y a quien quería escucharlos no le ocultaban la distribución: un peso para el hipódromo, dos para el prostíbulo y lo restante para quinielas y humo de tabaco. Esto, en sentido general, pues ya es sabido que los hay dominados por un solo vicio, y en este caso se destinaba a satisfacerlo, el grueso de la donación. Por otra parte, los casados—pocos, en nuestro gremio de solterones—quedaron eximidos del renglón de gastos arriba señalado; así que, han podido reforzar las partidas de juego y tabaco.

El reparto duró dos días, pero en uno de ellos, el primero, la actividad fué intensísima. Bajo la mirada paternal de algunos miembros de la Comisión, que en esos momentos parecían delegados de la sociedad de San Vicente de Paúl, desfilaron los protegidos por tesorería, reclamando humildemente unos, y con fiereza otros, la bicoca a que tenían derecho.

Como se iba a retirar un sostén de vicios—pues no es subsidio la miseria de cinco pesos, y menos cundo los que lo perciben no son huelguistas—los que a ese objeto concurrieron a nuestro local, convirtieron con sus habladurías y procedimientos en un antro de vicio lo que hasta entonces, y con el respeto de muchos, había sido la antítesis de todo eso.

En el ambiente predominaba lo extraño y desusado. Un montón de hombres se apretujaban. Los más audaces codeaban los estómagos de los vecinos en el afán de abrirse paso. El comentario, girando en torno al destino de la "plata", tenía un poco de lunfardo. Se hablaba de "minas", de boletos, de terminaciones. Se hacían cálculos de goces y de ganancias. Sólo algún inocente, si bien escaso en aquel extraño medio, hablaban de la adquisición de un echarpe; y alguno que otro revolucionario salpicaba la escena con la trágica nota de: "Tengo hambre!" No faltaron los circunstantes que amenazaron dar de puñetazos a la ola que así convertía el local en una especie de garito y a la vez en la antesala de un burdel.

Eso pasó, y en su lugar quedó el vivo comentario acerca de lo acaecido. Como son muchos los que lo comparten, excusamos decir que él ofrece variados aspectos.

Hay los que dicen que el Sindicato no necesita de comisiones que ejerzan funciones de damas de caridad, porque eso es desnaturalizar el carácter administrativo de toda comisión: que una cosa es administrar intereses sindicales y otra y bien distinta el administrar caridad. Dicen, además, que la Comisión Administrativa cojea del mismo pie que afea tanto el andar de todas las corporaciones caritativas: que no hace la caridad con su dinero sino con el del Sindicato, con el agravante para la Comisión—cojera más pronunciada— de que algunos de sus miembros más empeñados en el ejercicio de la caridad, se acogieron a los resultados de la misma embolsándose sus correspondientes cinco pesos del reparto. Y agregan que la cosa sería tolerable si esos bellos gestos los efectuara la generosa Comisión a expensas del bolsillo particular de cada uno de sus componentes.

Otros hay que razonan de la siguiente manera:

Cierto que una asamblea resolvió que cada obrero con trabajo dispusiese de medio jornal por semana, a fin de destinarlo como subsidio para los numerosos huelguistas de la casa

EL SINDICATO DE INDUSTRIA

Por J. A. SILVETTI

Entre algunos compañeros, sobre todo pertenecientes a algunos gremios afines al de Ebanistas, surgió la iniciativa, que piensan realizar, de constituir una federación del mueble.

Sobre la estructura del organismo anhelado se adelantó la idea de que él funcionara sobre la base de un consejo, integrado por un número convencional de delegados de los gremios que concurren a la ejecución del mueble. Sería, pues, un consejo compuesto de delegados de los actuales sindicatos: Ebanistas, Tapiceros, Tallistas y Torneros.

La realización de esta iniciativa motivaría la formación de un organismo federal que funcionaría a la par de otro similar: la Federación de Trabajadores en Madera.

¿Hay alguna conveniencia en crear dos federaciones similares?

Convencidos estamos de que eso sería una cosa que nos aparejaría muchos perjuicios.

A los fines de la unificación, la iniciativa que nos ocupa vendría a aumentar las dificultades que se oponen a ese deseo de los trabajadores. Se trata de unificar y no de disgregar, y en tal sentido una federación del mueble sería un elemento de disgregación.

No queremos decir que nos conforme la naturaleza y la función de la actual Federación en Madera y que debemos preocuparnos por su mantenimiento. Queremos decir simplemente que, mientras se reconozca la utilidad de la federación existente, no es admisible la constitución de otra similar y a guisa de rival.

Antes de dar forma a esa iniciativa, es menester demostrar que la F. T. M. no responde a los fines para que fué creada, y que, cuando menos, supone un rodaje inútil en la máquina sindical.

Sin prestigiar la federación del mueble, con cuya constitución en perspectiva no estamos nosotros de acuerdo, intentaremos demostrar como la Federación de Trabajadores en Madera es un organismo inútil o de escasa eficiencia por lo menos.

La inutilidad de la Federación resulta de sus propias bases, de la naturaleza de su misma constitución.

No es un organismo de una industria, sino una federación de trabajadores cuya afinidad industrial fué establecida por el material que manipulan. Se dijo: "obreros en madera" y sobre esa base se procedió a crear la federación. No se tuvo en cuenta un hechc esencial: que no todos los obreros en madera están unidos por la afinidad de trabajo en una misma industria.

De tal composición resultó una federación que no pudo ser de industria sino un conglomerado de trabajadores que representan industrias distintas, algunas de ellas bastante extrañas entre sí, y eso dificultó la acción sindical que de otra manera hubiese sido continuada y fecunda.

Se creó, pues, un organismo que de antemano estaba condenado a la más desesperante quietud.

Su carácter heterogéneo le impone una inmovilidad absoluta en el orden general; inmovilidad que no logra quebrantar esa función puramente burocrática de su consejo federal, y que consiste en la oportuna expedición de pequeñas notas anunciando a los sindicatos federados que en el lugar A se produjo un conflicto que afecta a un gremio adherido y para el cual se reclama la debida solidaridad.

Los sindicatos que componen la Federación se mueven y obran aisladamente, inspirados en los intereses de la industria a la cual están unidos por vínculos más efectivos y atrayentes que aquellos que los ligan a los gremios que como ellos trabajan en madera.

Los carpinteros navales tienen sus intereses en la Federación de Construcciones Navales, con la cual obran de acuerdo. Los carpinteros de obra tienen los suyos en su federación de industria, la de Construcción, con la cual tienen más afinidad de intereses que con los carpinteros navales, no obstante ser compuesta esa federación por marmolistas, pintores, albañiles, etc.

Las respectivas federaciones a que pertenecen los gremios nombrados, pueden obrar de manera uniforme, a pesar de las características opuestas de cada gremio componente, por la razón de que cada organismo de esos responde a la organización de una determinada industria sobre la que convergen los intereses de los distintos gremios que en ella se ocupan.

En una industria dada pueden confundirse todos los oficios, haciendo que sus intereses corporativos se fundan en un interés común. El herrero se amalgama con el carpintero, éste con el pintor y así sucesivamente hasta ofrecer el ejemplo de los ferroviarios y los marítimos, cuya unión está basada en la afinidad de intereses y no de oficios. La afinidad de oficios dividiría esas organizaciones, ya que el maquinista de la locomotora excluiría al carpintero ferroviario, el mozo de a bordo al marinero; y según la naturaleza de la Federación en Madera y los principios que fluyen de su composición, el maquinista de la locomotora tendría que organizarse con su colega el marítimo, el carpintero ferroviario incorporarse a la Federación en Madera y el mozo naval al sindicato de mozos de restaurantes terrestres.

Aquellas federaciones de industria, decíamos, pueden accionar porque son homogéneas, no obstante la desemejanza de los oficios que las integran, en tanto que la Federación en Madera no puede moverse.

Es que las funciones que a ésta le pertenecerían quedan absorbidas por las federaciones de industria a las cuales pertenecen muchos de sus gremios en madera.

La constitución de federaciones a base de sindicatos que se identifican por la materia prima que trabajan sus componentes, es un verdadero absurdo.

De seguir esa regla en la que se informa la F. T. M., habría que revolucionar las normas sindicales y desconocer a organismos cuya eficiencia, como valores sindicales, es indiscutible.

Sería el caso de tentar tal revolución si sus resultados favorables beneficiasen la organización proletaria en sus propósitos de lucha.

Una rápida observación obliga a desistir de ese propósito, que sería descabellado a más no poder.

La organización responde a un propósito de fuerza; crear fuerza es el primer objeto de los trabajadores que se unen.

Ningún hecho abona la idea de que la fuerza dimana de la afinidad de los oficios que se federan. La F. T. M. se encarga de desmentir semejante suposición. La fuerza dimana de la férrea unión de los oficios necesarios a una determinada industria. No importa que entre sí esos oficios no tengan afinidad y sean extraños unos a otros en razón de las tareas que realizan. Lo importante es ofrecer a la industria única, la organización única. En esa unidad orgánica de los gremios, frente a la unidad orgánica de la industria, radica la fuerza de los trabajadores.

El calderero, unido a una federación metalúrgica, no sería tan fuerte como lo es unido con el pintor naval, con el obrero de otro oficio pero que como él trabaja en el mismo barco y para el mismo patrón.

La fuerza del mozo de café no estriba en asociarse con el campesino que en el Brasil cultiva los granos. Su fuerza resultará de la unión con aquellos obreros que trabajan para el mismo establecimiento, aun cuando realicen tareas distintas a la suya. Su fuerza está con el que prepara el café, con el peón que limpia el local, con el carrero que provee la casa y con todos aquellos obreros que como él son útiles a su patrón.

La afinidad por la materia que se trabaja no es lo importante para crear fuerza y por eso carece de ella la Federación de Trabajadores en Madera.

Además, el sistema de explotación capitalista impone otras afinidades superiores o más útiles que las de oficio.

Para triunfar, los trabajadores deben dar a su organización la modalidad que caracterice la explotación capitalista.

El capitalismo explota una determinada industria que involucra varios oficios. Pues esos oficios deben aceptar la unidad que resulta de un trabajo realizado en común para beneciar a un solo patrón o empresa.

La Federación en Madera no responde a esta necesidad. Es un organismo desarticulado; sus miembros no obran a impulsos de una fuerza central sino a una ley, que no les es propia tampoco, creada por la lucha en que están empeñados aquellos organismos de que son integrantes por razón de la afinidad que ya hemos establecido. Está incapacitada para la acción porque una parte constitutiva la posee en la Federación de Construcciones Navales, la otra en la de Construcciones, la otra... Y así todas, hasta no representar de por sí nada, porque lo que le podía valer para representar algo ya tomó su posición natural dentro de otro sistema de organización menos arcaico que ese de la federación de oficios.

Todas estas cuestiones deben meditarlas los compañeros, plantearlas en sus respectivos sindicatos para que éstos las transmitan al seno de la Federación de Trabajadores en Madera. Sólo después de cumplir esta tarea se puede pensar seriamente en la federación del mueble. Iniciativas de trascendencia, para que cuajen, no deben encontrar obstáculos, y un obstáculo serio lo constituiría la persistencia de ese esqueleto de federación anacrónica.

Pasemos ahora al interesante tema de la federación del mueble.

La federación del mueble existe de hecho desde el instante en que fué creada la Federación de Trabajadores en Madera. Los sindicatos de la ebanistería que integran esa Federación—ebanistas, torneros, tapiceros, etc.—se sirven de ella para el mantenimiento de relaciones recíprocas. En la hipótesis de que se disuelva la federación de oficios para crear la del mueble, el nuevo organismo no sería otra cosa que una supervivencia o prolongación del anterior, del que se diferenciaría apenas en su aspecto, por la fisonomía uniforme de los sindicatos componentes. En esencia podrían confundirse ambos organismos, ya que el cambio de nombre y la exclusión de aquellos gremios que no tienen participación directa en la industria del mueble, no alterarian en nada el viejo sistema de relaciones que hasta ahora han venido practicando en el seno de la Federación.

El carácter de unidad industrial que cobraría la nueva organización, no remediaría en nada el mal que se quiere destruir. El gremio de tallistas continuaría siendo lo que es, el de ebanistas tampoco se modificaría, y así en lo demás. El espíritu corporativista que ha distanciado a los sindicatos del mueble, seguiría subsistiendo por la persistencia de las causas que lo alimentan.

Lo que importa destruir—y ésta es una de las causas en que se inspira la iniciativa que comentamos—es el corporativismo que engendran los distanciamientos. Y por lo que hemos analizado, la federación del mueble no suprimiría ese corporativismo. Entonces, desde este punto de vista, la federación a constituirse sería infecunda; no resolvería nada.

Hay un procedimiento para combatir ese egoísmo de corporación hasta hacerlo desaparecer. Ese procedimiento es el de la unión,, y no en un sentido federativo sino unitario. Esta es la unión que conviene a los sindicatos del mueble.

Entre los ebanistas y los lustradores ,lo mismo que entre los obreros de máquinas y los marcadores, por ejemplo, no existe el distanciamiento que caracteriza a los sindicatos del mueble en sus relaciones recíprocas, por la razón simple de que entre esos oficios no pudo desarrollarse el espíritu de corporación que nace en la independencia sindical del oficio; pero el distanciamiento sería un hecho si en vez del sindicato que cobija como una media docena de oficios, tuviese cada uno de éstos su sindicato independiente.

El egoísmo corporativo desaparece con la corporación. Por eso el lustrador es antes que nada "ebanista" liga sus intereses de oficio y entidad al conjunto de oficios que componen la entidad de que él forma parte; y eso lo hace sin violencias, y sin pasar por ningún proceso que de reflexión en reflexión lo lleve al convencimiento de que es más lógico y provechoso defender la entidad que en sí reune una suma mayor de intereses comunes, que la preocupación única de defender una parte de esos intereses dentro del estrecho marco de la corporación que representa su oficio. Se llega a esa posición con la misma naturalidad que se llega al otro extremo del corporativismo: por simple espíritu de conservación del gremio a que se pertenece, y por el anhelo de la supremacía del mismo con relación a los demás.

De esa manera, el estrecho concepto de oficio desaparece. Cesa la lucha de rivalidades, porque todos los oficios se funden en un solo propósito e interés común. Y el egoísmo del oficio, de la lucha por él en particular y en desmedro del otro oficio, es substituído por un sentimiento superior: el de clase Ya en este terreno no hay oficio ni sindicato rival. El rival único es el patrón, contra el cual se concentran las energías que en situación distinta se aprovechaban para la lucha fraticida.

De otra parte, hay un motivo poderoso que nos empuja a destruir las organizaciones de oficio para crear las de industria .

El oficio tiende a desaparecer. Contra él atenta el desarrollo de la industria. Atento el capitalismo a obtener en un mínimo de tiempo—ahorro de salarios—un máximo de producción, recurre a las máquinas que borran la fisonomía de los oficios y atentan contra su integridad; y la tarea que antes estaba encomendada aun hombre, es dividida en tantas especialidades cuantas sean las máquinas que han de ejecutarlas, siendo su dirección confiada a un número igual de hombres. El trabajo se divide y subdivide, determinando la desar-

---

Sage; pero al terminar la huelga antes de que se cobrase el primer medio jornal, el subsidio debía quedar sin efecto y pasar a la caja social lo recaudado. No puede explicarse la actitud de la Comisión Administrativa que ante este hecho proceda a la distribución de unos fondos que no le pertenecían desde el momento que habían cesado las causas que la facultaban para manejarlos. De hecho, la Comisión obró como dueña absoluta en la emergencia, cuando lo procedente sería recabar la opinión del verdadero dueño de los fondos—el Sindicato—acerca del destino a dársele. ¿Qué papel desempeñaría la Comisión Administrativa si una asamblea le exigiera rendición de cuentas? Cualquiera que fuese su actitud en semejante caso, siempre quedaría en el concepto de pésima guardiana de los fondos del gremio.

Como se vé, este razonamiento es grave; corresponde por lo general a hombres que frisan en los cuarenta años.

La muchachada razona de otra manera. Más dada al jolgorio, y con esas inclinaciones al buen humor que tanto distingue a la juventud, encuentra en lo ocurrido un motivo para dar puazos.

La muchachada no hace cuestión de dinero. Por ella, pueden pelarse los pocos fondos sociales existentes, que de seguro no tomará la cosa a la tremenda. Pero ríe, y a carcajadas algunas veces, del "barro" que hizo la Comisión. Algunos de ellos le dan un aspecto ideológico a la cuestión y señalan, alborozados, supuestas contradiciones entre las ideas que sustentaban algunos de la Comisión y los hechos que practican. Se refieren al concepto antidictatorial, que está en pugna, dicen, con las prácticas dictatoriales sustentadas en la emergencia. Y agregan: "Una cosa es predicar y otra dar trigo". Que es lo mismo que decir: una cosa es proclamar el respeto a la voluntad de todo el mundo, y otra el obrar a espaldas de aquellos cuya opinión y voluntad se dice respetar.

No todas son agresiones ni ironías alusivas. La conducta de la Comisión, referente a la generosidad usada con el personal de Sage, encontró admiradores en un buen número de camaradas.

Esto demuestra que hay "público" para todo, y que a la tribuna en que habla el agitador de plaza pública, bien puede subir, para cosechar adeptos, un miembro del ejército de salvación.

Tales admiradores van más lejos de lo que generalmente se cree. Se trata de gentes para las cuales un sindicato debiera servir para todo.

Entre éstos, recordamos uno que, en trance de casamiento, estimó conveniente solicitar un préstamo... para comprar los muebles. Al no satisfacérsele en su pedido se disgustó, y no dejó de decir que "algún día las cosas se encarrilarían, y que a una Comisión rígida y de visión unilateral, ya le sucedería otra capaz de comprender y socorrer todas las necesidades".

El hombre fué profeta. Vino la Comisión Administrativa deseada, y si bien lamenta no poder casarse otra vez para formular un segundo pedido de muebles con más éxito que el primero, tienen la esperanza de lograr el pago del entierro para su suegra.

Sus esperanzas se fundan en que la Comisión que sostiene los vicios de ocho días para 500 hombres, bien puede costearle a él un entierro.

Hay, además, un género de complacientes que apoyan sin reservas la conducta de la Comisión. Piensan éstos que el Sindicato debiera llenar más misiones que la "bien simple" de atacar al capitalismo. En su entender eso no basta; y tan es así, que ellos, afiliados, por no encontrar en el Sindicato el medio de subvenir a todas sus necesidades materiales y "espirituales", están obligados a formar parte de asociaciones que les brinden lo que el Sindicato les niega; hecho que implica un derroche de pesos mensualmente en concepto de cuotas, con el inconveniente de un mal servicio, puesto que la descentralización de todas esas actividades ocasiona un dispendio de energías que el Sindicato sabría aprovechar en beneficio de los asociados, si a su condición de ejército anticapitalista uniese las de sociedad de socorros mutuos y recreativa. Estos no ocultan su adhesión al hecho ocurrido, porque abrigan la esperanza de ver al Sindicato convertido en una especie de candombe.

Habría tema como para seguir; mas pensamos que, como exposición de hechos fundamentales, reveladores de nuestros grandes defectos y virtudes, bastan los consignados.

Por la distribución de los fondos del personal Sage, la Comisión se hizo de enemigos; pero en compensación supo sumarse a sus arraigadas simpatías, las de muchos elementos que hasta hace poco eran indiferentes a esas cuestiones de carácter colectivo.

Y ahí tenemos como lo que para muchos ha sido un "barro", es para otros una gran virtud, sobre todo para los que piensan que el Sindicato es algo antipático por no ser también un dispensario y a la vez una sociedad carnavalesca.

Creemos que, aunque con estrilo de los primeros, estos últimos serán complacidos, ya que de continuar las cosas así...

D. JOSÉ

ticulación completa del oficio primitivo, y dando lugar a la creación de tantos oficios cuanto sea el número de las especialidades en que aquél se divide.

De mantener los sindicatos de oficio con sujeción a esa tendencia de la industria, el Sindicato de Ebanistas, que era de oficio hace ahora 25 años, tendría que descomponerse en diez o doce corporaciones, porque a ese número llegan los oficios que lo componen actualmente.

Sería un desatino hacer primar el concepto de la corporación de oficio al de la industria, pues lo que lograríamos sería una reagravación del mal que hoy se quiere combatir.

Pero no. A la descomposición de los oficios determinada por el desarrollo creciente de la moderna industria, debe oponerse la unión de todos esos oficios en un solo sindicato, no sólo por simplicidad de tareas sindicales, sino por otra razón más importante: por conveniencias de la lucha contra el patrón o la empresa que explota esos oficios en conjunto.

No hay que olvidar que el objeto de los sindicatos es el de luchar contra el capitalismo explotador, y que el éxito de toda lucha radica en la unión más absoluta de los trabajadores. Lo elemental, entonces, es oponer a ese patrón una sola unión de los oficios que él explota en su fábrica o taller. Además, así se evitan las dilaciones, tan perjudiciales en los casos de lucha, que imponen esos trámites de sindicato a sindicato, en circunstancias en que uno de ellos no quiere abandonar el trabajo sin asegurarse de antemano el triunfo, mediante la solidaridad de aquél sindicato que convive con él en el trabajo y está supeditado a la misma férula capitalista.

Nada de federación de industria. El problema de los sindicatos del mueble es de unión completa, y se resolverá si todos ellos comprenden, de manera objetiva, la necesidad de sellar la unión dentro de un solo sindicato que no contemple cuestiones de oficio sino de la industria del mueble en general.

Los enemigos de la organización obrera

La reciente acción llevada a cabo por los trabajadores de la Capital dió motivo para que ciertas "lumbreras" que están al frente del partido socialista lanzaran una serie de calumnias y mentiras contra los militantes más destacados de la organización obrera del país.

No es por cierto la primera vez que ocurre esto entre nosotros. Ya en otras oportunidades han hecho otro tanto, con la única intención de desacreditar a trabajadores honestos y dignos, cuya moralidad y conciencia están y han estado siempre cincuenta mil codos más arriba de estos vulgares mistificadores.

Siempre se ha podido comprobar que bajo la capa de "observaciones", éstos han atacado a los trabajadores que, con una conciencia esclarecida de sus intereses y una visión clara de su verdadero valer, no les responden a sus propósitos de comerciantes electorales.

La intención que los mueve a estos ciudadanos a proceder en esa forma es bien manifiesta. Ella tiende a sembrar la discordia entre los trabajadores, suscitar desconfianzas entre los mismos, generar la duda de unos a los otros, con el solo fin de ver si les es posible meter sus pezuñas en la organización obrera para hacer de ella un simple instrumento de los intereses de la camarilla que domina desde época inmemorial el partido político que ellos representan.

Pero por suerte siempre fracasaron en sus intentos, pues los obreros ya tienen experiencia y no se dejan sorprender tan fácilmente en su innata buena fe.

En esta oportunidad uno de los que más se ha distinguido por sus tonterías y que él llama pomposa e inmodestamente "críticas" es el diputado Agustín Muzio, quien desde que el undécimo congreso de la F. O. R. A. tuvo la feliz idea y la clara conciencia de rechazarlo como delegado de un sindicato puesto que desde que era diputado no era OBRERO, no ha cesado un solo instante en realizar una campaña de difamación y de calumnia, sea en la Cámara de Diputados, conferencias públicas o artículos, dirigida primero contra el congreso federal y luego contra los que están al frente de la institución.

Esta obra del diputado Muzio no es ni más ni menos que el producto del quejido lastimero que arranca de la herida siempre abierta desde que el congreso obrero lo rechazó para formar parte de su seno.

Es éste el único medio que tiene el diputado Muzio para mantener en forma "latente" la simpatía del "grupito" que lo hizo candidato a diputado y que luego le permitió colocarse en la cómoda situación de padre de la patria...

¡Es tan doloroso dejar de ser legislador nacional, perder las inmunidades que éstos gozan y los garbanzos que el Estado capitalista les tiene asegurados a éstos!... Como el procedimiento que hay que adoptar para mantener esta "respestable" situación es muy sencillo, pues se trata tan sólo de calumniar y difamar a todo aquel que no pertenece al corral electoral, Muzio lo utiliza y lo aprovecha a las mil maravillas cada vez que lo crea necesario y lo reclama su "prestigio" entre el "grupito" de sus electores.

Otro de los que también metió sus extremidades inferiores en esta oportunidad es el concejal Manuel González Maseda, quien como tal, no trabaja tampoco como obrero, y sí en cambio percibe un sueldo del Partido Socialista—¡los diputados socialistas todavía no han conseguido que los concejales tengan dietas!—de trescientos pesos mensuales.

Este ciudadano, como en otras oportunidades, dice que ha sido "engañado" ¡Pobrecito! ¡Maseda, hombre tan bueno, de alma ingenua y pura, infantilmente inocente, es siempre una víctima de los engaños de los otros ingratos!

Maseda fué engañado porque en las gestiones que se realizaron con motivo de la solución de la huelga general intervinieron personas extrañas... ¿Por qué no le advirtieron que dos personas ajenas a la F. O. R. A. acompañarían a la comisión para que, de acuerdo con los presos obreros que lo habían solicitado, se entrevistaran con el jefe de policía? Maseda manifiesta que ignoraba la presencia de aquellas personas, pero cuando se enteró de ello, no hizo objeción por su presencia. ¡Al contrario! ¿Por qué el concejal Maseda no se negó a integrar una comisión que a su entender no debía realizarse? Sencillamente: ¡porque la realizaba en virtud de una resolución del Consejo!

Pero resulta que Maseda, después de realizar la comisión que se le había encomendado se encaminó a su partido. Allí los dirigentes lo amonestaron seriamente por su proceder al integrar esa comisión con la cual suponían los directores del partido se echarían a perder sus planes electorales... y naturalmente, Maseda, que sobre todo es un hombre muy humilde, se arrepintió de los pasos dados y llorando como una desgraciada Magdalena protestó por su buena fe, su sinceridad, etc., etc., demostrando a sus padres espirituales cómo había sido miserablemente engañado.

También el asunto era explicable. Si Maseda no hacía esto corría el peligro de quedarse empantanado en su carrera política que sigue a toda marcha desde que el X congreso de la F. O. R. A. cometió el desatino de prepararle el cartel político eligiéndolo miembro del Consejo Federal. Por otra parte, ¿cómo él podía quedar mal con los únicos que pueden darle las "inmunidades" que con tanto anhelo viene persiguiendo? Después de todo, dado lo privado de la amonestación era siempre menos violenta su situación que la que le creara el diputado Dickmann Enrique en el congreso socialista celebrado en San Nicolás. En esa ocasión Dickmann dijo que mientras ellos estaban en "emenente peligro" (sic) durante la semana de enero, la delegación de la F. O. R. A. que tramitaba en nombre de ésta la solución del conflicto, se paseaba en autos oficiales. Maseda, que integraba esa delegación, para no echar a perder su carrera política permitió que el deslenguado y calumniador Dickmann fuera creído por sus correligionarios que sólo sienten fruición cuando escuchan estas perrerías lanzadas por sus dirigentes para embobar a aquellos que toman a pies juntillas—y que son la mayoía—las manifestaciones zafadas de sus jefes.

En aquel entonces Maseda calló porque no deseaba perder la concejalía que se le preparaba, como calla ahora a fin de tantear una vez más el terreno y ver si "liga" una modesta banca de diputado, desde donde poder cobrar al erario público los 1.500 pesos mensuales.

Otros de los que se distinguieron en esta cruzada contra los trabajadores que no se prestan a sus maquinaciones de baja politequería son los doctores y diputados Enrique Dickman, Antonio Di Tomaso y Nicolás Repetto, personas que, como no es un misterio para nadie, viven en una posición social de privilegio por lo que resulta más sospechosa su actitud contra los trabajadores que no quieren hacerse dirigir por ningún mentor, aun cuando éste se disfrace de socialista.

Si los trabajadores no conocieran a estos personajes nos ocuparíamos de ellos aunque brevemente, pero creemos que es innecesario. Basta tan sólo con recordar el "valiente" diputado Dickmann, cuando las "papas queman", no obstante su evidente origen, se siente argentino de la punta de los pelos hasta las uñas de los pies, siente correr por sus venas de arriba abajo y de abajo arriba un sentimiento profundo de respeto a la nacionalidad, "bajo cuyo cielo azul y blanco, vieron por primera vez la luz sus hijos y en las entrañas de cuya tierra generosa y fecunda descansan los mortales restos de sus progenitores", etc., etc. De esta manera, el "valiente" socialista Dickmann sale de los apuros en que lo colocan los diputados sedicentes patriotas. Otras veces, cuando el peligro es más grave, el diputado Dickmann no vacila en declarar en plena tribuna obrera—como lo hizo en una asamblea de huelguistas de Gath y Chaves en 1919—que estaría dispuesto hasta tomar las armas para defender al presidente Irigoyen de la amenaza reaccionaria que hacía en ese entonces la entidad patronal que pretendía sofocar la acción intensa de los trabajadores del país.

El segundo de los diputados mencionados se distinguió por sus calumnias a la revolución rusa y por las difamaciones a que apeló contra los que están a su frente. Y últimamente, dando prueba también de su valentía, por publicaciones hechas por algunos diarios, puso a disposición de la Liga Patriótica Argentina los libros del partido para que pudiera comprobar que ellos no habían intervenido en ninguna reunión obrera.

En cuanto al diputado Repetto ya conocemos los procedimientos que emplea como director de *La Vanguardia*. Valido de este puesto que le permite decir cuantas porquerías se le ocurre contra todos los que no piensan con él, abre las columnas del diario a todas las calumnias e intrigas de los peores elementos mientras niega a los afectados por las mentiras e infamias publicadas en el diario del Partido socialista las consiguientes rectificaciones o respuestas. Tal ocurrió con nuestro Sindicato, a quien le negó el derecho a refutar las miserables y falsas acusaciones hechas desde las columnas del diario contra él.

Estos ciudadanos son los que pretenden por medio de este procedimiento infame de la calumnia y la difamación llevar la confusión y la desconfianza en el movimiento obrero, colocándose así a la misma altura de la Liga de tenebrosos del patriotismo y la Asociación del Trabajo.

Por lo mismo que fracasaron éstos en su intento funesto, fracasarán aquéllos, por más que deformen los hechos, los desnaturalicen y los presenten a su paladar.

Los obreros socialistas que nos conocen por trabajar juntos con nosotros en los talleres y no ignoran la honestidad de nuestros propósitos y la integridad de nuestra conducta, dentro o fuera de la organización, estamos seguros que no se harán eco de esa obra perversa.

A pesar de esta tormenta desencadenada contra los elementos más destacados de la Federación Obrera Regional Argentina y contra de ésta misma, la institución central de los trabajadores seguirá realizando su obra, sin tener en cuenta las calumnias que lancen sus enemigos declarados o encubiertos.

Y por más que griten los que no tienen autoridad moral para ser escuchados, la Federación Obrera Regional Argentina, continuará desenvolviéndose libre y autónoma como hasta el presente tanto frente a los partidos políticos como las sectas que pretenden ejercer sobre ella su tutelaje.

Angel DAVICO.

¡Guerra al divisionismo!

Se ven claros los móviles que indujeron al Partido Socialista a declarar la guerra contra lo que más queremos nosotros los trabajadores: nuestra organización.

Lo del «grupito», lo de la «depuración» y otras cuantas socaliñas más, no son sino los burdos recursos que ocultan el criminal propósito de división.

«Divide para reinar.» He ahí la máxima jesuítica que inspira al Partido Socialista para restablecer un reinado que se desmorona.

Desacreditado por la actitud de sus honestos ex afiliados, repudiado por la conciencia honrada de los que antes que políticos son trabajadores, y juzgado severamente por la clase obrera ofendida en sus fueros por una campaña inmoral, el Partido Socialista quiere salvar sus despojos mediante la escisión del proletariado regionalmente organizado.

La locura de dominio le impide guardar las apariencias, y proclama la escisión por boca de un parlamentario que tuvo la osadía de fingirse obrero para turbar las deliberaciones de un congreso del trabajo.

El despecho del falso obrero arrojado por los trabajadores de su seno, fué utilizado por el Partido Socialista para proclamar públicamente y en letras de imprenta las conveniencias de la división. Y eso en el momento en que los trabajadores libran recias batallas para unificarse; en el preciso instante en que se considera traidor a todo aquel que conspira contra la unión del proletariado.

El traidor que proclama la división en nombre de los intereses de su partido, es el diputado Agustín Muzio. Traidor a la clase obrera cuando pretende pertenecer a ella, pero fiel al partido que en la división encuentra el necesario abono para su anhelado engrandecimiento.

Los consejos del traidor no prosperarán en el seno de nuestra clase.

Los obreros somos hermanos y hemos de unirnos aunque sea a costa de la carrera de un político, y aun cuando se hunda definitivamente el partido que alienta la división e incuba la calumnia.

Si por nuestra unificación prometemos quebrantar las fuerzas burguesas que a ella se oponen, por la unificación arremeteremos contra ese partido que inspira su campaña en el deseo de dividir aún más las fuerzas del proletariado.

La gran cuestión

El banquero dió en el cigarro, para desprender la ceniza, un golpecito con el meñique cargado de oro y de rubíes.

—Supongo, dijo, que aquí no nos veremos en el caso de fusilar a los trabajadores en las calles.

El general dejó el cocktail sobre la mesa, y rompió a sonreir:

—Tenemos todo lo que nos hace falta para eso: fusiles.

El profesor, que también era diputado, meneó la cabeza.

—Fusilaremos tarde o temprano, dictaminó. Por muy poco industrial que sea nuestro país, siempre nos quedan los correos, el puerto, los ferrocarriles. La huelga de las comunicaciones es la más grave. Constituye la verdadera parálisis, el síncope colectivo, mientras que las otras se reducen a simples fenómenos de desnutrición.

El general levantó su índice congestionado:

—Sería vergonzoso limitar el desarrollo de la industria por miedo a la clase obrera.

—La tempestad es inevitable, agregó el profesor. Las ideas se difunden irresistiblemente. ¡Y qué ideas! Cuanto más absurdas, más contagiosas. Han convenido al proletariado de que le pertenece lo que produce. El árbol empeñado en comerse su propio fruto... Observen ustedes que los animales suministradores de carne son por lo común herbívoros. El nuevo Evangelio trastorna la sociedad, fundada en que unos produzcan sin consumir, y otros consuman sin producir. Son funciones distintas, especializadas. Pero váyales usted con ciencia a semejantes energúmenos. Los locos de gabinete tienen la culpa, los teorizadores y poetas barbaros a lo Bakounine, a lo Gorki, que pretenden cambiar el mundo sin saber siquiera latín. Se figuran que el proletario tiene cerebro. No tiene sino manos; las ideas se le bajan a las manos, manos duras, que aprietan firmes, y que apartadas de la faena subirán al cuello de la civilización para estrangularla.

—¡Qué tonterías, los pobres obstinados en ser ricos! suspiró el banquero. ¡Como si los ricos fuéramos felices! Estamos agobiados de preocupaciones, de responsabilidades. La fortuna es un obstáculo a nuestras virtudes. Nos es muy difícil entrar en el paraíso, cuando tan fácil les sería a ellos si se resignaran. Y no se resignan, no creen ya en Dios. Sin Dios, todo se desquicia. ¿Por qué no se conforman los pobres con su suerte, como nosotros los ricos nos conformamos con la nuestra?

—Ya no les basta el sufragio universal, dijo el profesor. No les satisface esa ilusión que tan útil nos era. Ahora quieren arreglar por sí mismo sus asuntos. Nada más peligroso.

—Las leyes son deficientes, exclamó el general. La ley debe asegurar el orden, y no hay orden posible sin trabajo. La asociación de agitadores, la huelga, son delitos. El trabajo no puede cesar. En el instante en que el trabajo cesa, el orden se destruye. El trabajo es

SINDICATO Y PARLAMENTO

Por ANTONIO A. GONCALVES

Estoy frente a las blancas cuartillas que esperan las caricias de la pluma y de la tinta. ¿Qué decir hoy? Un diario matutino me sugiere el tema; un diputado nacional—sus declaraciones—me impulsan a escribir de inmediato.

Como obrero organizado que soy, no puedo dejar pasar por alto esta oportunidad que se me brinda para escribir sobre tan interesante como explotado tema.

La clase proletaria tuvo casi siempre sus esperanzas colgadas de una cumbre cuya base es un abismo de suicidio, de muerte: el parlamento. Enormes multides, en caravanas despreciables, concurrían en determinado día del año a depositar, en las urnas, su voto. La rebeldía que desde hacía ya siglos estaba inoculada en las masas, se apagaba con tal procedimiento. La burguesía se afirmaba; el Estado se robustecía; la esclavitud continuaba. Y en el parlamento de todos los países, representantes de todos los partidos, contribuían a cortar el fragil hilo que sostenía en lo alto las esperanzas del pueblo, de su pueblo. ¿Cómo? ¿Por qué?

Antes que la farsa—las elecciones—se realizara el pueblo fué halagado, acariciado, adulado. ¡Hasta se le llamó *Soberano!* Se le dijo que tendría menos gabelas; más libertad; rebaja inmediata en los artículos de consumo; menos horas de trabajo; aumento de salarios; intensificación del trabajo; descenso de los desocupados; impuesto a las rentas; suba asombrosa del valor monetario, etc., etc. Pasó el tiempo y ¡oh ilusión! nada fué cierto. No se dió nada de lo prometido. Las gabelas fueron las mismas o mayores; la libertad fué ultrajada y substituída por la cárcel y la reacción; los artículos de consumo subieron tanto que hubo necesidad de asaltar panaderías para poder comer pan; las ocho horas de trabajo eran motivos de piezas oratorias; la desocupación aumentó tanto que los mitines de desocupados provocaron la movilización de varios cuerpos de línea (*Leçons de la guerre mondiale*, A. Hamon); todo recibió impuestos, menos la renta. Y esos representantes del pueblo, como elocuentemente lo demuestra Delaisi en su *Democracia y los hacendistas*, pasaron a ser representantes de grandes trusts; sirvientes del gobierno; lacayos de las compañías ferocarrileras; mucamos de todo capitalista.

Hacen del parlamento el más sólido puntal de la clase burguesa. Más: El parlamento es un órgano de clase, de la burguesa, desde luego. Formar parte de él, es colaborar con la burguesía, ser agente del capitalismo. Y mientras el proletariado confíe en el parlamento y en los parlamentarios, sus esperanzas continuarán colgadas de la siniestra cumbre para caer en el vacío suicida al final de cada elección.

¿Ha quedado, entonces, el proletariado librado a la suerte, sin nada donde pueda asirse, sin remos con los cuales pueda abrirse paso en tan agitado y peligroso mar?

Felizmente, no.

Muerta la ilusión del parlamento, comprobada con creces su ineficacia, el proletariado se creó un arma propia, un órgano de defensa y conquista, exclusivamente suyo: el Sindicato. Con esta espada constantemente desnuda y solamente mellada en las lides heroicas, conquistaron aquello que el parlamento no fué capaz de dar en muchos lustros: dignificación del trabajo, las ocho horas, salarios elevados y respeto a la clase. La burguesía y los gobiernos viéronse abligados a reconocerlos como potencia.

A quien más molestó el Sindicato fué a los políticos porque él le sacaba clientes, les destruía el cuento del voto. Algunos partidos, los más hipócritas y farsantes, entre ellos y en primera fila el socialista, aplaudieron al Sindicato para tener en el mismo un subcomité de elecciones; una fábrica de concejales o diputados.

Felizmente, la clase obrera no los prestigia y en el Sindicato son tenidos por elementos malos; representantes del capitalismo,—no son otra cosa los que colaboran con él en el parlamento—agentes de un partido político cuyos dirigentes tienen la mayoría de las veces como único penacho idealista el pezón más gordo que pueda ofrecerle la ubre del presupuesto.

Y cuando aquí en el país los sindicatos obreros se disponen a consolidarse más, haciendo la unificación de todas las fuerzas obreras, los políticos—sedicentes socialistas—que ven írseles de las manos lo poco que tienen en el movimiento obrero, lanzan, por boca de un señor que hace como si fuera obrero curtidor y que no es más que un asalariado del Estado con 1.500 pesos de sueldo, el diputado Muzio, la palabra de discordia, de división, de guerra contra los obreros que no están dispuestos a brindarles más empleos de concejales o diputados. Contra estos representantes del parlamento deben reaccionar los obreros organizados en santa defensa de su arma más legítima y más sólida: El Sindicato.

santo, es una plegaria, como leí ayer. ¿Acaso el espectáculo de Buenos Aires sin pan, peor que si la sitiara un ejército, es un espectáculo de orden? Yo, militar, hubiera hecho fuego sobre los huelguistas. Los hubiera considerado extranjeros, enemigos de la patria. Aparte de que ellos declaran de que no tienen patria. ¡Sacrilegios! A mí, sin la patria, no me sería posible vivir.

—Lo terrible no es que se nieguen a respetar y defender el orden establecido, dijo el profesor, sino que, con el pretexto de que no tienen patria, viajen por otras patrias, llevando consigo la rebelión y la dinamita. Buenos Aires está plagado de anarquistas rusos. Y sigamos elevando salarios, y disminuyendo horas de labor, para que el obrero—¡maldita cultura superflua!—compre libros o aprenda a fabricar bombas.

—En lo que hicimos bien, notó el banquero, fué en no autorizar aquí mitins contra la nación amiga, o contra las autoridades amigas. Es equivalente.

—Sí, apoyó el general. Cualquier autoridad será amiga nuestra. Seamos lógicos. Lo confieso, yo estaré del lado de los cañones. No es sólo mi oficio, sino mi doctrina. Y si los rebeldes se resisten a construir cañones, obligémosles a cañonazos. ¿Verdad?

Un criado anunció que el almuerzo se había servido. Los tres personajes pasaron al comedor, donde les esperaban las ostras y el vino del Rhin.

Rafael BARRET.

A propósito de una huelga

Nos habíamos propuesto desde el anterior número de EL OBRERO EBANISTA, ocuparnos del conflicto que había sostenido el personal del taller Sage y Cía., con el único propósito de analizar el desarrollo y consecuencias de esa huelga que, por la cantidad de obreros comprometidos en ella y por las razones que la motivaron puede considerarse como una de las más importantes habidas en nuestro gremio.

Además, y esto como algo de lo más esencial en este caso, trataremos de decir ahora, aunque no parezca del todo oportuno, algo de lo mucho que en razón de las circunstancias especiales de hallarse el personal en huelga, no era del caso decir.

Algo de lo que nos proponemos decir era mejor haberlo dicho antes de iniciarse la huelga, ya que podía o debía haberse tenido en cuenta, a los efectos de la misma discusión del conflicto. Mas ello no fué posible, debido muy particularmente al empeño que en ello tenían muchos obreros del personal, los cuales, consciente o inconscientemente, impidieron toda reflexión, conducente a aclarar en lo posible las causas por las cuales debía el personal avocarse a un conflicto de la importancia y duración del que nos ocupa.

Somos de los convencidos que ese estado anormal del personal, en cuanto a la disciplina para tratar sus asuntos se refiere, se debía sola y exclusivamente a una falsa y torcida interpretación que algunos camaradas han dado y siguen dando al principio de disciplina a que deben forzosamente sujetarse los obreros conscientes y organizados.

¿En atención a qué principio o concepto revolucionario se ahoga la voz de cualquier compañero que con un derecho indiscutible se permite opinar sobre cualquier asunto en debate?

No hay principio revolucionario que ampare semejante práctica por ser autoritaria y opuesta a cualquier principio de libertad. Sólo un afán de dominación y un espíritu caudillesco, de pastor, puede alimentar tan repudiable procedimiento.

Eso y no otra cosa fué para nosotros el mal inicial de este conflicto, que pudo haber tenido un final bastante lamentable a no mediar la influencia y autoridad de nuestro Sindicato, el cual, como no es una novedad para nadie, ha tenido siempre como norma de conducta encarar y resolver los asuntos con la mayor seriedad y energía.

Es, pues, del caso saber hasta qué punto estuvieron o no acertados los obreros de dicho establecimiento al declarar la huelga sin antes conocer con toda exactitud la verdadera situación del personal, o parte del mismo, que al final parecía que no les interesaba.

Veamos el pliego presentado.

No discutiremos las cláusulas que se referían a la expulsión de los capataces, por considerarlas—aparte de algunos detalles—suficientemente justificadas, como asimismo lo referente a las herramientas chicas, que debía suministrar la casa; pero no podemos menos que detenernos a analizar el punto de las readmisiones o readmisión de uno de los despedidos.

No es posible aceptar, a menos que se inviertan en absoluto las normas de organización sindical, que cualquier obrero despedido de una casa, con o sin causas, sea él y no sus compañeros los que deben discutir su readmisión en la fábrica.

Este primer punto de la cuestión hacía imposible decidirse por una cosa que se pretendía imponer por el mismo interesado, que en ocasión de discutirse el mismo asunto planteado en otros talleres fué contrario a la readmisión de los que hacían esfuerzos por volver a la casa.

Esto por otra parte colocaba al personal en una situación de inferioridad manifiesta, por cuanto se le negaba capacidad para mantener su organización cuando faltaran algunos o alguno de los obreros del taller, sean o no activos en el Sindicato obrero.

Y además, ¿se puede considerar acreedor a volver a su antiguo puesto un obrero que se encarga de hacerse él, por su propia cuenta, la reclame necesaria para que sus compañeros lo hagan reponer?

No puede haber un solo obrero decente que sostenga ese criterio, propio sólo y únicamente de un Fernández, célebre por sus fechorías en la organización.

Y luego se nos ocurre esto. ¿Es posible que un revolucionario, cuando llega el caso de sacrificar su puesto, haga por ello tanta bulla? Esa conducta está reñida con una constante prédica que se dice sincera pero que de hoy en más se pondrá en cuarentena.

En el personal de la casa Sage y Cía. a último momento habían surgido como hongos una cantidad enorme de "revolucionarios" que veían en esos desplantes una manera cómoda de conservar el "puestito", haciendo pasar como una represalia tomada por la casa cualquier suspensión que se produjese.

Ojo, camaradas: Hay que tratar de fijarse bien quiénes son esos "taitas", que solamente son tales cuando están en casas que bien o mal ya están organizadas y que todos los bríos se le terminan en cuanto van a un taller donde hay que hacer obra de organización.

Y de estos hay muchos en la casa Sage, los cuales, cuando se le pretende decir en la asamblea del personal algunas verdades arman un descomunal escándalo, propio de energúmenos.

De hoy en más el personal de Sage como todos los personales en general deben tener mucho cuidado con estos "revolucionarios" que hacen tanto daño como los carneros.

Y ahora, para terminar, recordaremos a los compañeros del taller Sage el famoso asunto de las letrinas. ¡Esas letrinas!...

Acostumbrémonos a discutir nuestros asuntos con serenidad y altura para evitar que nos vuelva a ocurrir lo que nos ocurrió, que una vez embarcados, buscábamos a los responsables.

Es mejor prevenir que curar.

Casi MIRO

Una sorpresa

A nuestro poder llegó un periódico que en la generalidad de sus artículos campea un lamentable espíritu de división. El periódico se dice obrero y lleva por título—¡aquí lo sorprendente!—*El carpintero y aserrador*. Como se ve, se trata del órgano oficial del Sindicato de Carpinteros, al cual estamos ligados por intereses que sería ocioso negar.

No alcanzamos a explicarnos la campaña divisionista del colega. No hace mucho tiempo que el sindicato que lo edita se pronunció unánimemente por la unificación del proletariado regional, en una asamblea de la cual tenemos antecedentes, y, que sepamos, no se realizó ninguna otra que, desaprobando la anterior resolución unificadora, autorizase la prédica que denunciamos.

O el órgano oficial de los carpinteros nada tiene de oficial, o de lo contrario, la voluntad del gremio está siendo mistificada por quienes ante él carecen en absoluto de responsabilidad.

Hemos notado que algunos de los artículos divisionistas llevan la firma de elementos ajenos al Sindicato; hecho que deja suponer que el periódico de los carpinteros, sin duda costeado por los fondos sociales, se ha convertido en órgano de un grupo de inescrupulosos, desvinculados del gremio, pero que saben aprovechar su órgano periodístico para realizar en él la obra personal que sin duda no pudieron llevar a cabo dentro de sus respectivos sindicatos, por efecto de una fiscalización que los carpinteros aún no saben practicar.

El hecho substancial en este asunto es conveniente exteriorizarlo: El Sindicato de Carpinteros aprobó, en una asamblea general, la unificación del proletariado; y su periódico oficial, que según el buen sentido debiera reflejar esa aprobación, lo que hace es destruirla realizando una propaganda absolutamente contraria.

¿Dónde está la verdad? ¿Dónde la manifestación sincera? ¿En la resolución del gremio o en lo que dice el periódico?

Es menester que sepamos a que atenernos, pues ante actitudes tan opuestas, y operadas en un breve plazo de tiempo, nuestras dudas o perplejidades son perfectamente admisibles y explicables.

Un manifiesto

Está en circulación un extenso manifiesto que suscriben los compañeros A. A. Gonçalves, Sebastián Ferrer y J. V. Mata, exmiembros del Consejo Federal de la F. O. R. A. Comunista. En el referido documento, los expresados compañeros explican las causas que los obligaron a abandonar sus puestos en el Consejo, atribuyéndolas a maniobras de elementos divisionistas encaramados en la organización para malograr los propósitos unionistas del proletariado. El manifiiesto en cuestión es dirigido a los afiliados de la F. O. R. A. Comunista, ante los cuales se denuncian las maniobras que en su perjuicio llevan a cabo unos cuantos sujetos sin hábitos de trabajo y por lo general ajenos a la corporación en que militan.

La conquista actual

Desde hace unos meses se nota en nuestro Sindicato el propósito de realizar una nueva conquista. Ella está relacionada con la obtención de las herramientas chicas.

Un asunto de esta naturaleza debe forzosamente llamar la atención de todos los compañeros, pues todos sufrimos los inconvenientes que nos acarrea al tener la obligación de llevar esas herramientas.

Ya muchos personales se han reunido y reclamado su abolición, habiendo obtenido un resultado lisonjero.

Pero se hace necesario que los que aún no hemos logrado esa conquista nos preparemos para ello, materializando así un viejo anhelo que todos abrigamos. Pues si no hiciéramos así, no sólo nos continuaremos perjudicando los que todavía debemos cargar con ella sino que perjudicaremos a los que por haber tenido la valentía de lanzarse a la lucha para abolirla lograron esa mejora, que beneficia, de todo punto de vista grandemente a nuestro gremio.

Después de haber consolidado nuestro Sindicato y llegado a ser él una potencia respetada por los capitalistas es imprescindible continuar nuestra obra, arrancando a los patrones nuevas mejoras que, como esta de las herramientas, tiene para nosotros una significativa importancia y representaría en la marcha ascensional de nuestro Sindicato nuevos jalones que se agregarían a los ya conquistados en el cuarto siglo de existencia sindical que llevamos vividos.

Es indudable que habrá capitalistas que se resistirán a conceder esa reforma, pero contra ellos debe ir nuestra acción hasta lograr vencerlos. Si no procediéramos así hay que confesar que nos quedaríamos estancados y no realizaríamos la labor que como obreros organizados estamos en el deber de efectuar.

Nuestra situación de productores asalariados nos induce a ello; es decir, a efectuar esa acción que tiene la virtud de ir desplazando del taller a los capitalistas al par que va fortificando nuestra autoridad y nuestra obra de transformación social.

Mediante esta acción diaria en procura de mejoras impuestas por medio del poder que nos da la organización obrera es cómo vamos elaborando el futuro.

Obtener que los patrones surtan todas las herramientas a sus obreros significa para nosotros colocarnos en una condición superior de la que nos encontramos hoy para la lucha y, por ende, más ventajosamente para continuar arrancando otras nuevas mejoras.

Consideramos que los trabajadores han de preocuparse de esta cuestión, intensificando la propaganda a su respecto a fin de que esta aspiración sea convertida cuanto antes en una realidad.

Entendemos que el obrero, dentro del taller o fábrica, realiza una producción que es explotada por el capitalista, el cual paga al obrero sólo una mínima parte de ella, en forma que se denomina salario. Si la ganancia es aprovechada por el patrón, que no distribuye equitativamente entre la comunidad, lógico es que todo lo necesario para la realización del trabajo, desde la materia prima hasta los instrumentos de producción, sean suministrados por el capitalista.

Si no es así, como ocurre en la actualidad, sucede que el obrero ve mermar su salario puesto que ha de adquirir continuamente las he-

rramientas para poder trabajar, invirtiendo en ello una buena cantidad de pesos cuya utilidad sólo es para el patrón.

Creemos firmemente que no ha de tardar mucho en que nuestro gremio goce de esta nueva mejora. Naturalmente que para ello se hace necesario que todos prestemos nuestro concurso disponiéndonos, si es preciso, ir a la lucha, hasta obtener la obligación por parte del patronato de surtir a sus obreros de todas las herramientas.

C. RUCHO.

La Bastilla

Hace ahora 132 años que el pueblo de París tomó la bastilla.

La burguesía, que anualmente festeja este hecho, no hace otra cosa que rememorar un despojo. El pueblo de París fué despojado del fruto de sus esfuerzos por los nacientes intereses de la burguesía, que para expandirse y vigorizarse hasta dominar el mundo, necesitaron de las energías populares para abatir el feudalismo que como un dique los contenía.

La toma de la Bastilla no es más que un detalle de la tremenda lucha sostenida por la revolución desde fines del año 1788 hasta el 93.

Antes de ese episodio, ya los campesinos franceses habían pagado a la horca un fuerte tributo por su rebeldía; pero, cuando la Bastilla cayó en manos de los trabajadores parisienses, pudieron aquéllos concebir la esperanza de su liberación.

La Bastilla simbolizaba el poder de la realeza de "origen divino" que mantenía el feudalismo, y suprimido tal poder, la servidumbre de los campesinos quedaba abolida.

El señor carecía ya de la fuerza que imponía al siervo los más deprimentes deberes. Le faltaban los dominios feudales que la revolución iba desconociendo y expropiando, y su sueño ya no era garantizado por la acción de los campesinos que de noche batían las aguas de los estanques para que las ranas no lo estorbasen con su incesante croar.

Clero y nobleza fueron despojados. Los títulos que les conferían derechos hasta entonces respetados como inalienables, fueron destruídos, incendiados y aventadas sus cenizas.

Pero la burguesía suficientemente hábil, hizo converger hacia su círculo de acción todos aquellos esfuerzos de las clases desposeídas, y en nombre de la autoridad del Estado que se apresuraba a crear en su beneficio, logró dominar, haciéndolos suyos, los cuantiosos intereses que los trabajadores habían substraído al dominio del antiguo régimen.

Siendo ella el nuevo Estado, y habiendo impuesto el carácter de bienes nacionales a cuanto había pertenecido al clero y a la nobleza, logró establecer el contralor en el dominio que más tarde le permitió aumentar sus riquezas mediante la libertad de comercio y la explotación de las industrias.

La gran masa de campesinos hubo de pagar al Estado las tierras adquiridas en la revolución, y como sus recursos no se lo permitían, bien pronto fueron dueños de ellas los individuos que formaban la nueva clase burguesa.

Desapareció la servidumbre pero se estableció una nueva forma de sujeción económica. Las obligaciones personales cedieron puesto a la necesidad de ganar un salario para vivir, y de esa manera el siervo del señor pasó a ser el asalariado del burgués.

El advenimiento de la burguesía al dominio de la sociedad, en sustitución del feudalismo destruído, es lo que se festeja al conmemorar la toma de la Bastilla.

Esa dominación está basada en los esfuerzos de los trabajadores de aquella época. Por eso la burguesía conmemorando ésa fecha, no hace más que exaltar la apropiación de los esfuerzos de los productores en su exclusivo beneficio; lo que es muy natural en una clase que se vino caracterizando en toda su historia como un modelo de rapacidad y audacia.

Rectificamos el juicio

Ya en máquina nuestra presente edición nos aseguran que la Comisión Administrativa del Sindicato de Carpinteros no está dispuesta a solidarizarse ni a aprobar la conducta de la redacción de *El Carpintero y Aserrador*, órgano oficial de ese Sindicato, por las razones que evidenciamos en un suelto insertado en otro lugar de esta misma edición.

Nos place constatar el hecho de que la Comisión Administrativa del Sindicato hermano sabe velar por los intereses de su gremio, al tomar medidas contra los elementos divisionistas introducidos en la redacción del periódico con el fin de malograr las aspiraciones unionistas de los compañeros Carpinteros.

Aplaudimos sin reservas esa actitud de la Comisión que tiende a despojar a los malos elementos de las armas que tan arteramente esgrimen en perjuicio de la clase trabajadora.

Los nuevos métodos de la Revolución Rusa

La República sovietista sale del período de fiebre y de audacia obligadas en que cada mañana le podía traer bien el aplastamiento o bien la victoria, para entrar deliberadamente en una era acaso menos brillante, pero donde el progreso diario y, por consecuencia, el éxito final son más ciertos que nunca. Rusia no ha abandonado su ideal, como quieren hacer creer Lloyd George y sus amigos mensheviks de todos los matices. Rusia ha hecho la Revolución, ha destruído por fuerza los obstáculos que cerraban la puerta al socialismo, es decir, la dominación política, económica y social del capitalismo. Pero, una vez franqueado el umbral del socialismo, Rusia tiene derecho a experimentar, para alcanzar la otra salida, es decir, el comunismo, las rutas que le parezcan más indicadas. Tiene derecho, en una palabra, a combinar los métodos revolucionarios y los métodos burgueses. Destruído el obstáculo primero, llegará a su fin tanto mejor. Solamente le es necesario más tiempo que si el camino revolucionario pudiera ser empleado solo.

Pertenece al proletariado de otros países reducir esta evolución, multiplicar las fuerzas revolucionarias y dar un golpe fatal a las resistencias pequeñoburguesas de Rusia, acabando a su vez con la dominación del capital.

Si ahora analizamos los últimos decretos sobre el impuesto en especie, la libertad de cambio local, las primas en especie, las cooperativas, tendremos que discernir en esas medidas dos aspectos: de un lado está el empleo de uno de esos métodos burgueses que acabo de señalar como permitidos al Estado proletario, dueño del poder político y económico. El Estado deja de exigir para sí la disposición total de los productos agrícolas y de los productos fabricados. Reconoce al campesino la propiedad de sus cosechas, salvo una porción que le exige para sí. Entrega al obrero inmediatamente una porción de los objetos fabricados. Deja al campesino y al obrero en libertad de hacer entre ellos los cambios.

Lenín indica sin temor que esto tiene por consecuencia reforzar el capitalismo, multiplicar para él las ocasiones de renacer y, además, acentuar el espíritu de propiedad y, el espíritu pequeñoburgués. Pero la franqueza de Lenín regocija equivocadamente a los enemigos de la clase obrera. Porque el remedio está al lado del mal. Sería demasiado poco decir que estas medidas aparecen como indispensables para permitir al poder de los soviets atravesar cualquier crisis de la industria, de la agricultura o del aprovisionamiento. El gobierno sovietista no se propone solamente, como se ha dicho de un modo malicioso, conservar el poder. Quiere todavía ejercer este poder para tender activamente hacia su fin, que es el de crear las condiciones necesarias para el establecimiento del comunismo.

En su segundo aspecto, las medidas en cuestión, establecidas en el cuadro de toda la legislación sovietista, tienden a lo mismo. El campesino que se convierte en propietario de su recolección, es al mismo tiempo obligado por la ley sobre la mejora del cultivo rural, votada en el octavo Congreso y cumplida estrictamente desde entonces, a conformarse al plan de cultivo establecido por el Estado, con su colaboración, por otra parte, en los comités de siembra. Los dos decretos constituyen un sistema coherente: el campesino adquiere por el segundo los motivos individuales de ejecutar una tarea social, reglamentada por el Estado proletario. El resultado es doble: aumento de la producción rural y compenetración más íntima del campesino con la sociedad proletaria.

La ley sobre la reglamentación por el Estado del cultivo campesino parece el súmmum actualmente posible de la socialización, antes de la absorción completa por el Estado de las explotaciones agrícolas individuales, como empresas industriales. El abandono del monopolio de los trigos parece, por el contrario, una confesión de impotencia del régimen socialista. En realidad, estas dos medidas, opuestas en apariencia, se completan y marcarán, en fin de cuentas, un progreso material y moral hacia el comunismo. Lo mismo ocurrirá con la entrega en especie a los obreros de una parte del producto de su trabajo. La cosa presenta también dos aspectos; por uno estimulan un sentimiento egoísta y pequeñoburgués de propiedad individual, y suministra este motivo poco progresivo en el aumento del rendimiento. Pero por otro, en relación con los otros decretos, dado que este aumento no es posible más que por un esfuerzo común de toda la fábrica, dado el destino asignado a esta prima en especie, desarrolla en el obrero el sentimiento socialista de su relación con el resto del Estado y del papel de su trabajo en el gran cambio continuo del cual está formada la vía económica nacional. En lugar de perder su tiempo para vender en el mercado los eslabones y otros objetos menudos, como ocurre frecuentemente, el obrero intensificará su esfuerzo para crear objetos de cambio con los campesinos. Y así adquirirá, como el campesino, motivos individuales de ejecutar mejor su tarea socialmente útil. Tanto para el uno como para el otro el grado de conciencia podrá variar; pero sin embargo, la educación de la subconciencia, necesaria para el comunismo, se hará.

En fin, la libertad de cambios locales, que equivale al restablecimiento del pequeño comercio, es ciertamente una medida peligrosa, que tiende a restaurar el capitalismo. Pero precisamente el derecho sobre las cooperativas promete reducir a la nada a los intermediarios y poner en relaciones directas a los trabajadores de los campos y de la ciudad. Son las cooperativas, y no los especuladores, las que substituirán al Estado. La ventaja reside precisamente en estas relaciones directas, no solamente desde el punto de vista de los cambios y de la abundancia de materiales producida con esta intención por una y otra parte, sino también desde el punto de vista de la actividad y de la iniciativa de las masas. No es necesario perder de vista que está reforma económica tiene lugar en el preciso momento en que una serie de medidas prácticas precisan las funciones y la influencia de las organizaciones profesionales. En el último caso, por ejemplo, son los "bureaux" del centro sindical los que coordinan la actividad de las cooperativas de la rama de industria correspondiente. De esta manera, lo que pierde el Estado es ganado, no tanto por el principio individual o pequeño burgués, como por el principio de organización de los trabajadores. Así, el gobierno sovietista tiende una vez más hacia su fin de despertar y educar la iniciativa práctica de las masas.

No disimula el gobierno sovietista el carácter doble y el lado peligroso de las medidas que se acaban de tomar. Un desvío en este sentido podría arrastrar a la República hacia una reincidencia en el capitalismo. Pero los comunistas, que no han elevado ninguna protesta contra este decreto, saben que depende de ellos el saber tomar el máximo de ventajas, no solamente para la prosperidad material inmediata y duradera de Rusia, sino sobre todo para la revolución y para el comunismo.

Pedro PASCAL.

El partido perturbador

Traer el confusionismo a nuestras filas, enfriar nuestras relaciones de fraternidad, socavar nuestras convicciones de trabajadores revolucionarios, introducir la desconfianza mutua y debilitar los vínculos de solidaridad tan necesarios a la fortaleza de nuestras instituciones sindicales, todo eso es lo que persigue y realiza el Partido Socialista cuando mistifica la naturaleza de nuestras organizaciones y pretende descubrir grupos donde sólo hay hombres de trabajo confundidos con los que como ellos viven de un salario y en común fundaron y engrandecen estas instituciones proletarias que nos son tan caras.

La F. O. R. A. no está *dominada* por una agrupación determinada, sino orientada, administrada o dirigida por un núcleo de trabajadores, delegados de sindicatos y no de agrupaciones. Ellos llegaron a esos puestos por vías sindicales y en razón de ser intérpretes acertados de las aspiraciones de aquellas organizaciones obreras que les impusieron la misión que ahora realizan.

La coincidencia en el pensar, como la uniformidad de criterio relativa a la apreciación de hechos generales que puede distinguir a muchos miembros del Consejo Federal, incluyéndolos en una determinada concepción sindical o ideológica, no acusa nada de lo que ese diario político pretende hacer pasar como un grupo dominador, semejante al que impera en el partido del cual ese diario es portavoz.

Las unidades que componen la F. O. R. A. son los sindicatos, y delegados directos de éstos son los miembros del Consejo Federal, con excepción de dos socialistas precisamente, que por carecer de sindicatos son pagados y tutelados por el partido a que pertenecen.

Las agrupaciones son oficialmente desconocidas por la F. O. R. A., que es una institución de organizaciones obreras, y por lo tanto carecen en el seno del Consejo de la representación que les atribuye el diario difamador.

Es que el Partido Socialista, guiado del insano propósito de destruir nuestra organización, dividiéndola, falsea su naturaleza para así subordinar el vínculo económico que une a los trabajadores, al partido político que justifica todas las divisiones.

Es la política maquiavélica usada por un partido que concibe la esperanza de rehacerse mediante la confusión que siembre entre los trabajadores.

Naum Serebro

Con la muerte de este camarada pierde nuestro Sindicato a uno de sus buenos militantes.

El compañero Serebro era uno de esos seres que por su temperamento y carácter suelen destacarse del conjunto.

Militaba en nuestro Sindicato desde hacía varios años, no habiendo jamás dejado el lugar que le señala la lucha.

Desaparece siendo aún joven y cuando se esperaba de su obra, hecha a base de una ejemplar constancia, los mejores frutos.

El sepelio de sus restos dió motivo a una sentida demostración de cariño por parte de los que fueron, durante su existencia, sus compañeros, a los cuales él supo acompañar siempre con su energía y tenacidad para que la acción sindical lograse instaurar en el mundo un nuevo sistema de convivencia social, basado en la igualdad y la libertad.

Que los ejemplos dados durante su vida de militante por el camarada que ya no existe sirvan de aliciente para los que quedan, procurando imitarlo en su acción y proseguir la obra que él deja en pleno apogeo. Esa sería la mejor manera de recordar siempre a nuestro querido compañero desaparecido.

Por la unificación

Nunca como en los momentos actuales, se experimenta más intensamente la necesidad de que los trabajadores, deponiendo enconos, que no pueden servir más que para malgastar energías, se vinculen fraternalmente, a objeto de combatir más eficazmente al enemigo común.

El capitalismo, que hasta ayer había confiado la custodia de sus intereses al Estado, observando que éste es incapaz de contener el avance del proletariado sindicalmente organizado, congrega sus fuerzas en asociaciones reaccionarias, a fin de secundar a aquél en su obra de represión.

Los efectos de esta guerra despiadada y sin cuartel que ha emprendido el capitalismo contra las organizaciones obreras, se han dejado sentir principalmente en aquellos sindicatos que no habían logrado la estabilidad y potencia necesaria para poder afrontar cualquier situación difícil.

Por otra parte, la guerra intestina a que se hallan entregados los trabajadores, ha agravado mucho más esta situación, favoreciendo involuntariamente la realización de los propósitos mezquinos que alienta la clase enemiga.

El XI Congreso de la F. O. R. A. ha tomado al respecto una atinada resolución, cual lo es la unificación del proletariado regional.

La mayor parte de las organizaciones, haciéndose eco de este acuerdo, han hecho sobre este particular, declaraciones categóricas que hacen concebir las más halagüeñas esperanzas.

Sin embargo, ciertos elementos, que se han caracterizado siempre por la obra divisionista que realizan dentro de las organizaciones, permanecen empecinados en sostener la división.

Para la consecución de estos menguados propósitos apelan a todo género de recursos,

Los Progresos de la Revolución Rusa

El genio creador de la revolución

Publicamos a continuación algunos documentos relativos a la revolución rusa. Tienden ellos a demostrar cómo bajo la opresión de los gobiernos de Europa, crece, no obstante, la obra de la revolución.

En el artículo de N. Bujarín, traducido de un ejemplar del Pravda, *recientemente llegado a nosotros, se evidencia la profunda transformación de un pueblo que hasta hace poco tiempo era considerado como la representación de la barbarie en Europa. Es que la revolución posee la virtud de quebrantar las ligaduras que mantienen a los pueblos sometidos al pasado, abriendo ante los mismos horizontes desconocidos que permiten la visión de formas superiores de convivencia social.*

Destruída en Rusia la monarquía más absoluta, y a cuya destrucción siguió la del sistema capitalista, forzosamente tuvieron que abrirse a los ojos del proletariado de aquel país, cauces nuevos por los que se han volcado las energías creadoras de un nuevo mundo, superior a los conocidos.

Bujarín destaca con elocuencia esas nuevas formas superiores, que al cristalizarse en modalidades determinadas, van dando una fisonomía apropiada al régimen socialista que nace.

Se podrá disentir del autor del artículo cuando atribuye al partido de la revolución cualidades que a nuestro juicio sólo pueden residir en el alma de las clases trabajadoras. Pero la elección del factor de la riqueza creadora importa poco ante el fundamental hecho revolucionario, al que sin duda se debe el genio creador que los directores de revoluciones de todas las épocas han querido apropiarse para sí.

Nuestra revolución, que pone fin a la “prehistoria humana” y abre las primeras páginas de la verdadera historia de la humanidad, es extraordinariamente interesante y llena de enseñanzas por sus experiencias gigantescas y completamente nuevas. Si ahora se abre, por ejemplo, el famoso libro de Kautsky sobre la revolución social, mucho de él parece un verdadero balbuceo infantil. Entonces no había material empírico para juzgar de las formas concretas de la dictadua proletaria y de las condiciones de su realización.

El socialismo naciendo del caos de la guerra mundial sobre el terreno de una economía exhausta y desangrada, puso y sigue poniendo un sello completamente especial sobre su desarrollo. En esto pensaron solamente los grandes ancianos Marx y Engels. En esto casi no han pensado los miserables epígonos, los futuros héroes de la II Internacional. y en este sentido todo es nuevo en la revolución rusa. Y por eso ningún revolucionario serio, esté en Alemania o en la Argentina, dejará desapercibido el laboratorio gigantesco que representa la Rusia sovietista.

Ante todo la revolución rusa dió una contestación sobre la cuestión de las formas de la dictadura. Ella dió la contestación a la cuestión, ¿cuál debe ser el poder estatal del proletariado? Los soviets, el poder soviético; esa es la forma, nacida de nuestra revolución. Al principio se podía creer que los soviets eran un producto específicamente ruso. Pero la experiencia ulterior, la de la Europa occidental demostró que esa forma era universal, que radica en las mismas condiciones de la lucha de la clase obrera con la burguesía. Y por eso, justamente, todos aquellos que están realmente por la dictadura del proletariado deben luchar por el poder de los soviets. Ahora se han acostumbrado ya a eso; ya eso parece una cosa que se entiende de por sí. Pero ese axioma de la política proletaria nos ha dado nuestra revolución.

Nuestra revolución fué la primera en mostrar en todo su volumen gigantesco, el papel y el significado de la vanguardia proletaria— Nadie se imaginaba, realmente, en cuanto crece ese significado después de la conquista del poder; nadie se imaginaba qué papel organizador excepcional y decidido tendrá que desempeñar esta organización especial de la clase obrera. Antes se miraba el papel del partido comunista de una manera más o menos proletaria; en el mejor de los casos se le consideró como un órgano fizcalizador y regulador. ¿Y qué dicen los hechos? De hecho trabaja en todas partes y solamente por eso puede sostenerse la dictadura proletaria. El transporte, la fábrica, los baños, los cuarteles, el abastecimiento del pan, el regimiento y la división, el destacamento sanitario, la agrupación para liquidar el analfabetismo, la sección política del ejército, todo lo que se quiera, todo un pueblo que hay que mover adelante, empujar, organizar, despertar a una vida nueva, construir, todo eso se hace por medio de los soviets, los sindicatos y miles de organizaciones del partido. El asegura la unidad de la acción. El, no solamente domina, sino que dirige todos los fenómenos de la vida.

Antes también gustaban de hablar de la dominación de la clase obrera; pero únicamente la experiencia de ahora habla claramente como se realiza. Y aquí, además de lo anotado, tenemos una experiencia enorme sobre la atracción de las masas proletarias al trabajo. El papel de los obreros en el ejército, las movilizaciones del partido y las sindicales, los destacamentos y ejércitos de abastecimiento, nuestras campañas económicas, la estructura de nuestros órganos económicos, el papel de los sindicatos, la inspección de los obreros y labradores, las conferencias de los sin partido, todo eso son palabras nuevas pronunciadas por nuestra revolución.

La creación de un cuadro nuevo de obreros administradores, un tipo nuevo de hombres, es también una de nuestras más grandes conquistas, y posiblemente la más grande hasta ahora. No nos extraña que al frente de una gobernación o departamento se encuentre un metalurgico de Petrograd o un obrero textil de Moscú, que al frente de una división se encuentre un peluquero, que en la escuela del partido dictara clases un pintor y que un obrero agrícola escribiera conferencias sobre la casualidad y la teología en las ciencias naturales.

Ya no nos extraña que haya toda una clase de gente que ha crecido durante la revolución, que poseen “unas manos de oro”, que sirven para cualquier cosa, que hoy son comandantes en la guerra, mañana dirigen el abastecimiento del pan y pasado mañana dirigen una fábrica o, rifle en mano, supriman una conjuración de los guardias blancas. No nos admira ya una excamarera o excocinera que se encuentra al frente de un departamento político, o es secretaria de un comité del partido, que pasa de una ocupación a la otra y en todas partes crea con sus manos nuevas formas de vida. Y basta comparar los tiempos pasados con los actuales para comprender y sentir toda la diferencia. Hay hambre y frío, pero en cambio hay ya hombres y su número aumenta cada día, que dominan esta hambre y este frío, y sacarán al país de sus sufrimientos. Pero no solamente se crean cuadros de nuevos hombres entre los obreros y campesinos. Toda la psicología de las masas, sus horizontes, toda la manera de pensar cambian mejorando. Los “observadores burgueses y sus acompañantes (como quiera que se llamen) creen un signo de buena educación hablar de la capacidad de las masas en la república soviética. Pero la apreciación real de lo que pasa, la comparación entre el presente y el pasado dice todo lo contrario. La psicología de las masas encuentra su mejor expresión en su manera de hablar. Comparen la manera actual de hablar en la aldea con la anterior y notarán el abismo que las separa. El idioma actual es casi literario. ¿Y los horizontes? ¿Acaso no se han dilatado con una rapidez fabulosa? ¿Acaso el pueblo ruso, en el sentido más lato de la palabra, no ha dejado ya de ser aquella “Fefela”, objeto de mofa de los intelectuales del tipo de los “desengañados”? La amplitud del movimiento de las ideas resultó gigantesca, nunca vista.

Pero la revolución ha dado mucho nuevo para la reeducación de los hombres por otros medios también. Los sábados comunistas, ¿acaso no son una palabra nueva de la actualidad? Nadie ha pensado antes en eso, nadie lo había previsto; eso ha sido “descubierto” por la revolución lo mismo que el poder soviético. Todas las formas del trabajo colectivo, empezando por los sábados voluntarios y terminando con los ejércitos del trabajo y el trabajo obligatorio. como lo formulamos nosotros son experiencias de un alcance incomensurable.

Todavía nos conocemos demasiado poco a nosotros mismos. Mucho dejamos en la sombra. El autor de estas líneas conoce casos en que nuestro ejército araba las tierras de los campesinos, arreglaba sus maquinarias, construían escuelas, organizaban fiestas infantiles, donde los soldados rojos descalzos donaban lo último que poseían. Son pequeños embriones de la pequeña alma humana que nos reserva el nuevo orden de vida.

La istrucción de las masas de tipo completamente diferente, ¿quién pensaba en esto en los buenos tiempos antiguos? ¿Quién ha podido llevar la agitación y la propaganda en una escala igual a la nuestra? ¿Quién ha pensado en campañas como la que hemos llevado para eliminar el analfabetismo? ¿Quién, dónde y cuándo comprendió el enorme valor de las campañas en general, donde la influencia combinada de diversos factores da un resultado colectivo? Somos pobres todavía, pero no miserables. Hora tras hora, día tras día crecen fuerzas nuevas. Del enredo increíble, del embrollo infernal, del mar del elemento burgués, por debajo del montón de ruínas se dibujan siempre más nítidos los contornos de nuestro porvenir. Nos gritaban; “¡Abajo el monopolio, viva la libertad de comercio!” Pero no hemos dejado arruinar nuestro transporte, y no nos hemos echado en brazos del especulador, y el abastecimiento mejora. Nos gritaban que todos perecerían de frío a causa de nuestros métodos. Y la cuestión del combustible está resolviéndose. Y todo porque están creciendo fuerzas nuevas, está mejorando nuestro aparato. Y esto sucede, porque en la práctica, en la lucha por la vida, está aprendiendo nuestra clase obrera, el gran creador, el gran mártir y valeroso campeón de la felicidad humana, de una vedadera historia humana.

N. BUJARIN.

(Traducido por Isidow).

Los últimos progresos de la instrucción publica

El desastre de Wrangel y la tregua provisional que la Entente parece conceder a Rusia, han permitido, desde hace algunos meses, a los directores sovietistas consagrar la mayor parte de su actividad y de sus recursos a la obra de resurgimiento pacífico. Particularmente han redoblado en intensidad los esfuerzos del Comisariado de Instrucción Pública.

Para comprender bien todas las dificultades que han debido vencer los reformadores, es necesario recordar que antes de la guerra era Rusia, en unión de España, el país de Europa donde más extendido estaba el analfabetismo, sin duda alguna por una permanente voluntad del zarismo de que aquél prolongase su existencia. Un censo hecho en el verano de 1920 muestra cuán grandes han sido las tareas de los maestros; en muchas provincias (Viatka, Riazan, Saratov, etc.), la proporción de los iletrados ascendían a 50 por cien de la población.

El plan de “liquidación del analfabetismo” o de la instrucción “extraescolar” ha comprendido la formación, en cada distrito, de un núcleo experimentado de profesores superiores, especializado para la enseñanza de los adultos, que se han dispersado por los cantones, donde, dedicando sus enseñanzas a los más aptos para la misión de enseñar, han constiuído un verdadero ejército de maestros; en esta cuestión, totalmente descuidada por la autocracia, ha tenido que crearlo todo el poder de los Soviets.

Así tenemos que en la provincia de Tchepovitz 350 profesores superiores han formado 10.000 maestros, que en los primeros meses de sus funciones han enseñado los elementos a 57.800 iletrados.

En el distrito militar de Moscú (que comprende nueve gobiernos) se han fundado 4.622 escuelas primarias para suprimir el analfabetismo entre los soldados rojos. Además, es en gran parte para completar la instrucción de los antiguos iletrados, por lo que el Comisariado de Instrucción Pública ha sacrificado tanto a la creación de bibliotecas en toda la extensión del territorio. En Petrogrado el número de bibliotecas, que antes de la Revolución era de 23, con 140.000 volúmenes, se ha elevado a 59, encerrando 365.000 volúmenes. Se han entregado 257.000 volúmenes en tres meses.

Es importante conocer las medidas coercitivas empleadas contra los adultos refractarios a la escuela: en la provincia de Kazan, multa de 5.000 rublos, tres meses de trabajos forzados, retirada de las cartas de alimentación; en Petrogrado, traslado a la última categoría de la alimentación y exclusión de los sindicatos; la provincia de Trambov no admite ya la firma en substitución de los que no saben escribir.

Estos esfuerzos titánicos, proseguidos en una escala apenas comprensible en los países occidentales, han tropezado, principalmente en el ejército rojo con grandes dificultades. En el ejército del Kouban, en el que actualmente no hay ya iletrados, faltaban al maestro los objetos más indispensables, como son tintas, lápices, plumas y papel; pero el deseo de instrucción es tan poderoso en el hombre que sabe la utilidad de ella, que los soldados del Kouban escribían sobre la arena con palos puntiagudos, se servían de carbones o guijarros para escribir sobre los muros, reemplazaban los abecedarios, que no había, por caracteres de tierra arcillosa o por letras recortadas de titulares de periódicos o de libros viejos, pegándolas sobre cartulinas o cartones...

En el curso del año 1920, según estadísticas aún incompletas, el número de iletrados ha disminuído en Rusia en 2.700.000.

En el dominio de la instrucción escolar y profesional, propiamente dicha, los efectos perseguidos y los resultados obtenidos no han sido menores.

Hasta 1921 la enseñanza general se componía de nueve clases de la escuela única (de ocho a diez y siete años), seguidas de cuatro años en la escuela técnica. En la conferencia del comité central del Partido Comunista para las cuestiones de instrucción pública, cuyos trabajos comenzaron el 31 de diciembre último, Lunatcharsky y Schmidt se pronunciaron por la reducción a once, de los trece años de enseñanza y la agregación a la enseñanza profesional de estos dos años suprimidos a la escuela única, reforma dictada por una serie de consideraciones pedagógicas y sociales. Las principales de estas razones son: la ventaja que tendrá el país con poseer en todas las ramas de la actividad, trabajadores experimentados de diez y nueve años, y sobre todo, la necesidad de abrir el tecnicismo a una parte considerable de la juventud obrera que hasta ahora no había podido tener acceso a él.

La oficina central de Instrucción profesional, al mismo tiempo que proseguía activamente la reorganización de las escuelas de aprendizaje, ya existentes, se ha ocupado recientemente de ampliar los conocimientos técnicos de los obreros en la clase de trabajos que realizan y a este efecto, las organizaciones sindicales han creado con su ayuda 433 cursos, seguidos, solamente en el distrito de Moscú, por 32.000 auditores y publicado manuales destinados a facilitar el trabajo de estos últimos.

Una información sobre el desarrollo de la enseñanza profesional en Ucrania, ha comprobado la existencia de cinco institutos superiores formando especialistas de industria, donde hay inscritos 7.000 estudiantes; 20 grandes escuelas técnicas preparando 4.000 ingenieros; cuatro institutos agronómicos; 21 escuela secundarias de agricultura; tres institutos económicos y cuatro institutos de medicina.

El Comisariado de Instrucción Pública acaba de editar, en forma de calendario, una serie de artículos destinados a propagar en toda Rusia los principios de la instrucción profesional: detalle que pone de manifiesto el vasto espíritu de organización bolsheviki.

En el ejército, la enseñanza secundaria y aun la técnica, es vigorosamente impulsada: representaciones teatrales, círculos literarios y artísticos, conciertos, visitas a los museos bajo la dirección de un conferenciante, son corrientes en todas las formaciones. En 1920, la oficina política del distrito militar de Moscú, ha dirigido 220 teatros o círculos artísticos, donde el repertorio se ha elegido entre las mejores obras de los escritores rusos y extranjeros, ha compuesto, con la colaboración de la sección de música, programas modelos, ejecutados entre los soldados rojos; ha organizado 19 conciertos y representaciones teatrales en los hospitales, 31 en los cuarteles, y 40 en los círculos militares; ha creado 232 escuelas secundarias y 404 cursos especiales para la educación militar, política o profesional y el estudio de las lenguas extranjeras.

Nos falta espacio para describir todo el engranaje de este organismo complejo y poderoso que se llama Comisariado de Instrucción Pública. Digamos solamente que sus funciones principales están repartidas en tres grupos: teoría, administración, material y hacienda, estrechamente ligados con las organizaciones políticas y profesionales. Lunatcharsky sabe que no hay enseñanza popular que no venga del pueblo; que no sea querida, provocada y creada por él mismo; verdad, que la bancarrota de la laudable idea de las Universidades populares, nos lo ha demostrado ampliamente. Como él decía no hace mucho tiempo a un periodista ruso: “El problema más arduo que se ofrece a un divulgador de la instrucción pública es “ligar sólidamente la escuela a la población y principalmente al proletariado.”

....

G. F.

---

muchos de los cuales chocan abiertamente con los principios que dicen sustentar, a pesar de que la salvación de éstos es el pretexto que aducen para oponerse a la fusión de las fuerzas obreras.

Empero,la unificación ha de hacerse, mal que les pese a los que permanecen encastillados en los principios, sin importárseles un comino los intereses de los trabajadores.

A tal efecto, aparecerá en breve un portavoz de la unidad obrera, “El Trabajo”, que tratará preferentemente este asunto.

Los que anhelan sinceramente la constitución del frente único del proletariado, pueden cooperar desde ya, haciéndose subscritores de este gran diario.

Ello contribuirá a acelerar la aparición de esta hoja, lo cual ha de redundar en beneficio de los trabajadores, por cuanto creará un ambiente favorable para que la unificación deje de ser una esperanza, convirtiéndose en una hermosa realidad.

PONGRATZ.

Información federal

DECLARACION DEL CONSEJO FEDERAL

El Consejo Federal de la Federación Obrera Regional Argentina, en presencia de la campaña difamatoria e intrigante que viene realizando el diario "La Vanguardia" contra esta institución y sus militantes más destacados, a quienes calumnia e injuria en la forma más baja e infame con el maligno propósito de infundir la sospecha y la desconfianza entre el proletariado organizado, declara:

Que el diario en cuestión—no obstante su pretensión de ser órgano obrero—es el portavoz de un partido político que durante toda su existencia ha pretendido—aunque en vano—supeditar el movimiento sindical a sus inspiraciones y conveniencias.

Que la campaña actual—inmotivada e injusta como todas sus anteriores,—iniciada con motivo de la reciente huelga general y de las gestiones lógicas y necesarias que por esa causa hubo que realizar—obedece a ese viejo propósito de hacer servir los sindicatos obreros al partido, como lo evidencia la amenaza de dar vida a una organización sindical puramente partidista, exteriorizada recientemente por ese órgano de publicidad.

Que la F. O. R. A., como entidad nacional de los trabajadores organizados y en virtud de su carácter prescindente frente a los partidos y agrupaciones ideológicas, está hoy como siempre dispuesta a respetarlos, pero no puede bajo ningún concepto permanecer indiferente o silenciosa, cuando éstos, olvidando el respeto recíproco que deben a la organización sindical, intentan, como ocurre actualmente, inmiscuirse en sus asuntos, determinar su orientación y juzgar sus actos y sus hombres, sustituyendo o arrogándose las funciones propias y exclusivas de nuestros órganos de dirección.

Que nuestra institución, al regirse por los procedimientos propios del movimiento obrero, por su carta orgánica y por la línea de conducta trazada en sus congresos, no está ni puede estar subordinada—como pretende el diario de referencia—a partidos ni autoridades extrañas.

Que la F. O. R. A.—como lo reconocen todos los que no son sus enemigos declarados o encubiertos—nunca ha tenido con las autoridades más relaciones que las que le imponen la organización obrera y sus luchas.

Que el propósito escisionista que persigue "La Vanguardia" hállase corroborado por la inserción en sus columnas de las descabelladas acusaciones de traición hechas por irresponsables y reconocidos divisionistas cuando se dió por terminada la huelga general y por la negativa obstinada de no dar cabida a las rectificaciones que le fueron solicitadas.

Por todas estas razones, el consejo federal de la F. O. R. A. resuelve:

1° Autorizar la publicación de los documentos relacionados con la persona del secretario general—que comprueban la naturaleza infame de la campaña emprendida en su contra por el diario citado—a fin de demostrar que los hombres que están al frente de la organización obrera por voluntad expresa de los trabajadores, se hallan muy por encima de toda calumnia y son dignos de la confianza que en ellos han depositado.

2°Que el diario "La Vanguardia" con su campaña calumniosa es el responsable directo de que los trabajadores organizados, hoy más que nunca acosados por la brutal reacción capitalista - gubernamental con sus sicarios agrupados en ligas patrióticas, tengan que distraer sus energías en una nueva lucha interna, la que sólo puede servir para entorpecer el avance emancipador.

3° Llamar la atención de los sindicatos federados sobre la actitud extraña y sospechosa de esa publicación, a fin de que dispongan las medidas del caso para contrarrestar el peligro reaccionario que los amenaza e impidan la corrupción del espíritu unionista de la clase obrera organizada, tomando resoluciones apropiadas contra aquellas personas que se hicieran agentes de esa obra de difamación y de discordia.

Por el consejo federal:

Pedro C. Alegría.

El género de vida domina al pensamiento y determina la voluntad. Es una verdad que no debe jamás perder de vista todo el que quiera comprender algo de los fenómenos políticos y sociales. Luego, si se quiere establecer una sincera y completa unidad del pensamiento y de la voluntad, es preciso fundarla sobre iguales condiciones de vida, sobre la comunidad de intereses.

Miguel BAKUNINE.

EXPOSICION DEL SECRETARIO FEDERAL

Buenos Aires, julio 7 de 1921.

Al Consejo Federal de la Federación Obrera Regional Argentina.

Estimados compañeros:

Habiendo deducido de las manifestaciones hechas en la sesión del Consejo Federal efectuada el 5 del actual, cuando se consideraba la actitud del diario "La Vanguardia" contra la F. O. R. A., de que se me exigirían documentaciones sobre mi actuación como militante socialista y sindical, lo que yo más que nadie deseo, para esclarecer mi situación personal como militante honesto, que nada ni nadie que no sea un canalla puede poner en duda, y como hace algunos días se vienen haciendo publicaciones calumniosas y falsas con respecto a mi persona, que no he querido replicar como se merecían para evitar discusiones en las filas de la F. O. R. A., pues tengo noción de la responsabilidad moral que contraje al aceptar el cargo de secretario general de la misma, paso hoy, adelantándome a esta resolución del Consejo, a exponer ampliamente y en forma documentada quién soy y quién he sido, y quiénes son los que ahora me combaten con recursos miserables, para lo cual dividiré por partes esta exposición, para mejor comprensión de los camaradas del Consejo.

MIS ANTECEDENTES COMO MILITANTE SOCIALISTA

Creo, camaradas, tener mi haber abonado con una honrada y proficua actuación, tanto en el campo socialista como en el sindical, que "La Vanguardia" y el comité ejecutivo del Partido Socialista conocen mejor que nadie, y que sólo la pasión del sectarismo partidista puede permitir su desconocimiento, por el solo "delito" de heberme decidido a dejar el partido por mi propia voluntad.

Afiliado al Partido Socialista el 21 de junio de 1913 (como lo demuestra el carnet que pongo a vuestra vista), fecha en que con otros trabajadores constituímos en Corrientes un centro de ese partido, fuí designado como miembro de la comisión redactora de la carta orgánica y vocal de la comisión administrativa del mismo, como bien lo conoce el comité ejecutivo del Partido Socialista, en cuyos archivos deben estar los documentos probatorios que adjunté a una apelación sobre una medida tomada por el centro de Corrientes, de la que haré mención más adelante.

Con posterioridad fuí en repetidas ocasiones candidato del Partido Socialista a las distintas categorías de "candidaturas" a que los militantes obreros pueden aspirar en ese partido. Desde candidato a concejal municipal, diputado provincial o nacional, a elector de presidente de la República en las elecciones de 1916, fecha desde la cual no voté más por ningún candidato, como lo compruebo con la libreta de enrolamiento, por más que se me titule "síndico-radical"; y hoy, a no haber sido que adopté los principios sindicalistas que no los he ocultado nunca a nadie, pues en el X Congreso, en el Extraordinario y en el XI expuse con claridad mi criterio sobre los sindicatos y la infiltración de los políticos en ellos, hubiese podido "trabajar" mi candidatura desde la secretaría de la F. O. R. A. para reemplazar con alguna ventaja a cierto diputado obrero de "latente verbalismo", que por obra y gracia de la "pasta divina" tiene la "noción permanente de las contingencias".

Como orador del Partido Socialista, ocupé las mismas tribunas que ocuparon los doctores Nicolás Repetto—actual director de "La Vanguardia"—y Augusto Bunge en Corrientes y Resistencia, respectivamente.

En los años 1915 y 1916 fuí corresponsal de "La Vanguardia", diario en que publiqué artículos que produjeron mi despido y persecución de Estación Horquilla (F. C. S. F.), dominios de La Forestal, donde trabajaba en mi oficio de carpintero.

En el año 1916 ocupé los cargos de secretario de redacción y luego director del órgano oficial del centro socialista de Resistencia, "La Verdad".

En la misma fecha fuí asesor de la comisión de obras públicas de la primer municipalidad del país que tuvo mayoría de concejales socialistas, Resistencia, capital del Chaco, designado por el presidente de la misma Juan Govi.

Esto, a grandes rasgos, mi actuación como socialista, que se pretende descalificar por el órgano oficial del partido, pudiendo agregar que siempre, desde mi afiliación, fuí miembro de las comisiones administrativas de los centros de Corrientes y Resistencia, según donde me tocara actuar.

MIS ANTECEDENTES COMO MILITANTE SINDICALISTA

Como militante de los sindicatos obreros, ocupé en 1914 la secretaría de la Unión G. de Trabajadores, en Corrientes, puesto que desempeñé hasta los primeros meses de 1916, fecha en que, boicoteado por los patrones en todos los talleres de Corrientes, tuve que emigrar al Chaco para poder trabajar, pues no quise entrar de policía o empleado gubernamental, como hacen algunos socialistas muy acreditados en el partido.

En el Chaco también ocupé la secretaría de la Unión General de Trabajadores de Resistencia en el año 1917, y después la secretaría del Sindicato de Carpinteros y Anexos de la misma localidad, en 1918.

Nuevamente boicotteado por los capitalistas locales, entre los cuales había algunos socialistas, e imposibilitado de trabajar en mi oficio ingresé en el mes de junio de 1918 en las filas de la aguerrida Federación Obrera Marítima, en caracter de marinero, como lo comprueba el carnet y libreta de navegación que pongo a vuestra vista.

El 21 de septiembre de 1918 me ponía al frente de la huelga general que en esos momentos se desarrollaba en Corrientes, y que se trataba de sofocar por la reacción estatal-capitalista con el encarcelamiento de un centenar de trabajadores y de la comisión administrativa de la Federación Obrera Marítima y la clausura de los locales obreros, consiguiendo después de diez días de dura batalla la reapertura de los locales, la libertad de los obreros presos y el reconocimiento de la organización, esto último por parte de los capitalistas, y que fué el origen del afianzamiento de la organización en Corrientes.

El 11 de noviembre de 1918 fuí designado secretario de la seccional Barranqueras de la F. O. M., puesto que desempeñé por reelección hasta febrero de 1921, fecha en que tuve que dejarlo para hacerme cargo de la secretaría general de la F. O. R. A., y de la forma que desempeñé ese cargo dará idea el comprobante que pongo a vuestra vista y que dice así:

"Barranqueras, junio 1° de 1921.—Camarada Pedro C. Alegría.—Buenos Aires.—En mérito a su actuación como secretario de esta Seccional de la Federación Obrera Marítima, el consejo ejecutivo le envía el presente documento como justificativo de su honrada y brillante actuación durante el tiempo de su administración.—El Consejo Ejecutivo: (Firmados): Agustín Sotelo, secretario; Concepción I. Maciel, Manuel de los Santos, Doroteo Ibarra, Esteban Torres, Tiburcio González, Domingo Zamudio, Venancio Escalante, Lorenzo C. Armúa, Juan Báez, Eulalio Aguilera."

En el mes de diciembre de 1918 fuí designado delegado al X Congreso de la F. O. R. A. por esta misma seccional de la F. O. M., congreso donde entre otras cosas me tocó actuar como miembro de la comisión redactora de la Carta Orgánica.

El 5 de enero de 1919, el consejo federal de la F. O. M., en reunión extraordinaria, con asistencia de delegados de las secciones del interior, me confió una delegación importantísima al litoral.

El 4 de febrero del mismo año fuí designado por el Consejo Federal de la F. O. R. A. como delegado permanente de la misma en el litoral norte, actuando en tal carácter en todas las huelgas que se produjeron durante los años 1919 y 1920 en Barranqueras, Resistencia, La Liguria, Puerto Vilela, Vicentini, Villa Jalón, Las Palmas, Corrientes, Formosa (donde recibí un balazo de los carneros de la fábrica de tanino), Posadas, San Ignacio y otras localidades del Chaco, Corrientes, Formosa y Misiones, así como en Asunción (República del Paraguay), durante la última huelga marítima.

En junio de 1919 actué como delegado de la sección Barranqueras de la F. O. M. en el Congreso Extraordinario de la F. O. R. A., en el que fuí designado para la comisión dictaminadora sobre el proyecto de legislación antiobrera.

El 21 de julio de 1919 fuí detenido y procesado por el art. 25 de la ley social en Resistencia, mientras desempeñaba la delegación de la F. O. R. A. orientando la huelga de los obreros de las fábricas algodoneras, permaneciendo detenido un mes.

El 3 de junio de 1921 fuí designado por el consejo federal de la F. O. M. como delegado general de esa federación ante las secciones de Corrientes, Bella Vista, Barranqueras y Posadas.

En enero y febrero de 1921 representé en el XI Congreso de la F. O. R. A. a la Federación Obrera Marítima, Sindicato de Obreros Papeleros y Sindicato de Obreros del Ministerio de Obras Públicas, de Barranqueras, Puerto Vilela y Puerto Bermejo, respectivamente, actuación suficiente, con la antigüedad de federado establecida por la Carta Orgánica para poder ser miembro del Consejo Federal y secretario general de la Federación Obrera Regional Argentina.

POR QUE SALI DEL PARTIDO SOCIALISTA

Como quedó demostrado, anteriormente he militado en el Partido Socialista, en el que tuve una actuación más o menos destacada dentro del ambiente en que me tocó actuar, y del que hoy se pretende que fuí expulsado por inmoralidad, por el hecho de no prestarme a las inspiraciones de su comité ejecutivo o su órgano oficial, lo que voy a demostrar que no es exacto y calumnioso, y que los inmorales son los que tal cosa afirman, llámense éstos, Repetto, Coca o Muzio.

En primer término, pongo en manos del Consejo la acusación de alcoholista que se me hace, pues estoy seguro que ni "La Vanguardia" ni nadie podrían probar tal afirmación. De entre todo el fárrago de imputaciones con que se me obsequia, la de ser alcoholista es la más imbécil.

La de carrerista vamos a aclararla haciendo un poco de historia.

Desde que me afilié al Partido Socialista daba más valor a la labor de organización sindical que a la propaganda electoral, lo que molestaba a los oportunistas que se infiltraron a última hora en el centro de Corrientes.

Producida la guerra europea, y la actitud oportunista de los parlamentarios socialistas, al votar en el parlamento la ruptura de relaciones con Alemania, edité el periódico "Voz Proletaria", que se inspiraba en un principio netamente internacionalista y antimilitarista, y como lógica consecuencia fustigaba la actitud de los parlamentarios del partido que traicionaban los principios del socialismo.

La aparición de este periódico parece que molestó a los componentes del comité ejecutivo del partido, el que impartió instrucciones para eliminárseme del centro de Corrientes.

Como para ello se necesitaban causas, una media docena de afiliados de aquel centro—incondicionales del comité ejecutivo, pues en todas partes éste tiene sirvientes—las encontró en el hecho de que me habían visto "hacía siete años", en 1910, tres años antes de ser afiliado, en el hipódromo de Corrientes, y adiós teoría de la evolución de los hombres que admite que un Repetto pueda haber sido radical en el 90, socialista después y cualquiercosa mañana: se procedió al mandato del comité ejecutivo.

Hecho el descubrimiento, efectuaron "asambleas" en las que se resolvió, sin la presencia del interesado, por seis votos, la expulsión en un centro que contaba 43 afiliados.

En vano protesté, en vano protestaron otros afiliados, los estatutos del partido eran terminantes: "Alegría no era más afiliado y no tenía ningún derecho a reclamo; para toda moción de reconsideración era necesario que fuera hecha por los mismos que votaron a favor de la resolución a reconsiderarse; los que no estuvieron presentes en la asamblea no tenían derecho a objetarla desde el momento que ésta se había efectuado con más del número reglamentario de los estatutos: el 15 por ciento, etc.". Magníficos argumentos para aspirantes a diputados o concejales.

Entonces apelé de la resolución de expulsión ante el comité ejecutivo, enviando una amplia documentación sobre la moralidad de los que votaron mi expulsión y citando en mi apoyo el estatuto del partido que establecía que una medida de esa naturaleza, para tener validez, debía contar por lo menos con el voto de la mitad más uno del total de afiliados al centro que la tomara.

Transcurrió el tiempo y el comité ejecutivo del Partido Socialista no daba señales de vida, porque no se atrevía a fallar en el asunto, que era bastante claro y bien documentado, para no quedar mal con losque habían recibido la orden de expulsarme, hasta que un día llegué por primera vez en mi vida a la capital federal como delegado al X Congreso de la F. O. R. A., donde demostré mi capacidad de obrero estudioso, lo que convenía explotar al Partido Socialista si yo me amoldaba a sus inspiraciones.

Como por arte de magia, el comité ejecutivo se ocupa de mi apelación, que hacía dos años dormía en sus carpetas, y el 20 de enero, 20 días después del X Congreso de la F. O. R. A., toma la resolución que me comunica en la siguiente carta:

"Partido Socialista.—Comité Ejecutivo.—Buenos Aires, enero 23 de 1919.—Ciudadano Pedro C. Alegría.—Estimado ciudadano:—A los fines pertinentes comunico a usted que el comité ejecutivo, en su sesión de fecha 20 del corriente, ha aprobado por unanimidad el siguiente despacho:

"La comisión de estatutos luego de informarse detenidamente de todos los antecedentes contenidos en este voluminoso legajo, llega a la conclusión de que no ha habido causa para la expulsión, aparte de que dado el estado de desorganización en que se encuentra el centro de Corrientes desde hace varios años, no está capacitado para tomar medidas de tal naturaleza.

"En favor de Alegría, para atender a su pedido de permanencia en el partido, media la circunstancia de que desde la fecha de su

El Sindicalismo es uno

Por JUAN PALLAS

Se oye hablar hoy de Sindicalismo revolucionario y Sindicalismo reformista. Pero sólo se habla de un modo superficial, sin entrar a definir suscintamente la naturaleza distinta de estos dos conceptos.

Ultimamente un profesor universitario extranjero en tren de intercambio intelectual, expuso públicamente su pensamiento respecto del Sindicalismo. Las líneas generales de su disertación fueron echadas en el mismo orden de todos los expositores clásicos del Sindicalismo. Evitando en lo posible la intervención del elemento subjetivo, respetó más su honradez intelectual que las opiniones personales de su auditorio, compuesto en su máximo de personas adictas a la clase burguesa.

La conferencia del doctor A. Posada, que es el profesor precitado, es del dominio público y nos evitaremos su repetición; pero como él incurrió también en el desdoblamiento de Sindicalismo revolucionario y Sindicalismo reformistas, nos detendremos en examinar la solidez del razonamiento en que lo funda. No porque sea más acreditado, sino porque más ampliamente lo expuso.

El Sindicalismo reformista para el profesor Posada, es la organización, en grupos coherentes y con estructura jurídica definida, de los ciudadanos cuyas actividades sean idénticas o circunscriptas a un cualquier fin social según la organización actual a base capitalista: sindicatos obreros, sindicatos agrícolas, sindicatos de comerciantes, de banqueros, de exportadores, de funcionarios del Estado, etc., etc. La organización de toda la masa amorfa de individuos que componen la sociedad en agrupaciones por comunidad de ocupación, de tareas sociales e interés profesional. Un gran movimiento de especificidad social que reintegraría a todos los hombres a sus grupos respectivos, haciendo de la sociedad un enorme mosaico de todas las actividades.

Esto traería como principal consecuencia la transformación del Estado en el sentido de purificarlo del morbo demagógico y democrático que lo corroen. El soberano nominal no sería ya la anónima multitud ciudadana que con sus estériles luchas políticas perturban continuamente el desenvolvimiento económico. El parlamento cesaría de ser una extracción del sufragio universal, cada día más dificultosa y cara para la clase dominante, para convertirse en la suma de representaciones directas parcialmente desprendidas de cada corporación social, o sindicato, como quiere denominarlas el profesor Posada.

Como puede entenderse fácilmente, esto no es una interpretación del Sindicalismo, sino su completa desnaturalización. Ni su origen, ni sus medios, ni sus fines están en él comprendidos.

La sagacidad intelectual lo traicionó al expositor, pues si bien él tiene una representación casi real del hecho económico que convulsiona al proletariado en su lucha de clase obrera contra la clase capitalista, y prevé la desaparición de ésta en definitiva por la presión de aquélla, toda claridad se veló por la espesa sombra de su Sindicalismo reformista con que cerró la conferencia.

Esto habrá sido un gran alivio para la mayoría de sus oyentes. Pues desaparece toda lucha de clases, toda medula revolucionaria para convertirse en una purificación del régimen capitalista y en un saneamiento de su órgano administrativo, el Estado.

Si se descarta el desacierto de llamarlo sindicalismo, no hay en esto nada original, es un movimiento defensivo contra el Sindicalismo real cuyas sugestiones fueron ya hechas por órganos del gobierno inglés al reiniciarse el hondo movimiento obrero de este país a raíz de la terminación de la gran guerra.

Todo se reduce a una reorganización del Estado del que quedarían excluídos como inútiles apéndices las expresiones ideales de "ciudadano" y de "pueblo" con su frondosidad perniciosa de partidos políticos y comprendida la colaboración de los sindicatos obreros por sus representaciones directas.

Si fuese posible que la enorme muchedumbre de hombres que viven del trabajo de la clase proletaria se organizase en las innúmeras agrupaciones que exigen sus múltiples tareas parasitarias y se diese expresión real a un Estado semejante, ¿qué habría ganado la clase trabajadora? Sólo una visión más nítida de su positiva esclavitud, si ella no fuese aún suficientemente visible para su conciencia colectiva.

Este Estado peregrino es una estupenda mistificación.

La finalidad del Sindicalismo no es la que el profesor Posada interpreta, siquiera sea sinceramente, a través del cúmulo de papel impreso que recorre su actividad intelectual.

La organización de los hombres en agrupaciones de interés común para su defensa y extensión de sus beneficios, aun cuando estas agrupaciones sean de obreros, no es el Sindicalismo.

Un sentido moral que impregne a estas organizaciones haciendo que la conquista del propio bien sea acompañada en lo posible por el bien hacia los demás, contribuyendo a dulcificar el camino de todos, prestando sus esfuerzos para evitar sufrimientos inútiles a todos, tampoco les daría carácter sindicalista. Ni se lo daría si, por el contrario, en posesión de un "ideal de justicia", esas agrupaciones aun siendo obreras arremetieran ruidosamente contra los elementos que juzgan causantes de sus males u opuestos a sus reivindicaciones.

Toda la gama de los ideales y de las acciones colectivas por el mejoramiento o transformación de la sociedad, desde los de forma tutelar hasta la del extremismo insurreccional no dan carácter sindicalista si carecen de esta propiedad esencial: noción de la lucha de clases.

Pero parécenos que además de esta artificiosidad de gabinete que destapa el profesor Posada, existen elementos obreros, que en demasía atentos a las voces y el ruido externos de la acción sindical, tienden a desplazarse de ésta para sumarse a los vociferadores de un extremismo a la moda del *dernier cri* moscovita, ¡condenando la obra positiva y única revolucionaria que realiza el Sindicalismo, como reformista! Trae esto a la memoria la fábula esópica del perro que vadea el río llevando entre los dientes un trozo de carne, y de pronto la suelta para atrapar el otro imaginario que se reflejaba en el agua.

No obstante el Sindicalismo es sólo uno; una sola su naturaleza aunque sean múltiples sus fases. Una sola es la gran lucha que está entablada en la entraña del régimen capitalista.

En la sociedad no existen más que dos clases—perfectamente definidas—la clase capitalista que posee las fuentes y los medios de producción y la clase obrera que posee la fuerza de trabajo.

Estos dos elementos que son correlativos y concomitantes por su naturaleza de producción de la riqueza social, están reunidos en forma indisoluble y de su consorcio surgen los pueblos y prosperan en el intercambio de sus productos de vida y de progreso. Su separación es la disolución, la muerte social.

Pero esta unión en la producción y el proceso de la misma no se efectúa por la concurrencia libre de los hombres. Los elementos productivos todos y todos los productos, desde su fuente de origen como materia prima hasta sus sitios de consumo, mercados y transportes están en posesión de la clase capitalista. Esta posesión pone en sus manos todo el poder económico y administrativo de la sociedad. El Estado es su expresión concreta. De él fluyen luego las instituciones jurídicas y militares que garantizan sus privilegios y reducen a una situación de pauperismo a la clase trabajadora.

Por este medio se ve compelida a entregar ésta por un salario que no cubre sus necesidades sus fuerza productiva al capitalismo.

Desde este momento la antítesis de los intereses de la clase capitalista y de la clase obrera queda establecida y entablada en el seno de la sociedad una guerra entre ambas que debe terminar por la desaparición de una de ellas.

La iniciación de esta lucha es obscura y desorientada, aparece como la rebelión en forma esporádica de los oprimidos contra sus expoliadores. El espíritu de los trabajadores se debate en una urdimbre de doctrinas de redención que los invitan a buscarla por los caminos más diversos. Pero en los embates de una tempestad de ideales que por todos lados los empuja, su intuición los guió siempre al puerto seguro: la organización de clase, el Sindicato.

Sus sindicatos son su cuartel general, en ellos se sienten firmes y dueños de sus decisiones; el terreno único donde la clase obrera alejada de todos las solicitaciones engañosas del mundo exterior, se ve a sí misma y adquiere su personalidad como ente social.

No obstante, son muchos los prejuicios que aún enturbian su espíritu, que no en valde ha sido y es bañado por la educación tendenciosa de todos los dogmas y las ideologías seculares, que no es posible desarraigarlos por un esfuerzo del pensamiento ni por el trabajo de la razón. Esta limpieza se hace por el ejercicio constante en acciones orientadas por la consecución de ventajas materiales.

En el fragor cotidiano de la guerra sin tregua que desde el Sindicato sostiene la clase obrera contra el capitalismo, se produce la renovación de su espíritu, y es ésta la primera fase de su revolución de la que no ha salido aún.

El Sindicato es el país, es la patria de la clase trabajadora. Se encadenan estas agrupaciones obreras entre sí, establécense federaciones que se vinculan solidariamente a través de las naciones y de los mares y así surge un mundo nuevo sobre la base del Sindicato: el mundo del trabajo organizado, el Sindicalismo.

El municipio (el burgo) fué el órgano revolucionario de la clase burguesa; en ese terreno templó su espíritu de clase y formó su ideología; por él obtuvo la victoria, y a él debe su dominación. La clase obrera se conduce de idéntica manera con respecto a los sindicatos, que son sus órganos revolucionarios. En ellos elabora un derecho nuevo para una nueva civilización.

¿De qué manera procede? Desechando las prédicas abstractas y huyendo de las generalizaciones sentimentales, residuos religiosos injertados en su espíritu; se desinteresa del Bien y del Mal, de lo Justo y de lo Injusto en su extensión a la Humanidad, expresiones tan ilimitadas que se pierden en el Cero absoluto; en pura fantasmagoría y delirio. Toda grandeza la encierra en su clase porque su conciencia le muestra como un "imperativo categórico" evidente que toda la riqueza material sobre la que se levanta el progreso presente es obra de sus manos y de su inteligencia. Que si hay ciencia y hay cultura, sólo son posibles gracias a la estructura eonómica que creó con su trabajo. Se yergue en los sindicatos y muestra al mundo sus obras como productora, que es la manifestación más alta de la personalidad humana. Y muestra asimismo que en tanto ha estado encorvada en el trabajo de hacer surgir este mundo material, ha sido desviada de su natural destino, que es la independencia y el bienestar, para ser sujetada a servidumbre y el fruto de sus esfuerzos repartidos por el capitalismo entre una muchedumbre de parásitos que lo apuntalan con los soportes del militarismo, la magistratura, la política, la ciencia y hasta las bellas artes. Proclama, entonces, "el derecho del trabajo a organizarse libremente" y emprende la obra.

Larga y ardua es esta tarea de los productores y la inician con el conocimiento de que el principio de "el trabajo libre en una sociedad libre" no puede encarnarse fuera del ambiente sindical y no puede ser materializado fuera de los sitios de la producción. En éstos, como un nuevo Prometeo, es encadenado el trabajo a las materias primas y al engranaje de su elaboración y en ellos emprende la obra de su libertad, destruyendo pacientemente uno a uno los eslabones de su cadena. Este martilleo, esta oradación subterránea del sistema capitalista de producción por la presión creciente de la organización sindical, va marcando los jalones del nuevo derecho de la clase trabajadora.

Es el proceso del traslado de la dirección técnica de la producción y su reparto de la clase capitalista a la de los productores. Y está en la naturaleza revolucionaria de este proceso no detenerse nunca; es como la corriente eléctrica que se precipita en todos los conductores en su tendencia a invadir y dominar, guiada por la voluntad consciente que la impulsa.

Así la conciencia de clase, partiendo del Sindicato, que es la negación viviente de la autoridad capitalista y escuela práctica de libertad, inspira a los productores en las posibilidades parciales de conquista e infunde la voluntad incontenible de efectuarlas y ellas se realizan ora en forma pacífica, ora violentamente, pero igualmente guiados por el principio fundamental del Sindicalismo, que es la organización del trabajo por los mismos productores.

No se espera que la transformación sobrevenga como una creación instantánea o como producto de una suma de circunstancias fortuitas ajenas a la capacitación de la clase obrera para realizarla. Estos son sueños nacidos fuera de la lucha de clases.

La victoria del Sindicalismo es la multiplicación de mil pequeñas ventajas cotidianas conquistadas por el esfuerzo tenaz de la organización sindical. Es la formación y preparación de un mundo nuevo de productores dentro del cascarón del sistema capitalista. Este se romperá cuando el gran proceso de la revolución sea terminado, el que consiste en la capacitación de la clase trabajadora para la dirección del trabajo.

Hay espíritus impacientes que miden el tiempo por la exigüidad de la vida humana, se exasperan ante la lentitud aparente de este proceso, y supliendo con la imaginación las etapas materiales que deben realizarse juzgan que si la revolución no se ha hecho, siendo tan necesaria, es porque la clase obrera se aplica sólo a la obtención de mejoras olvidándose sus fines revolucionarios.

Hay otros que suponen a la clase obrera incapaz de grandes realizaciones y atribuyén-

---

expulsión está rádicado en Resistencia (Chaco) donde permanentemente presta su concurso al centro local en la situación incómoda en que se encuentra un ciudadano colocado al margen del partido.

"Por estas circunstancias la comisión de estatutos solicita del comité ejecutivo anule la resolución de expulsión del ciudadano Pedro C. Alegría.

En virtud de este acuerdo, corresponde que usted nos comunique si permanecerá en esta localidad para enviarle el pase pertinente que debe presentar al centro de esa.—Los saluda cordialmente.—Alfredo Spinetto, prosecretario del partido socialista".

Recuerdo entonces que me conviene tener carnet de afiliado al partido socialista para pasárselo por las narices a mis expulsadores, que en ese entonces ya se habían definido, siendo dos de ellos, Adriano N. Barrenechea y Alfredo Méndez, empleados de policía con la intervención nacional que se encontraba gobernando la provincia de Corrientes, y otro, Samuel P. Benítez, testaferro del obispo Niella en la misma provincia, lo que hice girando la suma de seis pesos con cinco centavos, suma módica por la cual se me ofrecía "patente" de moralidad, la que el comité ejecutivo del Partido Socialista me otorga en la siguiente carta:

"Partido Socialista.—Comité Ejecutivo.—Buenos Aires, enero 21 de 1919.—Ciudadano Pedro C. Alegría.—Estimado ciudadano:—Su carta 18 del corriente.—En respuesta cúmpleme manifestar a usted que puede cotizar por el tiempo que considere prudente hacerlo. El comité, naturalmente, le expedirá carnet por este año. El de los años anteriores no es posible darlos, porque se anulan al terminar el período. Sin embargo para usted resultará lo mismo, por cuanto en el carnet que se le remita por el año en curso constará su antigüedad en el partido, que en ningún caso puede usted perder desde que el comité ejecutivo anuló la medida disciplinaria que le había aplicado el ex centro de Corrientes.

Espero, pues, que remita a la tesorería central el importe de las cotizaciones que pueda abonar, y además cinco centavos por el carnet de este año.—Saluda a usted cordialmente.—Alfredo Spinetto, prosecretario del partido socialista."

Obtenida la patente de moralidad que me otorgaron, proseguí de lleno mi labor de procurar el engrandecimiento de la F. O. R. A. en las peligrosas regiones del Chaco, Formosa y Misiones.

Creía también que el partido socialista se habría olvidado de mí, cuando se me elije para miembro del Consejo Federal en el XI y se me designa para desempeñar la secretaría general de la F. O. R. A.

Pero los parlamentarios, el comité ejecutivo y "La Vanguardia", no podían haber olvidado mi modesta persona. ¿Cómo habían de olvidarla si me habían otorgado el salvoconducto para que yo sirviese los planes del partido y defraudé sus esperanzas?

¿Acaso no era necesario combatir a la Federación Regional? ¿Y cómo hacerlo mejor que arrojando sombras sobre la persona de su secretario general?

A este efecto, vuelven a ocuprse de mí, no porque sea Pedro Alegría, que en sí nada les interesa, sino porque soy el secretario de la F. O. R. A.

La siguiente carta hablará con elocuencia de los medios puestos en juego por el comité ejecutivo del Partido Socialista para obtener sus miserables propósitos de combatir a la F. O. R. A.:

"Corrientes, marzo 14 de 1921.—Estimado amigo Pedro.—He podido informarme de que el comité ejecutivo del Partido Socialista ha encargado a varias personas de ésta para recoger algunos antecedentes tuyos que puedan perjudicarte, con el propósito de revocar el fallo favorable cuando tu cuestión con el centro socialista de Corrientes. Parece que hay el propósito de tomar una venganza a raíz de tus declaraciones sindicalistas repudiando la política en el Congreso de La Plata y, además porque Bianchetti y Domínguez, que fueron tus defensores acaban de ser expulsados del partido por sus ataques a los parlamentarios del mismo, desde el grupo y periódico "Claridad".

Convendría que escribieras a tu hermano, pues se dice que existe en la policía una declaración escrita de éste acusándote de haber atentado contra su vida, y de la cual pretenden valerse para reventarte rápido.

A pesar de que yo no creo que exista tal declaración, conviene de cualquier manera adelantarse a las cosas tomando algunas precauciones.

Sin otro particular, te saluda tu amigo.—A. Gandulfo."

Termino esta exposición, camaradas, manifestándoles que aun contra mi voluntad me vi obligado a hacer esta defensa para satisfacción vuestra y de los trabajadores federados.

Os saluda cordialmente

Pedro C. Alegría.

Como pueden notar fácilmente los trabajadores, en su exposición el camarada Alegría, secretario general de la F. O. R. A., demuestra con documentos fehacientes la malignidad de la campaña de difamación emprendida por "La Vanguardia" contra la F. O. R. A. y sus hombres, por lo cual el consejo federal llama la atención de los federados para que tomen la precaución necesaria contra esta obra malevolente.

EL CONSEJO FEDERAL

EL PETROLEO

Por FRANCIS DELAISI

El libro cuya traducción se comienza a publicar en este número de EL OBRERO EBANISTA *es de todo punto interesante por el asunto de rigurosa actualidad que trata, y tiene de notable el estilo claro y cautivante, malgrado lo poco que a ello se presta la aridez del tema.*

No necesitamos presentar al autor de El Petróleo. *Francis Delaisi es conocido, queremos creerlo, por la mayoría de los militantes obreros. Pocos han de ser quienes no hayan leído los interesantes trabajos de índole análoga por él publicados, sin contar la obra a que se refiriera la redacción en el último número.*

Bien que el título del libro lo sugiera, adelantamos que Delaisi analiza en él, minuciosamente, la inquietante lucha de los capitalismos por el acaparamiento del petróleo mundial y sus conconmitancias con las cuestiones económicas y políticas—que dejó sin liquidar la última guerra—debatidas por aquéllos. Señala asimismo los graves peligros que se ciernen sobre la humanidad—en particular modo sobre la clase obrera—como consecuencia de la afanosa puja por la conquista del petróleo en que se hallan empeñados los grandes estados capitalistas, y deduce, por manera lógica, que no es improbable que acabe en una nueva guerra.

Y es con el evidente propósito de hacer resaltar nítidamente el carácter y las consecuencias de esa lucha sorda, cada vez más obstinada, que libran los estados capitalistas por la conquista de los yacimientos mundiales de petróleo que Francis Delaisi ha estudiado las cuestiones económicas y políticas relacionadas con el predominio económico y político que poseerá la nación—o el capitalismo nacional—que consiga ser árbitra, por virtud de su acaparamiento, de la distribución del nuevo combustible.

A este respecto, la Introducción, *que se publica íntegramente en este número, es un anticipo y permitirá a los camaradas lectores formarse una idea general de la naturaleza del libro.*

Libros como El Petróleo *pueden contribuir a modificar el criterio simplista de muchos obreros e inducirlos a estudiar seriamente todo cuanto se relacione con su actividad productiva y el problema de su emancipación, que es ante todo un problema de capacidad. Por nuestra parte, de acuerdo con la comisión de prensa, hemos querido contribuir a ello con la traducción de* El Petróleo.—JULIO CEIJTA.

INTRODUCCION

Al señor Gabriel Darquet, director de "El Productor".

Querido amigo:

Al trazar el programa de vuestra revista—*Le Producteur*—, decíais:

"Que no se nos pida nuestras opiniones, ni en política interior ni exterior.

Por el momento, al menos, no sabríamos responder más que de un modo indirecto y mediante vocablos tales como: carbón, ázoe, abono, hulla blanca, crédito, oficinas de organización, cultura técnica, cultura general; vocablos todos éstos que no se prestan mucho a las exposiciones usuales."

Quizá esta declaración les haya parecido a algunos de una reserva excesiva; ella era, por el contrario, un programa completo; y de buen grado agregaría: el más completo que pueda concebirse. Porque, en efecto, aun el hombre que mejor conozca la posición de los partidos y las maniobras de los diplomáticos, si no tiene constantemente presentes en su espíritu las realidades económicas que usted señala, no tendrá de la sociedad sino una visión superficial, incompleta, y por tanto falsa. En cambio, aquel que modestamente toma la más simple de las materias necesarias a la vida, la sigue en sus transformaciones y desplazamientos, desde la mina o su lugar de origen hasta que llega al consumidor, ése verá no solamente funcionar los instrumentos técnicos de la fábrica, los transportes y la banca, sino también el delicado mecanismo de todas nuestras instituciones políticas y sociales.

Un ingeniero toma un residuo inutilizado de petróleo—el "mazout"—; lo pulveriza en diminutas gotitas y lo proyecta en la caldera de un gran navío: este simple hecho va a modificar la estructura de las sociedades y el equilibrio de los imperios.

Es un lugar común, por otra parte, constatar que todas las revoluciones profundas tuvieron por punto de partida una invención técnica.

El monje desconocido que mezcló por primera vez el carbón, el azufre y el salitre, al abatir las fortalezas feudales creó los grandes estados modernos; y aquel que colocó sobre un pivote la aguja imantada, fué el verdadero fundador de los imperios coloniales.

La utilización del "mazout" es un hecho del mismo orden y de una significación casi igual. Data su empleo de algunos años solamente y vemos ya que los grandes transatlánticos adoptan en todas partes el nuevo combustible. Este produce más calor con un menor volumen, cuesta menos caro y ocupa menor espacio. Es más: reduce el número de pañoles, lo que permite transportar mayor cantidad de mercaderías y a un precio inferior, trayendo esto como consecuencia la diminución de los gastos y la reducción del costo de todos los productos que se transportan por vía marítima. Es una revolución *comercial* originada por un *invento técnico.*

Pero suponed que una gran nación provea ella sola las ocho décimas partes del nuevo combustible: los navíos de los otros países, en breve plazo, no podrán navegar sin recurrir a los depósitos de petróleo de aquélla. Suponed más: que esa misma nación cree una poderosa flota mercante, y será, de hecho, la soberana del comercio oceánico. De modo, pues, que el pueblo que se convierte en el "carretero de los mares" deduce de todos aquellos otros a quienes asegura los transportes un diezmo, circunstancia que hace en él abundantes los capitales. Nuevas industrias se crean alrededor de sus puertos, y sus Bancos se convierten en los centros de pagos internacionales. Con el desenvolvimiento de la marina inglesa, en el siglo XVIII, vemos desplazarse el mercado regulador del crédito y pasar de Amsterdam a Londres. ¿No irá a establecerse en Nueva York? He aquí cómo surge, bajo el impulso de hechos comerciales, uno de los grandes problemas *financieros* del mañana.

Mientras tanto, los acorazados como los paquetes adoptan el "mazout", y, disponiendo de un combustible más liviano en un menor volumen, aumentan a la vez que su radio de acción el peso de sus cañones. De modo entonces que la nación que posea los más importantes yacimientos de petróleo podrá—y de igual modo en toda otra actividad, por otra parte—, armar la más poderosa marina de guerra y mantener bajo su dependencia a todas las flotas rivales. La substitución del carbón por el "mazout" se convierte en un problema *militar* de vital importancia.

Consecuencia: los gobiernos menos favorecidos se lanzan a la búsqueda de yacimientos petrolíferos por todas partes. Las concesiones se convertirán en cosas permutables entre las grandes potencias y los pequeños estados; pero serán motivo de querellas entre naciones de la misma fuerza. Los petróleos de Persia y Mesopotamia, de Rumania o Madagascar, figurarán en la orden del día de las conferencias de Spa o de San Remo; y he aquí que el petróleo habrá entrado en el juego *diplomático* de los conflictos internacionales.

Y cuando una nación se convierte en la más poderosa—así por su comercio y su finanza como por sus armamentos—, puede verse tentada por un sueño de hegemonía. ¿Cómo reaccionarán las otras? Necesitaremos, a esta altura, analizar la estructura y el alma de cada pueblo.

En Inglaterra, algunos hombres preveían el peligro norteamericano antes mismo de que los Estados Unidos se hubieran dado cuenta de ello.

Esos hombres no invocan al parlamento ni a la opinión: levantan silenciosamente la estadística del petróleo existente en el mundo, y apercibiéndose de que el adversario agotará pronto sus reservas, se ocupan del acaparamiento de todos los yacimientos disponibles, objetivo que logran en cierto modo mediante hábiles combinaciones diplomáticas. Y tanto sus conciudadanos como sus adversarios se enteran de la maniobra recién cuando ella ha tenido éxito. De este modo, uno de los problemas vitales para la existencia de una nación se encuentra resuelto por la sola vía de los negocios, aun a espaldas de los pueblos interesados y de sus representantes oficiales. Y esto plantea la cuestión de las relaciones entre nuestras sedicentes democracias y los grupos de financistas que secretamente las gobiernan. Este es el gran problema *político* de la hora actual.

Pero ocurre, sin embargo, que la oligarquía francesa—hecha a imagen de su vecina—no reacciona como ella. La vemos abandonar sus yacimientos y sus enormes concesiones a la explotación de la industria británica. ¿Por qué? Porque aquélla la componen burgueses apasionados por la ganancia fácil, sin riesgo ni esfuerzo; porque aun disfrutando de todas las ventajas que da el poder, no se creen obligados a asumir las responsabilidades consiguientes, y, finalmente, porque el propio medio en que se desenvuelven no les infunde la convicción de que, obteniéndolo todo de la nación, le deben a ésta contribuir a su grandeza. Y he aquí planteado el problema *social* y *moral* de la formación de las élites.

Tanto es así, que un simple estudio del petróleo nos lleva a recorrer toda la gama de los hechos sociales, técnicos, comerciales, financieros, políticos y morales. Es algo así como un *corte* a través de los órganos de la sociedad, análogo a los que hacen los botánicos en las plantas y que permiten hacerse cargo, con un golpe de vista, de toda su estructura.

Es lo que llama usted, querido amigo, "análisis exactos"; es este método el que queréis aplicar a cada uno de los elementos esenciales de nuestra vida social: carbón, acero, electricidad, mercados, créditos. Si este amplio trabajo es llevado a buen término, el público que os siga hará con usted, a no dudarlo, extraños descubrimientos.

Paro no será solamente trabajo de anatomista o curiosidad de historiador. Saldrá de él quizá la fórmula única que convenga a las necesidades actuales de educación práctica.

Las aplicaciones de la ciencia han hecho de las sociedades modernas un mecanismo tan complicado que casi ninguna persona abarca en conjunto su estructura y funcionamiento.

Todo francés posee una especialidad y a la vez una cultura general, pero estas aptitudes no tienen, generalmente, ninguna relación entre ellas. La primera le sirve para ganarse la vida; a ella aplica todas sus facultades de observación, habilidad y energía, a fin de que le proporcione el máximo de ventajas personales. Empero, terminada su jornada, ya no le preocupa.

¿Trátase de tener una opinión sobre los asuntos públicos? Se contenta con las ideas hechas, las teorías abstractas (democráticas, socialistas o monarquistas)—adquiridas en la escuela o al azar de alguna lectura—; ideas hechas y teorías abstractas, que estima como verdades tanto más ciertas en razón misma de no haberlas jamás contraloreado. Relaciona con ellas los acontecimientos que el diario de su predilección le señala, y de este modo se forma a propósito de todas las cosas una opinión, sin que su propia experiencia y su saber técnico tengan en ello papel alguno.

Ignora igualmente las condiciones generales del propio oficio. Comerciante, frente a un problema de crédito, se remite a la opinión del banquero con quien opera; jefe de industria, raramente se preocupa por conocer íntimamente la técnica de la fabricación; y el financista, por lo regular, avalora más que otra cosa las probabilidades de ganancias o de pérdidas en el momento de iniciar un negocio, sin detenerse a estudiar el valor intrínseco de la empresa.

Resultado de esta cultura puramente formal es que, teniendo ideas generales respecto de todo, no poseemos nociones precisas sobre nada. De entre los millones de personas que diariamente viajan en ferrocarril, ¿cuántas conocen, siquiera sea de un modo elemental, el funcionamiento de una locomotora, la formación del capital de la compañía o los contratos que la ligan al Estado? La generalidad de los franceses enrojecerían si ignorasen el nombre de nuestros ministros o el de los actores más en boga; mas ignoran sin avergonzarse la personalidad de los directores de Bancos que administran sus propias fortunas y las sociedades que tienen a su cargo los más importantes servicios públicos.

Y es así cómo viajamos cual ciegos a través de un mundo del que no conocemos todos sus rodajes, y sin siquiera experimentar la sorpresa admirativa del senegalés que llega del desierto.

El extremo automatismo del mecanismo social ha engendrado el automatismo de los ciudadanos. La misma opinión es dirigida industrialmente, al punto de que los propietarios de cinco o seis diarios la gobiernan con la misma seguridad con que el cambista lanza un tren hacia el norte o hacia el oeste. Enojosa ignorancia, porque hace de las masas populares y burguesas una fuerza dócil a los manejos de algunos hombres avisados. Esa misma ignorancia ha permitido constituir en el seno de nuestras democracias aparentes la oligaquía de *los que saben.*

¿Cuál remedio aplicar a este mal? Enseñar a todo hombre con oficio cómo su actividad se engrana con los demás rodajes de la actividad social.

Suponed que el agricultor esté informado de dónde proceden los nitratos y fosfatos con los cuales abona la tierra que posee, cuáles usinas eléctricas o laboratorios químicos los preparan, los navíos y ferrocarriles en que se transportan, qué tarifas aduaneras protegen el trigo que cosecha, los mercados donde se venden y las Bolsas que establecen los cursos de cambio; en tal caso, el agricultor defenderá mejor sus intereses, pero se sentirá solidario también con los ciudadanos a quienes provee de alimentos y sin los cuales él mismo no podría alimentarse. Y si por casualidad experimenta algún malestar en su actividad, conociendo el punto preciso en que su interés se enlaza con el interés general, podrá averiguar qué rodaje debe ser modificado o reemplazado.

Basta para esto enseñar al agricultor qué es la industria del trigo en el mundo. El estudio de ésta no es más difícil de realizar que la del petróleo o la del carbón; ni es más árido para aprender que el catecismo o la historia de las instituciones del antiguo régimen, pero es quizá de un interés más inmediato.

El método de los "análisis exactos" proporciona al individuo el medio de defenderse, al mismo tiempo que le muestra la ligazón que su actividad tiene con la de los otros. Dicho método forma productores a la vez independientes y solidarios. Busca usted la fórmula verdadera que sirva para la educación del hombre moderno; dadle *la cultura general de su especialidad.*

Frecuentemente se ha observado que los menos conocedores del mecanismo social son quienes mayor ardor demuestran por derribarlo. Esto se concibe. El hombre que sufre a causa del régimen actual, si no se interioriza de sus rodajes, no piensa en mejorarlo: lo más sencillo, para él, es echarlo abajo. En cuanto a construir otro, es cosa que no le embaraza, pues posee, gracias a Dios, ideas generales.

Cada cual sabe que en 1789 el poder divino fué transferido del rey al pueblo soberano. Este, monarca indolente, lo delegó en algunos cientos de abogados, a quienes la sola virtud de su preferencia infunde todas las competencias; y a las leyes que ellos elaboran, obedecen los elementos como al "fiat" de Jehová. ¡A partir de entonces, al proletariado le basta con tomar el "poder"—es cuestión de algunos días de alboroto—y el reino de la Justicia ha llegado! (*Adveniat regnum tuum!*)

El método, como se ve, es sencillo y fácil. Es el mismo que emplearon los "grandes antepasados" de 1793-1830-1848. Tal es, por lo menos, lo que oficialmente se enseña en nuestras escuelas primarias. ¿Por qué el oprimido no podría imitar un procedimiento que ha dado tan buen resultado a la burguesía? Verdad es que no se le dice que desde entonces acá hánse constituído Sociedades anónimas, Bancos y otros engranajes financieros, los cuales, multiplicando al infinito el número de los capitalistas, han modificado profundamente la estructura de las sociedades europeas (hecha excepción de Rusia). Pero nuestros manuales oficiales ignoran esos esenciales acontecimientos. No es extraño esto, pues son maestros de escuela—imbuídos de viejas fórmulas universitarias—quienes, al presente, en los congresos se erigen en los más ardorosos defensores de la dictadura del proletariado. Y he aquí cómo una enseñanza puramente ideológica conduce a los que sufren a adoptar la teoría del "derrumbamiento".

---

dose a sí propios las virtudes que a ella le niegan, especulan sobre la revolución planes políticos y sobre el carril de la democracia imaginan lograr la convulsión social y tremolar sobre sus cabezas gloriosas la bandera de la dictadura proletaria.

Otros aún, imbuídos de lecturas cientificistas, aguardan a la sombra de sus rencores para toda autoridad que los humilla, a que el proletariado caiga en la más baja abyección marcando el período agónico de la sociedad en medio de un total aniquilamiento, cumpliéndose la teoría de que todo en el universo evolutivo nace, se desarrolla y muere.

Pero todo esto se encuentra fuera de la lucha de clases, y no puede preocupar al Sindicalismo, que está en su propio seno.

La revolución social es obra privativa de las instituciones obreras y en su medio únicamente puede trabajarse con eficacia por su realización.

Obra es ésta en que el verbalismo sobra y las grandes frases explosivas quedan de ella desterradas; deliran los que con su uso suponen ser más revolucionarios. El Sindicalismo no es el tumulto, es la revolución del proletariado; es la conciencia de esta revolución; y esta misma conciencia condena las sugestiones de violencias decisivas por inocuas mostrando en el enjambre proletario la multitud de hombres que no han oído aún la voz de la organización sindical, que vagan dispersos en la inconsciencia y se apostrofan en la desunión.

La guerra ha tiempo está declarada y los combates se realizan sin tregua, pero la hora de la batalla final no se entrevé todavía. Falta aun mucha obra revolucionaria por hacer. La más difícil y meritoria, sin la cual todo esfuerzo será vano: la toma de la posición estratégica, que consiste en colocar al capitalismo en situación de no poder ceder más a las demandas sucesivas de la clase trabajadora. El problema se resolverá entonces en una cuestión de capacidad. Es el único modo de acción sindicalista.

Quienes se sienten satisfechos del régimen actual no son menos avisados. Está fuera de duda que el temor a las perturbaciones sociales inclinaríalos voluntariamente a las reformas. Mas, no bien se les propone una reforma un tanto seria, se azoran. Comprenden confusamente que toda modificación importante en el sistema fiscal, jurídico o financiero, ha de tener dilatadas repercusiones en todo el organismo; pero por no conocer la estructura de éste, no pueden apreciarlas. Desconfían justamente de la impaciencia de las masas y de la incompetencia de las asambleas parlamentarias, y se yerguen instintivamente contra todo cambio. Paréceles que si permitieran tocar la más pequeñe viga del edificio, éste les caería sobre la cabeza—consintiendo, todo lo más, en cambiar el empapelado... En realidad, si conocieran mejor los pilares del edificio y la propia fuerza de resistencia, serían menos tímidos. El terror que sienten por lo que ellos mismos llaman "el salto en lo *desconocido*" no es sino una confesión de ignorancia.

Desde luego, la sociedad aparece de más en más dividida en dos grupos: los que todo quieren conservarlo y los que quieren derribarlo todo; es decir: la reacción sin medida se opone a la revolución sin freno. Es la lucha de la ilusión contra el miedo, ambos derivados de la misma ignorancia. Mientras, el conflicto irá exasperándose hasta unir las dos cegueras en una común catástrofe.

La experiencia rusa ofrece sobre este punto de vista una doble enseñanza: el obstinado conservadorismo de los grandes duques condújolos al sangriento destino de Luis XVI y Carlos I; y la conquista del "poder" por Lenin llevó al hambre a los proletarios-dictadores.

Los unos y los otros, en realidad, han sido víctimas de un error de método.

Es necesario, periódicamente, ajustar las instituciones jurídicas y sociales, que son naturalmente fijas, con las fuerzas económicas, que están en constante movimiento. Pretender encerrar a las segundas en los límites inmutables de las primeras, es exponerse a explosiones fatales.

Querer echar abajo la superestructura con riesgo de paralizar la producción, es provocar el desorden y la ruina.

Es preciso, como dicen los ingenieros, *reconstruir la estación sin paralizar el tráfico.*

Problema éste singularmente delicado. Presupone—tanto en los jefes como en las masas—una equilibrada y segura apreciación de las necesidades y posibilidades. Por lo demás, no se obtendrá más que por el método científico de los "análisis exactos". Su más y más difundido empleo parece ser, pues, una cuestión de salud social.

Afortunadamente, signos evidentes señalan una amplia evolución en dicho sentido. Por todas partes, al lado de los viejos partidos políticos, se forman sindicatos profesionales Los partidos, agrupan a "ciudadanos" abstractos, reunidos mezcladamente, en virtud de la ficción que supone iguales a un obrero o un peón de estancia que un banquero o un obispo—lo cual es ciertamente el más audaz desafío a la realidad. Los unen entre sí por el lazo de una vaga ideología democrática, socialista o monarquista, formando agrupaciones necesariamente instables en las que la confusión de intereses da pábulo a todas las intrigas.

Los segundos, es decir los sindicatos profesionales, congregan a los hombres por oficio. Luego entonces, el oficio constituye el interés esencial y permanente de cada individuo; es también el campo de actividad donde es mayor su competencia. Este método es, pues, más estable y es menos propicio al engaño.

El prodigioso desenvolvimiento de los sindicatos "cégétistes" (1) y su influencia, aun más considerable que su número, han demostrado a todos la superioridad de esa clasificación. Industriales y comerciantes primero, y luego los agricultores, han seguido el ejemplo de los obreros, sindicándose y federándose conforme a métodos iguales. Es más: recientemente acaban de constituir una C. G. P. (Confederación General de la Producción), simétrica a la Confederación General del Trabajo.

En fin, los intelectuales, a su vez, se han agrupado profesionalmente en una Confederación General de los Trabajadores de la Inteligencia (C. G. I.).

A la verdad, estos diversos organismos se han constituído, desde luego, con un propósito de lucha y de defensa. Pero he aquí que ya comienzan a comprender la necesidad de colaborar.

Es una virtud propia de la representación profesional la de unir a los mismos que hace contrarios entre sí. Los hombres están y estarán siempre divididos cuando es cuestión de *repartir* los beneficios del trabajo; en cambio, cuando hace falta *producir*, les es forzoso entenderse.

El principio de la división del trabajo forma la base de nuestra civilización (sólo el salvaje subviene a todas sus necesidades), y puede decirse que el pueblo más civilizado es aquel donde esa división está más desarrollada. Por ella se compulsa el grado de progreso alcanzado.

Además, la especialización de la producción lleva consigo la interdependencia de los productores. Pues desde el momento en que cada cual no hace sino una pieza de la máquina, el trabajo del uno resulta inútil sin el del otro. De donde se infiere que el obrero no puede hacer nada sin el técnico, y éste se halla en igual situación sin el crédito, que depende, a su vez, de los mercados que encuentre el comerciante y del poder adquisitivo del consumidor: y todos juntos se hallan en el mismo caso sin el director de empresa que organiza y coordina las diversas actividades.

Por lo mismo, a medida que el delegado de una organización profesional—patronal u obrera—se eleva en la jerarquía sindical, adquiere una noción de más en más amplia de la interdependencia de los oficios. En su conciencia, el conflicto de los intereses encuéntrase compensado por la solidaridad de las funciones; y esto puede conducirlos hasta a considerar las reivindicaciones de sus comitentes desde el punto de vista superior del interés general.

De ahí que se haya visto recientemente a la Confederación General del Trabajo crear, junto con las agrupaciones de técnicos, consumidores y funcionarios, el Consejo Económico del Trabajo, en cuyo seno se esfuerza por elaborar un programa de gestión que guarde armonía con las necesidades de todos, y donde admite hasta la colaboración de los patrones.

De ahí también que los intelectuales hayan constituído, poco ha, al lado de la C. T. I., los *Compañeros de la Inteligencia*, quienes procurarán poner en concordancia el trabajo intelectual con las necesidades generales de la sociedad.

De ahí, en fin, que los grandes industriales establezcan *Oficinas de organización económica*, de las cuales usted espera, querido amigo, la solución del problema que viene a ser la llave de todos los demás: la distribución racional del crédito.

¿Esos tres organismos, llegarán un día a unirse para darnos la fórmula general de un "Orden Nuevo", como lo prevé y desea usted? Es todavía muy prematuro afirmarlo.

Por de pronto, cabe notar que cada uno de ellos se ha puesto a la tarea. El Comité Económico del Trabajo, tras un año de esfuerzos, acaba de someter a la opinión sus proyectos sobre nacionalización industrializada de las minas y ferrocarriles, como asimismo el plan de una Dirección General de la Economía.

Para discutir dichos proyectos, será menester que cada uno de los otros dos grupos—y con ellos todo hombre inteligente—, penetre en pos de aquél en el funcionamiento de nuestros grandes servicios públicos, examine cada uno de sus engranajes, observe su disposición, y juzgue, desde el punto de vista del rendimiento, todas las modificaciones que han sido propuestas. Se impondrá, consiguientemente, una encuesta general sobre los hechos y al par una crítica general de las ideas. En el siglo XVIII, en vísperas de una gran transformación política y social, los enciclopedistas osaron intentar la realización de una empresa semejante; se sabe cuál fué la acción de los susodichos. Circunstancias análogas nos obligarán a realizar un esfuerzo igual.

Empero, no puede pensarse que agrupaciones y hombres tan diversos lleguen, de primera intención, a las mismas conclusiones. Usted mismo, por ejemplo, atribuye tal vez una demasiado importante intervención al "jefe de empresa", al "inventor" de negocios, a los cuales, coincidiendo con vuestro amigo Ferdinando Gros, distinguís tan acertadamente del "patrón" al modo antiguo, cuya autoridad sólo tiene por base su capital. Por lo que a mí se refiere, sería sin duda atraído por mi simpatía hacia las organizaciones obreras. Lo esencial es que nos hallemos de acuerdo con respecto al método, y éste no puede ser otro que el que la ciencia nos ofrece: observación escrupulosa, "análisis exacto". Y a medida que multipliquemos los "cortes" a través del organismo social, horizontales y verticales, en todas las direcciones, se nos aparecerán cada día más numerosos los puntos de contacto o de engrane de la acción de las fuerzas opuestas, como asimismo los medios para salir del desorden actual.

Es una tarea inmensa, sin duda, que no puede ser la obra de una sola persona. Han pasado los tiempos en que un hombre de genio—Marx o Proudhon—, después de rápida observación en una sociedad por otra parte relativamente poco compleja y estable, podía intentar una síntesis y trazar el esquema de un orden nuevo. El mundo moderno se ha hecho tan complejo que la vida de un hombre no puede bastar para hacerse cargo de sus elementos esenciales, y son tan rápidos sus cambios que basta medio siglo para reducir al estado de ruinas románticas las más ambiciosas construcciones.

No podía prever Carlos Marx, en el momento en que escribía *El Capital*, el prodigioso desarrollo de las sociedades anónimas, que por entonces estaban aún en la infancia. Si viera nuestro mundo actual, ¿no es de creer que habría de modificar profundamente sus dos concepciones, hoy contradictorias, de la lucha de clases y de la revolución por la democracia? Y no hay duda de que acribillaría con sus sarcasmos la pereza mental de sus discípulos, quienes balbucean las fórmulas del maestro sin pensar en actualizarlas. ¡Extraños "revolucionarios" que se hacen obstinados conservadores de doctrinas caídas en desuso; hombres de progreso cuyo pensamiento permanece estancado; innovadores que quieren construir el siglo XX conforme a teorías extraídas de la época de Napoleón III; constructores de ciudades futuras a quienes les es tan desconocido el mecanismo moderno del crédito como lo eran los ferrocarriles del emperador Carlos!

La marcha acelerada de la evolución actual, no permite ya esas vastas síntesis, muy pronto sobrepasadas.

Por eso, los hombres de estudio deben limitarse a observar minuciosamente el presente, dejando a los militantes responsables de las organizaciones profesionales la tarea de establecer la conciliación momentánea de intereses, en la certidumbre, por lo demás, de que una invención imprevisible cambiará la posición respetiva de los grupos y obligará a rehacer los cálculos.

La ciencia no inmoviliza nada; multiplicando las posibilidades, amplía sin cesar su campo visual.

De ahí que usted, mi querido amigo, no piense en echar las bases de un nuevo dogma ni en hacer de *Le Producteur* la cátedra de una nueva "escuela".

Se trata solamente de una especie de laboratorio social en el cual técnicos, historiadores, financistas, juristas, industriales y escritores confrontarán el resultado de sus experiencias y buscarán en común sus convergencias en el estrecho margen y en el momento fugitivo en que no es dado vivir.

Una colaboración de tal índole no exige que el *credo* sea común ni obliga a nadie. Impone únicamente el respeto de los hechos y probidad en el empleo de los métodos.

¡Ojalá pueda usted agrupar, procedan del medio que procedan, a muchos de esos investigadores de vista penetrante, que ven lo que miran, y, reuniendo en un haz sus diversas especialidades, jalonar el camino que les queda por recorrer a los hombres de nuestra edad!

En la historia, ninguna generación habrá conocido una etapa tan ruda. La humanidad sale de la guerra más formidable con un instrumento económico descompuesto y sus fuerzas morales relajadas. ¡Al cabo de dos años de haberse firmado el armisticio, aun están procurando hallar los expertos oficiales reunidos en Bruselas las bases de un programa para la reconstrucción de Europa!

¿Hay por qué extrañarse si las masas, impacientes, sienten la tentación de echarse en brazos de un demiurgo? En los congresos vemos reaparecer, también—hábilmente "camouflés" a la rusa—, los viejos mitos revolucionarios prohijados por los historiadores de la época romántica. Se habla de la conquista del "Poder", como si verdaderamente existiera un "poder" mágico cuya posesión pudiera asegurar a todos la abundancia y la libertad. Nuestros cerebros se hallan atascados de entidades escolásticas de ese género, cuya obsesionante preocupación parecerá a los futuros historiadores tan bizarra como nos resultan a nosotros las querellas de otro tiempo sobre la "fe" y las "obras", la "gracia santificante" y el "poder próximo".

La ignorancia, tal como la noche, es propicia a los fantasmas. Alucinan a las masas en las horas de sufrimiento y las impelen hacia las utopías sangrientas y las reacciones insensatas. Sólo la clara luz del análisis social puede disipar esas sombras peligrosas. Es, pues, preciso demostrar a las masas, mediante experiencias apreciables, que en el mundo físico ni en el mundo social no se producen milagros; que los hechos no se adaptan a sus necesidades más que sometiéndose a sus leyes, y que, como lo dijera Bacón: "Para vencer a la naturaleza, es preciso obedecerle." (*Natura non nisi parendo vincitur.*)

El lento trabajo del físico ha ahuyentado a Júpiter tonante del cielo; mas, arrebatándole el rayo, ha hecho de éste un maravilloso instrumento de bienestar social. Imitemos el ejemplo del físico y sin cuidarnos de teorizadores y taumaturgos de la derecha o la izquierda, estudiemos juntos, mi querido amigo, prosaicamente, tal como lo aconsejáis: "el carbón, la hulla blanca, el ázoe, el crédito..."

París, octubre de 1920.

---

(1) Significa "Confederación General del Trabajo". Como se ve, pronunciando las letras iniciales del nombre de la Institución Central forman los obreros sindicados franceses la abreviatura "cegete". Tiene, pues, este modo de abreviación alguna semejanza con el de "Fora"—como nosotros designamos a la Federación Obrera Regional Argentina, y "foristas" a los sindicatos que la constituyen—, aunque su composición es distinta.

Inutilidad del Parlamento

La sociedad civil y política se apoya en la producción y el cambio. La clase dominante hace servir a sus necesidades e intereses los resortes del poder; legisla para sus conveniencias y hace de éstas la conveniencia universal. Cuando las disposiciones legales se refieren al proletariado, toman el carácter de magnánima protección, ya que ella considera a la clase trabajadora como elemento inferior e incapaz que necesita ser tutelado.

El Estado, cuyo fundamento histórico y cuya única razón de ser está en los antagonismos de la sociedad económica, pretende colocarse por encima de las clases y amparar por igual derechos y aspiraciones tan opuestos y tan irreductibles.

La burguesía, que en la producción no tolera el menor conflicto, ha creado, sin embargo, el parlamentarismo, el sufragio universal, el voto secreto, y otras tantas cosas ampulosamente inútiles con que los ciudadanos se entretienen y se hacen la ilusión de orientar el desenvolvimiento de la sociedad.

La democracia política es una necesidad burguesa; el parlamentarismo es, para una burguesía inteligente, la expresión política de su conflicto interior, el ambiente de transacción donde tienden a equilibrase los distintos grupos económicos que forman el capitalismo.

Mientras en la economía, en sus diversas manifestaciones, la clase dominante es celosamente tiránica y autoritaria, en el ambiente político tolera y hasta estimula el choque de ideas y no le asustan los partidos por más avanzados que parezcan sus programas. Alguna razón fundamental debe motivar esta disparidad tan evidente.

Y la razón está en la subordinación de la política y de la organización del Estado a las condiciones en que la producción y el cambio se realizan, y en la falta absoluta de capacidad creadora de los resortes estatales, que sólo influyen de modo indirecto en el proceso de creación de la riqueza.

Emilio Troise.

Aviso importante

Los cobradores están autorizados para exigir el carnet de afiliado a todos los compañeros que trabajan en talleres organizados por nuestro Sindicato, sean o no socios de nuestra organización. De consiguiente, ningún obrero que trabaje en talleres de ebanistería podrá eximirse de la obligación de presentar su carnet a nuestros cobradores cada vez que ellos se lo soliciten con el fin de verificar el estado de sus cotizaciones.

Esta advertencia tiene por objeto evitar que los refractarios a la organización se atrasen en el pago de sus cuotas mediante el recurso de no presentar el carnet, bajo pretexto de haberlo olvidado o extraviado.

En lo sucesivo, se considerará moroso a todo aquel que en el taller no exhiba el carnet cuando así lo reclame el cobrador.

Cálculo exacto

Por FEDOR DOSTOYEVSKY

Hace pocos días asistía yo a una boda... Pero, no; prefiero relataros una fiesta de Navidad. La boda me gustó mucho Era cosa linda; pero el otro suceso es más intresante todavía. Además, la boda es la que me ha traído a la memoria la fiesta. Escuchad.

La víspera de año nuevo—de esto hace ya cinco años—me convidaron a un baile de niños. El baile se daba en casa de un hombre de negocios, persona de mucho trato de gentes. A la legua se distinguía que aquel baile no era más que un pretexto para reunirse los mayores con un fin interesado. Yo, que no pertenecía a la pandilla, ni tenía maldito el negocio de qué tratar, pude asistir a la velada como expectador. Había allí un personaje desconocido, que iba, como yo, a tomar parte de aquella fiesta de familia.

El primero a quien vi fué a él. Un hombre alto,, seco, muy serio, correctamente vestido. Pero fácilmente se notaba que también permanecía extraño a la fiesta. En cuanto podía retirarse a un rincón solitario, dejaba de sonreir y fruncía las negrísimas y tupidas cejas. Luego, me enteré que vivía en provincias, y que venía a la capital por un asunto muy complicado. Había presentado al dueño de la casa una carta de recomendación, y éste lo invitó por cortesía. No le propusieron jugar a las cartas, ni le ofrecieron cigarros, ni le hablaba nadie. (Seguro es que conocían al león por la garra). Y no sabiendo el desconocido qué hacer de sus manos, se atusaba continuamente las patillas—unas magníficas patillas—y las acariciaba con tanto cariño, que no parecía sino que las patillas habían nacido antes, y que él había venido al mundo después para cuidarlas.

También me interesó otra figura, pero ésta era muy distinta; ¡todo un personaje! Lo llamaban Julián Mastakovich. Desde el primer momento se adivinaba al huésped honrado; él era para el dueño lo que éste para el desconocido. Los amos de la casa le dirigían palabras afectuosas, le obligaban a beber, le colmaban de atenciones, le hacían la presentación de los demás convidados y a él no lo presentaban. Noté igualmente que al dueño se le saltaron las lágrimas cuando Julián Mastakovich manifestó que no había pasado hasta entonces una noche tan agradable como aquella. Yo no estaba muy a gusto cerca de semejante personaje; por consiguiente, después de haber mirado a los niños, me retiré a un saloncito completamente vacío. Allí me senté en una especie de estufa que ocupaba poco más o menos la mitad de la pieza.

Estaban los niños encantadores, y decididamente no se resignaban a ser simples imitadores de los grandes, a pesar de los sermones de las madres y de las ayas. Desbalijaron en un abrir y cerrar de ojos el árbol de Navidad hasta no dejar rastro de una golosina, y destrozaron la mitad de los juguetes antes de que acabase su reparto metódico. Me fijé en un chiquillo muy guapo, de larga cabellera a rizos; se había empeñado en matarme con una escopeta de madera. Pero quien hizo mi conquista sobre todo, fué su hermanita, una niña de once años, ‘‘bella como un Amor’’, dulce, pálida, con ojazos pensativos un poco saltones. Por lo visto debieron molestarla los demás niños, porque terminó por venirse a jugar sola a las muñecas al salón donde yo me había retirado.

Nunca se admirará bastante el acierto de los dueños cuando llegó la hora de repartir los juguetes. La niña, que tenía ya trescientos mil rublos de dote, recibió una muñeca preciosa. Los regalos seguían después una progresión descendiente, según la fortuna y posición de los padres. El último de los niños, un chicuelo de diez años, flacucho y pelirrojo, tuvo que contentarse con un librito que se ocupaba de las ‘‘bellezas de la naturaleza’’ y estaba lleno de relatos conmovedores, pero sin un grabado ni una viñeta siquiera. Su madre era el aya de la casa. Llevaba una chaquetilla de paño muy modesta.. Cogió su libro y estuvo largo rato dando vueltas alrededor de los juguetes. Bien hubiera él querido jugar con los otros niños, pero no se atrevía. Se veía que se hacía cargo de su situación.

Yo gusto mucho de observar a los niños, porque me resulta curioso ver manifestarse en ellos por primera vez una voluntad independiente.

Advertí que el rapaz estaba tan fascinado por los juguetes, especialmente por el teatro, donde soñaba con representar un papel, que se decidió a captarse la benevolencia de sus compañeros, sonriendo y haciéndose el amable. Dió una manzana a un zagalón que tenía un pañuelo lleno de regalos. cogió en brazos a un chiquitín para subirlo al teatro, logrando con esa artimaña que lo dejasen estar allí. Pero no faltó a poco un tunantuelo que le pegara. El muchacho no se atrevió a llorar. Apareció su madre y le ordenó que no molestase a los niños. En seguida se retiró al salón donde estaba la muchachita. Ella se mostró más accesible, y los dos se pusieron a vestir a la muñeca .

Ya hacía rato que estaba sentado en la estufa, y casi dormitaba escuchando la charla de los niños, el rojillo y la del dote de los trescientos mil rublos, que se agitaban alrededor de la muñeca, cuando de improviso entró Julián Matakovich. Poco antes había yo advertido que hablaba con animación al papá de la rica futura—un hombretón con el cual acababa de entablar relaciones;—la conversación versaba sobre el valor comparativo de las cargas del Estado.

Permanecía pensativo y parecía contar algo con los dedos.

—Trescientos... trescientos...—murmuraba.—Once... doce... trece... dieciséis—cinco años.—Supongamos al cuatro por ciento, 12, 5 por 12, 60, y un año 60... Bueno, supongamos que tuviese entre todo, en cinco años, 400... Si; eso es... Pero ese miserable no admite el 4, sino quizás el 8 o el 10 por ciento... En fin: supongamos 500, 500.000; no falla... ¡Hum! Corriente; lo demás para alfileres.

Hechas estas reflexiones, se sonó, y ya se disponía a salir de la estancia, cuando de pronto se fijó en la niña, y se detuvo. A mi no me vió, porque quedaba oculto entre las plantas. Me pareció muy emocionado. ¿Era su cálculo el que lo excitaba? Se frotaba las manos y no podía estarse quieto. Lanzó una mirada resuelta a su futura. Iba a acercarse a ella, pero antes investigó con los ojos el salón. Después, como si reconociese su culpabilidad, se acercó de puntillas a la niña, se inclinó sonriente y le besó el cabello. La niña, sobresaltada, dió un grito.

—¿Qué haces aquí, bonita?—preguntó en voz baja, sin dejar de mirar alrededor, y dando golpecitos en la mejilla de la niña.

—Estamos jugando.. .

—¡Ah! ¿Con él?

Julián Mastakovic miró de soslayo al muchacho.

—Vuélvete al salón, querido—dijo al mozalbete.

Este lo contemplaba en silencio, con los ojos muy abiertos. Julián Mastakovich lanzó otra mirada en torno suyo, y se inclinó hacia la niña.

—¿Qué tienes ahí, querida?—le preguntó.—¿Una muñeca?

—Una muñeca—respondió tímidamente la niña.

—¡Una muñeca!... ¿Y sabes tú cómo han hecho esa muñeca?

—No lo sé.

—Pues de trapitos, monina... Hijo, estarías mucho mejor en la sala con tus amiguitos—añadió Mastakovich, midiendo de arriba abajo al niño con una mirada severa.

Entonces la muchacha y el chiquillo frunción el ceño, y se cogieron de las manos. No querían separarse.

—¿Y sabes tú por qué te han dado esta muñeca?—continuó Julián Mastakovich, bajando la voz más cada vez.

—No, señor.

—Pues porque has sido obediente y buena durante toda la semana.

Al llegar a aquel punto, Julián Mastakovich, más emocionado cada momento, miró otra vez alrededor de sí, y bajando aún más la voz:

—¿Me querrás, tú, queridita—le preguntó—cuando yo vaya de visita a casa de tus padres?

Diciendo esto, hizo ademán de besar de nuevo a la niña; pero el rapaz, viéndola a punto de llorar, la cogió de las manos y se puso a gemir por simpatía.

Julián Mastakovich se incomodó.

—Vete! ¡Vete de aquí! ¡Vete! ¡Anda a la sala con tus compañeros!—exclamó descompuesto.

—¡Que no! ¡Que no! ¡El no tiene que irse! ¿Por qué no se marcha usted?—dijo la mozuela.—¡Déjelo usted! ¡Déjelo!

Iba a llorar.

Se oyó ruído a la puerta. Julián Mastakovich enderezó con terror su majestuosa estampa. Pero el rojillo tuvo más miedo que él; abandonó a la niña, y pegado a la pared, se escurrió hacia el comedor. Para evitar toda sospecha, Julián Mastakovich pasó también al comedor. Estaba encendido como una amapola, y se sintió muy cohibido al mirarse al espejo. Tal vez lamentaba su impaciencia. Probablemente había ido demasiado lejos con las cuentas que había hecho por los dedos, pues reconocía, al parecer, que había obrado imprudentemente, como un chiquillo. ¡Qué precipitación! ¿Para qué abordar así, secretamente, la cuestión, cuando no podía haber cuestión real hasta dentro de cinco años por lo menos?

Seguí al encopetado personaje al buffet y allí presencié un espectáculo extraño. Julián Mastakovich, rojo de despecho, hacía gestos espantosos al chiquillo, que alejándose más cada vez, no sabía ya donde esconderse.

—¡Vete! ¡Largo de aquí! ¡Vete, miserable! Estás robando las frutas, ¿eh? ¡Vete, raterillo! ¡Mocoso! ¡Anda en busca de tus compañeros!

El chico tomó una resolución desesperada y trató de ocultarse debajo de la mesa. Entonces su verdugo, en el colmo de la exaltación, sacó el pañuelo y empezó a darle zurriagazos.

Conviene advertir que Julián Mastakovich era algo grueso; de manera que sudaba, resoplaba y se congestionaba terriblemente. En resumen, la indignación, y acaso los celos lo ponían furioso.

Yo lancé una carcajada.

Julián Mastakovich se volvió, y a pesar de toda su prosopopeya, no pudo disimular su embarazo.

En tal situación entró por la otra puerta el amo de la casa.

Encogido de piernas y de brazos, salió el chico de debajo de la mesa. Julián Mastakovich se llevó el pañuelo precipitadamente a las narices.

El dueño nos miró a los tres con sorpresa. Pero, como hombre listo aprovechó la coyuntura que se le ofrecía para celebrar una conferencia a solas con su huésped.

—¡A propósito!—dijo señalando al rojillo:—éste es el muchacho de quien he tenido el honor de hablarle.

—¡Ah!—exclamó Julián Mastakovich.

—Es hijo del aya de mis niños—prosiguió el dueño de la casa en tono suplicante.—Una infeliz mujer, viuda de un honrado trabajador... con que... Julián Mastakovich... si es posible...

—¡Ah! ¡No, no!—exclamó vivamente el interpelado.—¡No! Dispénseme, Felipe Alexeievich. No puede ser. He preguntado; no hay vacantes, y, aunque las hubiese, existen ya diez candidatos que tienen más derecho que él. Lo siento mucho, muchísimo.

—Es lástima... Es un niño modoso, prudente...

—¡Una buena pieza! Lo he observado ya—dijo Mastakovich.—¡Vete, chiquillo! ¿Por qué te quedas ahí? Anda con tus compañeros.

Al mismo tiempo noté que me miraba con el rabillo del ojo. Tampoco yo pude contenerme, y me reí en sus barbas.

Julián Mastakovich se volvió rápido, y preguntó con voz muy alta a Felipe Alexeievich:

—¿Quién es ese joven tan extravagante?

Luego se pusieron a hablar en voz baja, y salieron de la estancia. Los seguí con la vista. Julián Mastakovich escuchaba, moviendo la cabeza con desconfianza.

Después de haberme reído a mi sabor, volví a la sala. Allí el elevado personaje, rodeado de padres y madres de familia, y de los dueños de la casa, hablaba animadamente con una señora, que tenía de la mano a la niña de la muñeca. A la sazón Mastakovich ensalzaba la belleza, la gracia y la educación de la angelical criatura.

La madre lo escuchaba con lágrimas en los ojos; el padre sonreía. Todo el mundo simpatizaba con aquella alegría de familia. El juego de los niños se había interrumpido. La atmósfera se impregnaba de gravedad.

En seguida la madre de la interesante niña, alterada por la emoción, rogaba a Mastakovich que le dispensara la honra de frecuentar su casa, invitación que él aceptó con el mayor entusiasmo.

—¿Es casado este caballero?—pregunté en voz alta a un amigo mío, que se hallaba al lado de Mastakovich.

El aludido me lanzó una mirada penetrante y furiosa.

—No—respondió el amigo, lamentándose de mi torpeza.

Pues, señor, hace pocos días pasaba yo por delante de la iglesia de... Me llamaron la atención el gentío y los coches. Hablaban de una boda. El día era triste. Hacía frío. Por distraerme seguí a la multitud hasta la iglesia, y vi a los recién casados. El hombre era un hombrecillo rechoncho. Corría haciendo eses de acá para allá, dándo órdenes. Por fin se extendió el rumor de que había llegado la novia. Yo me colé al través de la muchedumbre, y divisé una maravillosa beldad de dieciséis años a lo sumo. Pero aquella belleza estaba pálida, triste y distraída. Me pareció que tenía encendidos los ojos, como si acabara de llorar. La severidad a la antigua de sus facciones daba a su figura una expresión solemne, casi grave. Pero, al través de aquella gravedad y aquella tristeza se transparentaba aún el candor de una fisonomía infantil, y parecía que aquel rostro de niña pedía merced silenciosamente.

Después de haber contemplado atentamente a la recién casada, reconocí de pronto a Julián Mastakovich, a quien no había visto hacía cinco años justos. Miré entonces a la joven... Dios mío! Abandoné rápidamente la iglesia. Por entre la gente se decía que la novia tenía quinientos mil rublos de dote... ‘‘¡Y tanto para alfileres!’’

—Era exactísimo el cálculo—pensé al tiempo de salir.

Los amagos de reacción capitalista

Como una consecuencia lógica y natural del afianzamiento de la organización obrera, merced a las conviceiones libertarias arraigadas cada día más en la mentalidad de los trabajadores que van adquiriendo una mayor capacitación para la lucha en prosecución de su noble postulado de justicia y equidad social, el eterno enemigo: la burguesía erigida en clase dominante y usufructuaria, en virtud de su situación de injusto privilegio, basado en el inicuo sistema de explotación capitalista, intensifica su esfuerzo tendiente a mantener su equilibrio ya tambaleante pretendiendo anteponerse a la marcha ascendente del proletariado que, compenetrado cada día más del destino histórico inherente a su condición de clase productora de la riqueza social, tiende a abolir con un solo y único esfuerzo todos los privilegios de clase para dar lugar a la cimentación de una sociedad igualitaria.

Es un axioma innegable: La cruzada emprendida desde tiempo inmemorial por el titán del trabajo para libertarse del estado de sumisión a que lo tiene sujeto su enemigo ancestral, erigido en casta parasitaria, ha sido y es susceptible de sufrir las más variadas y múltiples alternativas.

Ello se justifica evidentemente. El capitalismo, para estabilizarse en su condición de privilegio, ha creado el engranaje de la actual sociedad de forma que, colocado en una situación de relativa superioridad sobre la base de la presión ejercida por las instituciones creadas para su privilegio y exclusivo provecho, puede recurrir en todo momento a los distintos resortes que el engranaje por él construído pone a su alcance para obstaculizar la labor constructiva en que se halla empeñado el proletariado en la cimentación y afianzamiento de su organismo de clase: el Sindicato.

La clase obrera, compenetrada de la fuerza que representa la unión mancomunada de su voluntad y energía, váse encauzando por la verdadera ruta que ha de facilitar su liberación de la tutela capitalista.

Como resultante de esa mayor capacitación de la clase obrera la lucha se agudiza y adquiere carareteres más trascendentales, se ensancha el radio de acción de las actividades sindicales imponiendo a los explotadores condiciones morales y materiales cada vez más impositivas lo que implica para el capitalismo un aminoramiento de su predominio y una demostración de su ineptitud e impotencia frente a la situación equidistante de toda razón lógica en que se halla colocado.

Ello explica entonces cómo en los momentos álgidos de la lucha se deja entrever su vacilación al reconocer que todos los recursos que le otorga su situación de preponderancia son ineficaces y fracasan; nada hay que pueda oponerse a la voluntad de los asalariados puesta al servicio de una misma causa.

Tal vacilación es el único factor de la ofuscación del capitalismo, lo que contribuye a crear una situación de fuerza que lo obliga a valerse de todos los medios para apuntalarse y no caer impulsado por el esfuerzo proletario.

Pero presintiendo la insuficiencia de los anteriores recursos fomenta la creación de otros nuevos: asociaciones y ligas reaccionarias que, explotando añejos prejuicios ocultan bajo los más diversos disfraces los más ruines y bajos propósitos, sirviendo así al apetito insaciable de los ogro capitalistas en perjuicio de la causa proletaria.

Por el elemento que componen dichas “ligas” puede deducirse que ellas están en condiciones de dar cumplimiento a los propósitos nefandos que informan su constitución.

Es con dicho elemento de la peor especie que los zánganos de la colmena humana pretenden so pretexto de que se atenta a la “libertad de trabajo” o de un patriotismo de conveniencia oponerse al avance avasallador de los explotados convencidos de la justicia de su causa.

Los medios extorsivos puestos en práctica por las mencionadas “ligas” constituyen una demostración evidente de la impotencia del capitalismo estatal frente a la situación que él mismo ha creado erigiéndose en dueño absoluto para regir los destinos del mundo en contraposición con los justos principios de igualdad sustentados por la clase obrera.

Es que la organización de los productores al salir paulatinamente de su período embrionario va posesionándose de conocimientos de

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

Por J. M. SUAREZ

Hay un darwinismo social que rige los procesos de la vida humana de igual forma que preside las funciones transformadoras de los seres organizados. Las sociedades, verdaderos núcleos celulares en su orígenes, han seguido un proceso evolutivo idéntico al de las más ínfimas especies inferiores, y viven igualmente sujetas a fenómenos de crecimiento, a leyes fijadoras de herencia y adaptación, a determinantes factores naturales, económicos y morales.

El pan y el amor son los agudos aguijones de la vida. Su conquista y satisfacción constituyeron los íntimos impulsores que movieron al hombre, desde la talladura grosera del sílex milenario a la concepción más absoluta y espiritual del pensamiento contemporáneo. De igual manera que los medios de subsistencia influyen sobre las especies vegetales y animales alterando sus condiciones generales de vida, también influyen y deciden el desarrollo histórico de las sociedades. Los hechos, sea su naturaleza la que sea son, ante todo, movimientos vitales dictados por recónditas ansias de subsistir, ansias groseras si se quiere porque residen primordialmente en una necesidad vegetativa: la de comer, pero esenciales e inevitables desde que son el fundamento de toda manifestación activa de movimiento.

La actuación histórica de un país, de acuerdo con la aceptación de este criterio biológico, depende entonces de su estructura económica. Será guerrero si habita en montañas escarpadas y sus producciones no alcanzan a satisfacer las necesidades indispensables para la subsistencia de sus componentes. Será pacífico y próspero si el trabajo aplicado a un suelo rico produce abundantemente para el enriquecimiento de sus poseedores que son también los que rigen y administran al resto de habitantes desposeídos. En este caso, los conflictos serán internos: agrarios, industriales, comerciales, etc. Cuando el principal elemento de la vida de un pueblo es el pastoreo, por ejemplo, las ambiciones tenderán a la conquista de praderas feraces que alimenten sus ganados; y si es industrial, a la posesión de mercados o ricos subsuelos que alimenten sus fábricas. Militarmente será poderoso, si la técnica, muy desarollada, necesita defenderse de la concurrencia de otros píses competidores y será imperialista—independiente de toda forma de gobierno e ideología democrática, —si las necesidades de expansión urgen que lo requiera. Los romanos han dejado impreso en sus leyes, costumbres, hábitos y monumentos, el áspero carácter de su vida rural; la cruel fisonomía campesina. Muy acertadamente las etapas humanas se reconocen por el régimen de producción preponderante, sabiéndose cuan diferenciales son las forms sociales al mencionarse la edad de la piedra pulimentada o labrada, la edad de bronce o la edad esplendorosa del hierro, vértice culminante de la evolución histórica .

Resultado de esas perentorias exigencias económicas son los acontecimientos, los hechos históricos, que a pesar de las interesadas ideaciones oficiales encubriendo los móviles con leyendas de héroes y epopeyas de sentimiento, no serán otra cosa que el producto de intereses divergentes encontrados o de modalidades plasmadas por la manera de vivir. Ahí están los íntimos resortes biológicos que fundmentan la vida de las agregaciones humanas.

En este juego formidable de pueblos animados por la necesidad pavorosa de vivir, el hombre, las ideas, las religiones, las morales y los gobiernos, son meros productos, efectos, resultados finales que sólo raramente y en situaciones excepcionales pueden constituirse en principios determinantes e influyentes.

Pero la historia tiene en las clases sociales inconmovibles bases sociológicas. Marx, el dogmatizador del socialismo autoritario, encabezaba el célebre manifiesto del partido comunista con la siguiente comprobación: "Hasta ahora ,la historia de todas las sociedades ha sido la historia de luchas entre las clases que las componen. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, nobles y siervos, gremiales y compañeros, opresores y oprimidos, han estado siempre en oposición directa, ora en lucha sorda, ora declarada, pero incesante y continua".

Se ha pretendido rectificar esta concepción por otra de carácter político: la historia, ha dicho Justo, es una lucha de partidos. ¿Pero qué son los prtidos sino representaciones orgánicas de clases con intereses distintos y antagónicos?

La reforma fué hecha por una clase—asegura Reclús,—y ella fué quien recogió las ventajas: la Revolución francesa fué hecha por una clase y ella fué quien la explotó en su provecho, sometiendo a una nueva tiranía a todos los desgraciados que tomaron parte en la lucha y procuraron la victoria. La Revolución de Mayo, tan exageradamente exornada de idealismo, fué, en resumen, el acto violento de la burguesía criolla rapaz y deseosa de gobernar de acuerdo con sus intereses, hábilmente ocultados por las vagas elucubraciones de los enciclopedistas del siglo XVIII. En estos acontecimientos, como en todos, aun los de más diverso orden, el pueblo, los inferiores, los que nada tienen, tomaron participación señalada, mejor diríamos que los decidió, no obstante, después del triunfo, ha continuado y sigue aún desposeído y mísero, como si la historia no hubiese recibido jamás el ciclópeo impulso de sus ciegas energías

Substituída una clase por la triunfante, ésta cambia inmediatamente las formas de producción y consumo y como lógico resultado, las necesidades, los hábitos, las ideas, los medios de lucha los procedimientos de opresión y el carácter de los acontecimientos; la historia sufre una desviación, modifica su curso, altera su comentario, recibe la codificación oficial de la clase que manda. Así, la clásica nos habla de reyes y caballeros; la moderna, producto del triunfo de la burguesía sobre la nobleza, del gobierno custodio y de sus hombres.

Respecto a la masa popular, representada actualmente por el proletariado, carece oficialmente de historia por su condición revolucionaria, como carecía la burguesía cuando conspiraba en Europa y América contra el privilegio de los nobles representado en la sugestionante figura de los reyes.

Mucho se ha dicho y polemizado sobre el influjo primario que en los acontecimientos históricos han tenido las ideas, los gobiernos y determinados hombres. Precisamente estos tres factores compendian la idea actual de la enseñanza histórica. Sin embargo el estudio somero de las sociedades no demuestra tal primacía.

Las ideas si son de emancipación e independencia prosperan en donde hay esclavos y subordinaciones que soliviantar, en donde la miseria atizando ese inmanente espíritu de rebeldía y solidaridad que crea el instinto de conservación, estimula los deseos de cambio, la reacción de adormecidas necesidades. No hay lucha allí donde existe plena satisfacción vegetativa, pero como esa arcadia ideal no es posible mientras ciertas clases usufructúen los medios y fuentes de producción, el descontento obra dinámicamente como productor de acontecimientos, como agente decisivo de motivos históricos. Los hombres, esos abnegados apóstoles y enciclopedistas estudiosos, no son más que intérpretes del bullir agitado de las multitudes, de la inquietud nerviosa de las épocas maduras, de los anhelos delirantes de las clases conquistadoras y fuertes. En la baraunda estrepitosa de los acontecimientos los hombres providencia son pavesas leves aventadas por huracanes de pasión.

Interpretada así la historia, sintetizamos sus leyes en los fundamentos que siguen:

1º Las sociedades humanas se desarrollan como los organismos individuales influídos por necesidades perentorias de nutrición. Cada período de crecimiento social, se hace a espensas de clases y variedades vencidas y sustituídas por otras aptas y mejor dispuestas a la selección natural.

2º Los hechos sociales y las modificaciones que producen no mejoran el conjunto gregario, sino que tienden solamente a beneficiar a la clase triunfante, que impone, junto con sus intereses, un total cambio en las diversas manifestaciones de la actividad productiva .

3º Resultado de esta preeminencia económica en la generación de la historia e independiente de toda influencia personal o de gobierno, los pueblos se desenvuelven regidos por leyes naturales de nacimiento, crecimiento, decadencia y muerte.

4º Toda civilización o determinado momento histórico, no es producto exclusivo de sus otras civilizaciones o momentos, conservados o trasmitidos en sus atributos por generaciones sucesivas anteriores. Quedan descartadas con la existencia de esta ley histórica aceptada ya en biología, todas las virtudes y vicios considerados "nacionales". No existe "carácter nacional", ni "arte nacional", ni "espíritu nacional", desde que la psicología de los pueblos varía, se altera y cambia a cada nuevo movimiento y está expuesto al influjo mundial de los intercambios, mezelas y migraciones. La psicología colectiva, como las razas, tiende a unificarse en las clases sociales con la universalidad de la cultura y la similitud de intereses y aspiraciones.

Son las precedentes, comprobaciones muy amargas y de difícil aceptación, lo sabemos, pero no por ello menos exactas y científicas. Para comprenderlas, se hace preciso ,ante todo, considerar la vida social no como una emanación personal, antropocéntrica y si como el producto funcional de un organismo incluído en las leyes biológicas de la evolución. Es preciso considerar la historia no como una vanidosa cortesana complaciente con la ficción nacionalista, artificiosamente desarrollada por una enseñanza cuyos frutos criminales se palpan monstruosamente en el asesinato europeo, sino como una ciencia libre de prejuicios fronterizos, como las otras ciencias, como una registradora encargada de comprobar la exactitud de fenómenos naturales e inmutables que el hombre puede corregir, desviar, pero nunca suprimir o evitar. Sólo con ese criterio amplio y libre lograremos la explicación de la historia.

La verdad está fuera de toda jerarquía, es independiente de todo privilegio, pertenece a todos y no es de nadie. Busquemos la verdad de la historia en el estudio de la vida, sobre todo prejuicio de posición.

---

todo orden y adquiriendo la convicción que le permite encauzar su acción por el verdadero cauce que ha de encaminarle hacia la restitución de los derechos que determinan su existencia.

He aquí el peligro para el capitalismo estatal y parasitario.

El proletariado, con la experiencia resultante de la cruenta y tenaz lucha en prosecución de sus propósitos va despojándose de añejas creencias al par que llega a la comprensión exacta de su verdadera situación frente al enemigo privilegiado; va adquiriendo el convencimiento de que la abolición del sistema de explotación capitalista como causante de todas las miserias e injusticias ha de ser el resultado de su exclusivo esfuerzo, basado en el poderío que constituye la unidad de acción, valiéndose para ello de los medios que le son propios, como único e inexpugnable baluarte con que cuenta para afrontar al enemigo con las ventajas consiguientes para el triunfo de sus aspiraciones.

En vano trata el capitalismo de oponer obstáculos en su camino o desviarlo del mismo procurando desorientarlo en toda forma; el proletariado ha de seguir la ruta que se ha trazado en razón de sus propias convicciones.

Es que, ya no le convencen las teorías del legalitarismo, por más que se obstinen en convencerlo sus interesados sustentadores.

Las luchas continuas en prosecución de sus derechos, sean sus resultados favorables o no a su causa, reportan un mayor caudal de enseñanzas y conocimientos prácticos que facilitan su orientación por el verdadero sendero conducente a la materialización de los anhelos proletarios.

De ahí que al despejarse la nebulosa en que tienen aprisionado al movimiento obrero los dogmatismos de los más variados matices, váse trasluciendo ante la visual del proletariado la visión clara de su situación, lo que permite apreciar en todo su valor la magnitud de la obra comenzada en la gestación de su porvenir y que deberá culminar en la batalla final merced a su único y exclusivo esfuerzo.

El proletariado, en sus luchas tiende a desechar por su inocuidad los métodos a base de reformas o campañas políticas contra tal o cual régimen con que pretende extraviarlo el capitalismo con sofismas resultantes de dogmatismos de toda índole, en cuanto ellos tienden a la perpetuación del actual régimen de poder autoritario burgués.

La lucha emprendida a base de tal convencimiento tiende a socavar en su propia base la mole del parasitismo social y ello entraña, como es lógico, el mayor peligro para la estabilidad de la clase dominante.

De ahí dimana, pues, el hecho de las reacciones sistemáticas del capitalismo, convencido como está de la inutilidad de sus esfuerzos para libertarse del estrecho círculo en que lo va circundando el proletariado organizado.

La reacción capitalista-estatal es sintomática; pues ella constituye un indicio seguro del aniquilamiento a que está predestinada fatalmente, como asimismo del robustecimiento de la conciencia del proletariado que brega abnegadamente por su total emancipación.

Frente a la reacción que recrudecerá a medida que la lucha se agudice debe el proletariado estar identificado en su acción como lo está en sus anhelos reivindicatorios para así, unido en un sólido indestructible bloque hacer frente a la avaricia patronal culminando la obra comenzada, con la terminación del actual ciclo de injusticia y desigualdad social.

A. SILVEIRA.

Crónica de España

EL MOMENTO HISTÓRICO SINDICAL

Desde el año 1917, en que las oligarquías políticas y administrativas pusieron en trance de muerte, no ya al caduco régimen monárquico, sino también al tambaleante Estado capitalista, se halla España en plena y cruenta dictadura burguesa, que se traduce continuamente, claro está, en actos de atropellos, de violencia, y aun de exterminio contra la clase trabajadora organizada, la cual atraviesa hoy uno de los momentos más graves y difíciles de su vida sindical. De él sabrá salir triunfante porque, por una ley de compensación, adquiere cada día mayor conciencia de la justicia de su causa y porque su evolución, que responde a los principios inmutables del progreso humano, la dota de las energías necesarias para arrollar con éxito los obstáculos que se interponen en su camino y en su marcha hacia la emancipación salvadora, esto es, hacia el comunismo.

La guerra europea, como todos los grandes acontecimientos históricos, ha traído una influencia decisiva en el curso de la humanidad y de consuno, ha acelerado poderosamente los medios de lucha contra el Estado capitalista. De ahí, pues, que el comunismo se haya convertido en realidad en Rusia mediante una revolución primero y sobre la dictadura del proletariado después, y de ahí también el que el movimiento sindical se haya robustecido poderosamente en el Viejo Mundo con la incorporación a sus filas de grandes núcleos proletarios, llenos de fe y de esperanza en la causa, que han visto cómo el pueblo moscovita cristalizaba en hechos el ideal de emancipación de los trabajadores.

No podíamos ser una excepción europea. En los años de guerra, especialmente en el período que siguió a la revolución rusa, vigorizóse extraordinariamente la organización española. En Cataluña, vanguardia del movimiento obrero, robustecieronse numérica y cualitativamente los sindicatos, planteando y ganando huelgas de suma importancia, con absoluta precisión metódica de táctica y de desenvolvimiento. En Andalucía, la región considerada en perpetuo estado de estancamiento y atraso, surgió, con halagüeñas promesas, la lucha de los campesinos contra los detentadores de la tierra, que es la lucha de la razón contra la iniquidad, de la libertad contra la opresión histórica. En Castilla, en Aragón, en todo el país, en fin, se ha notado el mismo fenómeno demostrativo de que los explotados, identificados en la aspiración, en los ideales y en la necesidad de darles forma, constituyen una masa orgánica dispuesta para la conquista del mundo del trabajo.

Este resurgimiento alentador de la emancipación proletaria, que tiene como medida de expresión la lucha de clases y como órgano de vitalidad y de existencia los sindicatos, ha hecho perder la cabeza a la burguesía, la cual como toda clase histórica que corre el riesgo de ser despojada de sus privilegios, se defiende y arremete, hiere y acosa, dispuesta a exterminar a su enemigo, para cuya finalidad le parecen buenos todos los medios que son empleados con ciega dureza a la vez que provocan en los explotados verdaderas tempestades de odio y afinan en los militantes el sentimiento de sacrificio.

Se ha desatado, pues, contra nosotros, el furor persecutorio de la burguesía. Para realizarlo con visos de legalidad se suspendieron, ha cuatro años, las garantías constitucionales, surgiendo un estado excepcional de derecho que pone los trabajadores a merced del capitalismo y de sus instrumentos de presión y coacción el gobierno, la magistratura y la policía. Al amparo de esta circunstancia ,que patentiza como la evolución es un mito, porque la burguesía no la tolera más que mientras no entraña un peligro para sus privilegios, fueron disueltos los sindicatos catalanes en 1018, y desde entonces son perseguidos, encarcelados y deportados sus hombres más valiosos, cuando no muertos a tiros en la calle por la fuerza pública, con la aplicación de la llamada ley de fugas, que sirve para cohonestar el crimen alevoso, cuya venganza ha de ser terrible. Las organizaciones andaluzas, castellanas, aragonesas, levantinas y nuestra prensa en general están corriendo análoga suerte. Se organiza y aplica el terror blanco, en términos tales que difícilmente registrará la historia de España, ni aun siquiera la que se refiere a la dominación clerical, casos tan monstruosos e irritantes como los que ahora se suceden a diario. Consecuencia y reflejo de esta conducta vandálica de la burguesía, han sido las muertes trágicas de Maestre Laborde, gobernador de Barcelona, consagrado a la persecución implacable de los sindicalistas, y de Dato, el gobernante representativo del atavismo, de los apetitos y del espíritu bárbaro del capitalismo hispano.

Esta dictadura, este período bárbaro del ré-

gimen burgués, que llega a poner fuera de la legalidad a los sindicatos, y a cuantos hombres se rebelan o protestan de algún modo, podrá detener algún tiempo el curso evolutivo de los movimientos proletarios, pero no logrará abatir a los trabajadores, ni apartarlos, por cansancio o agotamiento, de su aspiración fundamental, porque eso—cosa imposible—equivaldría a paralizar la marcha de la historia. La reacción contra esa dictadura, que hemos denunciado al mundo entero, se está operando y su intensidad comienza a ser tan honda como violentas las causas que la provocan. El partido conservador, advenido al poder para convertirse en instrumento dictatorial del capitalismo, ha fracasado, concitando contra su actuación negativa y regresiva la protesta del exterior, donde, con justicia, los horrores. los crímenes y las iniquidades que se están cometiendo contra nosotros han hecho creer que España es una segunda Hungría, corregida y aumentada por el cretinismo de unos gobernantes ancestrales incapaces de concebir la transformación del espíritu humano que tiende a crear una sociedad nueva en que no impere, como base de la vida, el principio de explotación del hombre por el hombre, sino el comunismo, aurora del amor, de la solidaridad y de la libertad.

El porvenir es nuestro. Se puede decir que estamos en la época de nuestro martirologio. Venceremos, a pesar de todas las persecuciones, porque esta pugna horrible entre el capitalismo y el trabajo, en que se ponen a prueba el temple y la fe del proletariado, es el balbuceo de una humanidad nueva que lucha por brotar a la vida. Y téngase en cuenta, que los ideales, como los seres, nacen con dolor y con sangre.

Antonio AVALOS PRESA.

San Sebastián, junio 1921.

CONMEMORACIÓN DEL XXV ANIVERSARIO

Función y Conferencia en el Teatro Coliseo

Conmemorando el XXV aniversario de la fundación de nuestro Sindicato, se llevará a cabo el SABADO 30 DEL CORRIENTE, a las 14.30, una gran función y conferencia en el TEATRO COLISEO Calle Charcas y Libertad.

ENTRADA GENERAL: $ 1.50

Las entradas pueden ser solicitadas desde ya en la Secretaría. Hacemos notar que éstas están todas numeradas y tienen cada una la indicación correspondiente a la localidad que ocupará su poseedor.

Los Ebanistas deben concurrir con sus familias a la conmemoración de nuestro aniversario sindical.

Progreso de las comunicaciones en Rusia

He ojeado una de las publicaciones que en las imprentas del estado soviético se dan a la estampa. Es la "Revista Hebdomadaria de la Prensa Rusa". Se edita, como otras varias, en cuatro idiomas: el ruso, el alemán, el inglés y el francés, y constituye un resumen de los principales asuntos tratados por el resto de la prensa rusa. Entre los artículos que me han llamado la atención (pues todos son interesantes) figura uno muy sugestivo de A. Liubovitch, comisario del pueblo en Correos, Telégrafos y Teléfonos.

Este comisario explica en términos generales los progresos que se han realizado bajo su dirección, desde el triunfo de la Revolución de octubre, en el ramo de Comunicaciones y los proyectos para el futuro en beneficio del proletariado. También da cuenta de la serie de destrucciones que los ejércitos contrarevolucionarios llevaron a cabo en las oficinas y estaciones respectivas y la dificilísima labor reconstructora que ello impuso desde un principio al gobierno sovietista. Mas como en Rusia el gobierno al subir al poder se propuso obrar conforme a los principios de bienestar común, sin atender a miras particulares ni al interés de los que en un tiempo fueron burgueses, la reorganización se llevó y sigue llevándose a cabo por encima de todo con mano de hierro.

Resulta, según el trabajo de Liubovitch, que, nacionalizadas las antiguas empresas particulares de teléfonos, las redes telefónicas han aumentado en 1921 a 36.000 verstas (38.404 kilómetros) pues la versta tiene poco más de un kilómetro), en lugar de las 10.921 verstas que había en 1917. Muchas de las redes telefónicas no habían sido reparadas desde 1914, lo que permite apreciar con toda claridad el esfuerzo de reorganización emprendida. Las instalaciones de telegrafía sin hilo han aumentado también de un modo extraordinario y en el mes de abril (el artículo de Liubovitch apareció en la "Revista Hebdomadaria de la Prensa Rusa" el día 6 del pasado mes), contaba la república soviética con 47 estaciones trasmisoras y 300 estaciones receptoras, cuando en 1918 sólo había siete de las primeras y 38 de las segundas.

Todos estos servicios han adquirido inmediatamente una aplicación social, habiéndose utilizado solamente para el ejército rojo 67 mil verstas de línea. Otra innovación introducida en los servicios por los bolshevikis fué la reforma del reglamento respecto de las conferencias telefónicas, instalaciones de aparatos, envío de telegramas, etc., suprimiéndose el antiguo método fiscal y reemplazándose por el principio comunista del interés general, para lo cual se ha establecido la combinación armonizada de las comunicaciones postales, telegráficas y telefónicas, accesibles ya a las localidades apartadas y, por consecuencia, lejanas a los centros de información periodística. Con semejante sistema se ha conseguido desvanecer casi todas las terroríficas leyendas esparcidas por las guardias blancas y las agencias capitalistas de Europa.

Júzguese la enorme labor de la Comisaría de Correos, Telégrafos y Teléfonos para reparar, renovar y multiplicar el antiguo material, a veces inservible, ante el abandono en que el Ministerio anterior a los bolshevikis tenía el servicio, según se desprende del artículo del comisario Liubovitch. Los antiguos servicios de comunicaciones eran establecidos al azar, generalmente para beneficiar a los particulares y a los grandes comerciantes. Los nuevos servicios van creando otros centros administrativos y económicos más sencillos en su funcionamiento, pero de más vastos resultados; pues al abolir el sistema fiscal antiguo y hacer gratuitas todas las operaciones de correos y Telégrafos, se ha propuesto la Comisaría facilitar cada vez más a la clase obrera y campesina informaciones, periódicos y cuantos medios pueden contribuir al desarrollo rápido y seguro de la instrucción y de la cultura generales. Bien es verdad que los ataques de los ejércitos blancos han impedido a la Comisaría de Correos, Telégrafos y Teléfonos llevar a cabo el plan completo de reorganización en poco tiempo, como era el deseo de los soviets; mas, contando con el esfuerzo de los trabajadores rusos, esa reorganización total se conseguirá a despecho de las propagandas de los gobiernos capitalistas europeos. Durante los cuatro primeros meses del año actual se han abierto 4.000 nuevas oficinas de correos, y, según Liubovitch, para fines de año Rusia contará con un 60 por ciento más de estaciones radiotelegráficas de las que posee en la actualidad.

La eficaz ayuda técnica prestada al servicio general radiotelegráfico la proporcionan los trabajos científicos de los laboratorios de Nijni-Novegorod, que ha de transformarse en instituto radiotécnico que sirva de cerebro a la industria radiotelegráfica rusa. Este laboratorio radiotelegráfico es, sino el mejor, uno de los mejores de Europa, y comienza a fabricar aparatos de trasmisión y recepción, desligándose por completo de la industria francesa y norteamericana para la adquisición de dichos aparatos. La revista antes citada publica acerca del particular un artículo de Nikolaev y unas fotografías en que se ven las diferentes instalaciones del laboratorio. Una de las fotografías muestra el alternador de alta frecuencia del profesor Vologdin, miembro del laboratorio. Este alternador es el más moderno de cuantos se conocen hasta el día, aventajando aun a los alternadores americanos del tipo Alexandersen, el más usado hasta hace poco en telegrafía. Los ingenieros rusos han instalado en Moscú una estación de telefonía sin hilos que lanza la voz humana a más de 5.000 kilómetros de distancia, con lo que se aspira a crear lo que los rusos llaman "periódico sin papel"; es decir, la trasmisión de noticias e informaciones en alta voz a través de las estepas, valiéndose de los nuevos aparatos. Para que la voz pueda percibirse claramente, van provistos los aparatos de unas ampollas reforzadoras. La mencionada revista da también la fotografía de estas ampollas de "rayos catódicos". Al presente los sabios rusos han conseguido que mediante esas ampollas puedan oír las trasmisiones hasta tres personas, y confían en que dentro de poco, en virtud de la adopción de grandes membranas, el teléfono en alta voz permita escuchar la trasmisión aun a trescientas personas dentro de un local.

Volney CONDE-PELAYO

INFORME DE SECRETARÍA

PROPAGANDA DE LA ASOCIACION DE EXPOLIADORES PARA LA IMPLANTACION DEL "TRABAJO LIBRE".—FRACASO DE SU INTENTONA CON EL SINDICATO DE EBANISTAS.

Respondiendo a la intensa propaganda realizada por la Asociación del Trabajo (ajeno), en connivencia con la Liga pseudo patriótica, algunos "patroncitos" de talleres del ramo de ebanistería han tenido la ridícula pretensión de suplantar al personal de ebanistas y lustradores organizados con personal enviado por la mencionada Liga reclutadora de crumiros. El resultado de la tentativa ha sido el que era dable esperar dada la "competencia" para "la uña" del elemento liguista o ligero; esto es, el más ruidoso fracaso. No podía esperarse otra cosa de la estúpida pretensión patronal al quererle hacer fabricar muebles a individuos que no sirven para calentar la cola.

Indiscutiblemente estos burguesitos tienen la cabeza a falsa escuadra; no puede creerse otra cosa dado sus torpes procedimientos.

Con el personal que cuentan dichos burgueses a buen seguro que pueden aspirar a obtener el primer premio en cualquiera exposición de "arte carneril" para honor y gloria de la industria nacional argentina y patriótica.

Los "boliches" de pertenencia de los "pionners" y "colosos" de la industria ebanisteril son los que pasamos a enumerar.

TALLER GIUDICE
Sarandí 949

En este taller en conflicto con el Sindicato, motivado por haber despedido a una parte del personal bajo pretexto de falta de trabajo pero que en realidad era con el propósito de tomar represalias contra algunos obreros, aunque él manifiestó que la suspensión sería por turno, el personal le comunicó estar dispuesto a hacer el turno en general.

Ante la negativa del patrón a acceder al justo pedido del personal, éste hizo abandono del trabajo.

Desde entonces dicho patrón se dispuso a aceptar "personal libre" y ésta es la hora en que está desesperado en vista del inconsciente sabotaje que le realizan en el trabajo los discípulos del mulato Carlés. Cabe esperar, entonces, que dicho burgués, una vez convencido del fracaso de su pretensión de explotar "libremente" acuda al Sindicato al igual que otros lo han hecho y los que habían adoptado idéntico procedimiento.

TALLER SUAREZ Y GONZALEZ
Jujuy 2371

Estos burgueses, que se han distinguido siempre por su fobia hacia el Sindicato, también han pretendido desconocer los derechos de los obreros introduciendo en el taller un obrero no asociado.

De inmediato el personal, por intermedio del delegado, comunicóles que debían proceder a su despido y ante su negativa hizo abandono del trabajo.

El personal hállase dispuesto a mantenerse en su actitud hasta conseguir doblegar la intransigencia patronal.

TALLER HANBURGEN Y LOPEZ
Independencia 1347

Al igual que el anterior estos "patroncitos" adoptaron idéntico procedimiento a lo que respondió el personal con la altivez que corresponde a obreros organizados.

No tardará este personal en obtener el triunfo dado que no teniendo dichos burguesitos quien les produzca tendrán que arreglar o cerrar el "boliche".

TALLER THOMPSON

El conspicuo miembro de la Asociación del trabajo (ajeno) y acérrimo enemigo de la organización continúa empecinado en desconocerla, favoreciendo tal actitud la inconsciencia del personal, convertido en cooperativista por obra y gracia de la creación del "Centurión", artimaña de último modelo capitalista para embaucar el elemento inconsciente que merced a la limosna que otorga en forma de dividendo se presta a traicionar miserablemente a su propia causa.

La Comisión Administrativa en vista de la actitud indigna del personal no concurriendo a los reiterados llamados que se le han hecho a fin de exhortarlo a ponerse en condiciones con la organización ha resuelto considerar a dicho taller en conflicto, a cuyo efecto pondrá el asunto a consideración de la asamblea del gremio a fin de que ésta resuelva acerca del temperamento a adoptar con dicho personal.

Por otra parte, los sindicatos que cuentan con personal del ramo en madera han hecho lo propio, declarando la guerra al capitalista Thompson.

La Comisión Administrativa espera que todos los compañeros que se interesan por la buena marcha del Sindicato han de cooperar en la obra emprendida, tendiente a doblegar la intransigencia capitalista.

Que ninguno acepte trabajo en dicho taller.

OTROS TALLERES EN CONFLICTO

Gabriel Tarris, Sáenz Peña 647.
Zarinsky, Hnos y Cía., Pavón 3761.
Brichetto e hijo, Matheu 1153.

Un nuevo divisionista

Leemos en "La Vanguardia" del día 3 del corriente un artículo firmado por un señor que se hace llamar A. Muzio, diputado representante de la clase trabajadora—al decir de él mismo—, en el cual se sostiene sin cortapisas la necesidad de constituir un nuevo organismo sindical, que responda, claro está, a la manera particular de ver del señor de marras.

Nosotros que, por lo mismo que conocemos a dicho señor y a sus correligionarios, no nos extrañamos en absoluto al saberlo partidario de provocar una nueva división en la ya bastante dividida clase obrera, mas nunca creímos —ingenuos de nosotros—que el ex curtidor Muzio, pudiera tener el cinismo de hacer tan detestable propaganda por medio de la prensa de su partido.

Pero nos bastó un momento de reflexión para explicarnos las causas de tan rotunda afirmación divisionista que se permitió hacer el señor de las "contingencias" y otras lindezas lexicográficas. Está de más decir que nos resultó justificado el deseo claramente expresado por el diputado "obrerista" y ello es que muy poco podrá perjudicar al Sindicato de diputados la división que él propicia con entusiasmo digno de mejor causa.

¡Ah, estos diputados!... Y pensar que nosotros, siendo obreros—y por consecuencia defendidos del tal Muzio—no podamos ponernos de acuerdo en cuanto a esto de la división; seguramente que no podrá sernos conveniente a nosotros los esclavos del salario, que sentimos en carne propia las consecuencias de la división, cosa que tanto podría beneficiar al señor Muzio, diputado por la capital y casi delegado del Sindicato de Curtidores al XI Congreso de la F. O. R. A.

Pero, resígnese, amigo Agustín; por ahora creemos poco favorable que usted pueda aprovechar su "latente verbalismo" para "dirigir" la organización central disidente que estuvo a punto de crear su calenturienta imaginación de legislador flamante, pues los obreros, sean socialistas, sindicalistas o anarquistas, no opinan como usted, porque, como decía más arriba, esa situación resultaría de consecuencias funestas y por ello se esfuerzan para conseguir, a despecho de los que como usted piensan, sean quintistas rabiosos, politicastros o capitalistas, la completa unidad de las fuerzas obreras de esta región para poder limpiar la organización sindical de la cáfila de logreros de todo pelaje, llámense rojos o violetas; y entonces, créalo, señor diputado, habrá dejado usted y muchos otros de rompernos los tímpanos con esos desahogos morbosos, que no hacen sino pintarlos de cuerpo entero.

MAGALLANES.